

Contribución a una Etica hispana en el siglo XX

Caciquismo

Y

Caciques

POR

Genaro González Carreño

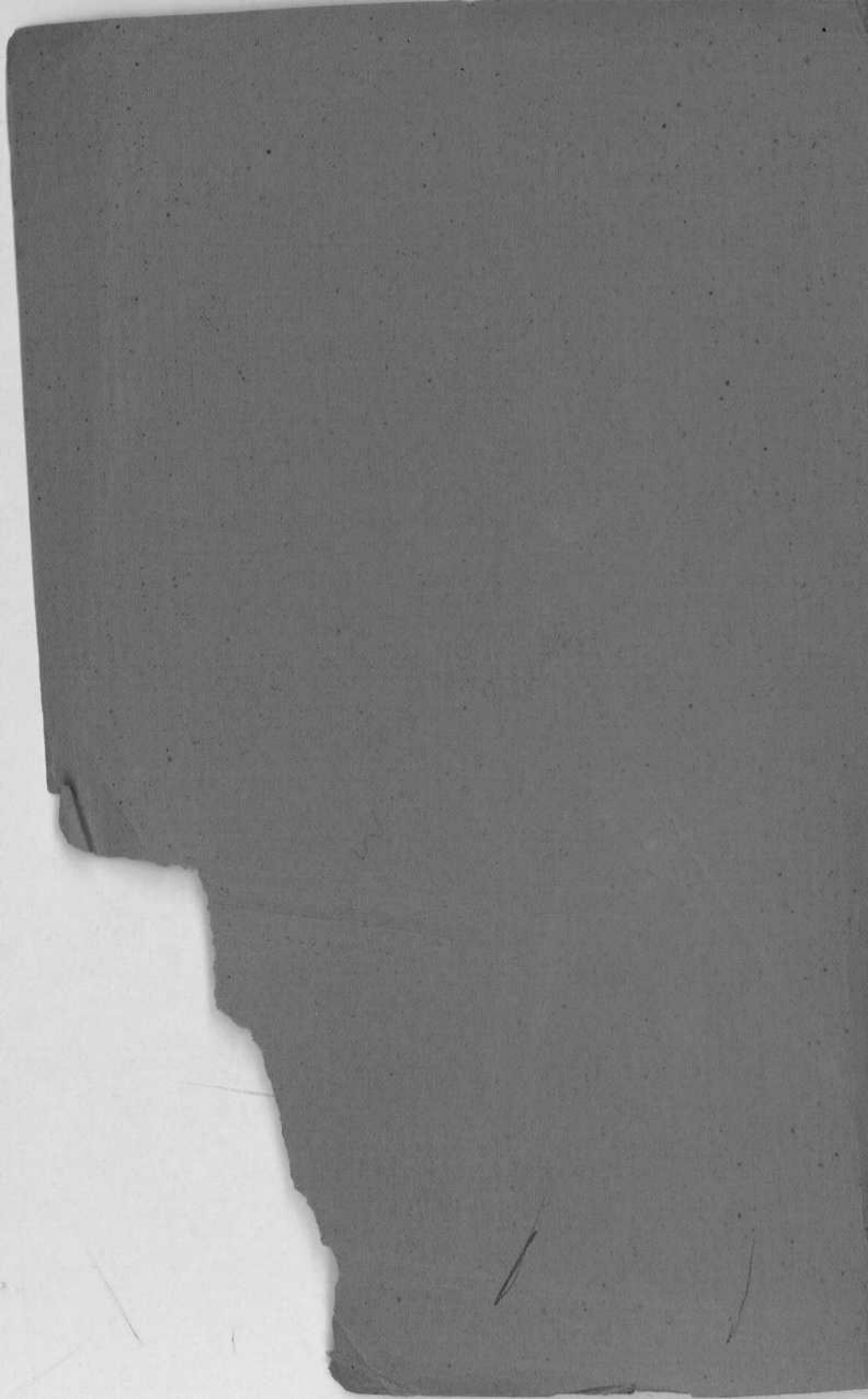
Catedrático de Instituto

PRECIO, 2'50 PTAS.



PALENCIA
IMP. Y LIB. DE ABUNDIO Z. MENENDEZ
Mayor principal, n.º 70

1917



DG
A

CACIQUISMO Y CACIQUES

CB.1161582

E.130084

Contribución a una Etica hispana en el siglo XX

Caciquismo

Y

Caciques

FOR

Genaro González Carreño

Catedrático de Instituto



PALENCIA

IMP. Y LIB. DE ABUNDIO Z. MENENDEZ

Mayor principal, n.º 70

1917



R. 97273

El por qué, el cómo y el para qué de este libro

Mediado iba el pasado Diciembre cuando en un diario local y a cuento de no sé qué, escribí yo así:

«Un mi amigo, todo él de pastaflora, el malogrado e inofensivo Zósimo Carrete, de grata recordación, hubo en sus postrimerías de rogarme con el mayor ahinco, echara yo sobre mis hombros,—débiles hombros para carga tamaña,—el compromiso por él solemnemente contraído de consagrar un estudio documentado y sereno al caciquismo y el cacique. Si mimbres, que procuro ir seleccionando, y el indispensable vagar el Cielo me otorga, pronto, cesto o sportilla modesta, espero dar cima a la empresa, si con acierto no, que eso no está en mí tanto como deseara, con la buena voluntad y rectitud de intención que son menester para que las obras de los hombres no resulten viciadas en su origen».

Fué el tal Zósimo un vallisoletano noblote y altruista que, movido de santa indignación ante tropelías caciquiles, esgrimió la bien templada hoja toledana descargando tajos y mandobles a diestro y siniestro, no sobre *personas*, sino sobre cosas e instituciones corroidas del vicio. La muerte vino a saltarle apenas dado a la estampa el folleto que con este título ha circulado por ahí: *Un contubernio académico-caciquil*.

No fué tan poco pía ni tan aina y de improviso llegó la Pálida que no diese lugar a Zósimo de hacernos, con el anterior encargo, entrega de unos papeles y apunta-

ciones que facilitasen su cumplimiento; los cuales, aderezados y ordenados, según verás, forman, lector, el libro que entre las manos tienes.

* * *

Legítimo y bueno consideramos el objeto de este trabajo; noble y elevada la intención de su autor y lícitos y honestos los medios empleados.

Achaque viejo parece ser en los españoles (y no hablo de otros pueblos y razas porque no los conozco lo bastante para haber podido darme cata de si adolecen de igual enfermedad, si enfermedad es,) el juntarse varios y no terminar la plática sin venir a tratar de los males que aquejan al país y los remedios que cada cual juzga más apropiados para su curación, «enmendando este abuso y condenando aquél; reformando una costumbre y desterrando otra; haciéndose cada uno un nuevo legislador, un Licurgo moderno o un Solón flamante». Y si eso acontece en la plática familiar, en las discusiones del Casino y en las tertulias de la Rebotica; no acontece menos en libros y discursos... ¿qué mucho, pues, que yo haya querido imitar a tantos?

El fin, según se advierte, bien que no se señale por lo original y nunca imaginado, es al menos, y eso me importa a mí, bueno y plausible; no será, no, por haberle perseguido por lo que se me harán reparos ni dirigirán censuras el Día Tremendo.

* * *

De dos clases pueden ser los medios al logro de tal fin conducentes: O bien, cerniéndose cual águilas por las cumbres, se apela a las grandes concepciones sintéticas y se investigan y exponen principios generales y abstractos que siempre y doquier tienen aplicación; o bien, picoteando por los rastrojos o alzándose pocos pies del suelo, se consagra el investigador a los menudos análisis

hablando o escribiendo para su tiempo y sus coterráneos, mostrando tal o cual fenómeno con las circunstancias que le concretan y determinan.

Ambos procedimientos son útiles y provechosos cuando bien se aplican: si las elevadas regiones de la síntesis son más apacibles y serenas, ofrecen en cambio el inconveniente, no pequeño, de las generalizaciones prematuras, que resultan, por su amplitud y vaguedad, ineficaces para la acción; más que de las altas especulaciones gusta la generalidad de que se la señalen hechos tangibles e inmediatos y sus consecuencias prácticas, aunque ello implique el riesgo grave de que al señalar *el vicio*, se crea señalado *el vicioso*.

En la duda, y puesto que ambos lícitos, opté y me decidí por servirme de los dos sistemas, sin que ni decirte sepa, a cual atendí con predilección; ora, lector, me contemplarás como un punto en el espacio, ora me hallarás marchando al lado tuyo, pidiéndote atención para cosas y escenas que ante nosotros pasen.

* * *

Yo te fío, lector, que no me propuse hacer *retratos de cuerpo entero*, quiero decir, copia absolutamente fiel y exacta de persona *determinada*; pero, si retratos no, comprenderás, sin que te lo jure, que los personajes que por el libro danzan no son pura *creación* de mi fantasía, sino *combinación* de elementos que en la realidad, dispersos tal vez hallé.

Natural es que, aun sin clara conciencia de ello haya buscado y elegido esos elementos de mis imaginarias combinaciones en la realidad más inmediata a nosotros en el tiempo y en el espacio; de suerte que no será extraño exclames a menudo: «¡Pero si este es Don Fulano!... ¡si lo que aquí se cuenta, para la censura o el aplauso, aconteció precisamente en mi pueblo!»

Allá para tí la responsabilidad toda de las aplicacio-

VIII

nes concretas, debidas acaso, más a tu malicia que a la torcida voluntad o poca discreción mías; que si yo pinto un avaro, y dado que para hacerlo he de servirme de los rasgos comunes a todos, no será culpa mía, que en mi pintura te se antoje a tí ver al avaro que padeciste; bien así, como si describiendo yo los encantos de una muchacha, te representases tú a tu novia: Mis personajes, podría decir con Molière son, *des personnages en l' air, et des fantomes proprement.*

Y si tanta insistencia pongo en sincerarme del cargo que pudiera dirigirme de haber orientado mis intentos contra esta o aquella persona, es sencillamente porque tal es la verdad; combato aquí, y sañudamente a veces, al *caciquismo*, despreocupándome por completo de que *los caciques* se sientan aludidos; dejen en buen hora de serlo y no les alcanzará la vergüenza y el vituperio.

Pero no es que yo deje de estimar lícito y bueno y aún obligatorio el señalar *nominatim* a las personas incursas en el caciquismo, como en otro vicio cualquiera, cuando es necesario y *servatis servandis*: Imaginemos, por vía de ejemplo, que en solicitud del sufragio electoral se presenta un ciudadano de quien yo sé a ciencia cierta que es un canalla o un imbecil; ¿no constituirá para mí, deber moral y cívico el desenmascararlo y hacer a todos ver que es indigno de la representación que ambiciona?...

Tenemos actualmente muy obnubilado el sentido de las responsabilidades colectivas y de la trascendencia de la solidaridad social por vivir como vivimos en un ambiente de componendas, de blandengue sensiblería, de transacciones criminales entre nuestros intereses y nuestra conciencia... Es menester, pues, dejarse de subterfugios incompatibles con el deber social *positivo* (que aunque positivo, es *de justicia* con más frecuencia de lo que se cre?) y alzar la voz para proclamar la verdad sobre cosas y personas, sin otras restricciones que las impuestas por las Leyes, y por la Ley suprema de la Caridad.

IX

Pero habrá de tenerse muy en cuenta que la Caridad no debe hacernos olvidar la Justicia, sin la cual no puede reinar la paz social, que sin justicia sería una paz violenta y nada violento es durable: *Justitia et pax osculatae sunt* que dijo el Salmista...

Al combatir, pues, al cacique, no combatimos *per se* al prójimo; antes defendemos a los prójimos por el prójimo atropellados, y para esta defensa *directa* y aquel combatir *accidental*, no contamos mostrarnos remisos ni pecar de blandos; que en harto elevados ejemplos escudados, nos proponemos entrar por la selva caciquil, y tomando la demanda de los más dignos de defensa, no escatimaremos invectivas a sus opresores.

No, que no anduvo blando Jesús, Nuestro Señor, ni con los que en el Templo de Dios comerciaban, ni con la «raza de víboras, escribas y fariseos hipócritas»...

* * *

Claro que, como emprendida por mí, la tarea no será quizá llevada a término feliz, ni obtenga lisonjero éxito, que no todo lo logra el deseo aunque grande en mí alienta; y a nadie puede exigírsele más de aquello que esté en su mano; aunque bien será advertir que a las veces, lo que no consigue el hombre cumbre, de talento procer y vasta cultura, obtiéndelo el obscuro y modesto elaborador de conceptos a otros debidos.

Para la íntima satisfacción de mi conciencia tengo bastante con la intención y el propósito de cumplir un deber, que al acometer esta empresa me animaron, y durante todo su curso se mantuvieron; grato placer además gustara, con lograr, que alguno, uno siquiera de mis conciudadanos, hasta hoy equivocado o desidioso, aprendiera y se decidiese a combatir por todos los medios lícitos al caciquismo y el cacique; pues claro es que no aspiro, iluso, a revolucionar las conciencias y producir un cambio en nuestras, asaz corrompidas costumbres,

Natural asimismo es que me holgará mucho conseguir, aunque en modo alguno lo espere, alguna enmienda en los caciques mismos a quienes zahiero; ¡ojalá eso aconteciera con algún *Procopio* que por acaso me lea; que bien sabe Dios no intento su anulación como *persona*, sino su corrección como *cacique!*

* * *

No imaginamos, lector, haber agotado la materia, ni estudiado el muy interesante problema bajo todas sus fases; sólo hallarás en el libro esbozos y estudios fragmentarios, sobre el uno o el otro de los múltiples aspectos, del caciquismo.

Algo más y mejor desde luego, podríamos haber hecho si nos hubiéramos decidido a salir por esos mares librescos, armados en corso; y, presa en este, a saco en aquél, víveres y provisiones en el de más allá, haberte ofrecido los tesoros que por tantos libros andan esparcidos, que bien habríamos podido enriquecernos nosotros, sin más que, abordando al «Oligarquía y Caciquismo» del gran Costa, penetrar en sus bien repletas bodegas y hacer provisión abundante... Pero hubiéramos perdido en frescura y en ingenuidad, lo que en Ciencia ganáramos.

Como el libro es, tememos que dé contento a pocos sin satisfacer acaso a ninguno: pues tal vez éste, no hallando lo que él esperara, se llame a engaño; como si el autor viniera obligado a acertar con todos los gustos, y satisfacer todos los deseos; nos hallará aquél asaz doctrinales; y el de más allá poco profundos; el uno dogmáticos en demasía; superficiales con exceso el otro... que a esas y otras peores molestias se ven expuestos los autores aunque sean buenos; mucho más, aunque entonces no resulten tan inmerecidas, cuando en tan honrosa y envidiable categoría no están incluidos por mala ventura suya.



CAPÍTULO I

Principios generales

Zósimo se cura en salud.—El animal se guía por el instinto.—El hombre debe guiarse por la razón.—Al lector impaciente.—No siempre es posible que la razón propia dictamine.—Necesidad, legitimidad y condiciones del consejo o dictamen ajeno.—El caciquismo es contrario a esa doctrina.—Lo que debe entenderse por caciquismo.—Una cosa es *proponer*; y el *imponer*, otra.—Causas del caciquismo.

Oportunísima sazón esta, así comienzan los deslizados apuntes que nos legó Zósimo, para hacer yo galana ostentación de mi mucho saber y claro entendimiento, entrándome por los dominios ubérrimos de la Filosofía y, bien repletas las alforjas volearlas aquí, sorprendiendo a unos, deslumbrando a otros y suspendiendo de admiración a todos, con las observaciones profundas, las sutiles disquisiciones y los descubrimientos e invenciones geniales acerca de la naturaleza y destinos del hombre y la línea de conducta que en sus relaciones sociales debe seguir. ¡Lástima grande habrá en verdad de ser que mi desmedrado ingenio, no dé de sí otra cosa que trivialidades sin sustancia, pobres y vulgares conceptos sobre asuntos tan altos y acreedores a más experta pluma!

Habré con todo de resolverme a exponerlos, sin más temer ni vacilar en servir al paciente lector, las entecas producciones del cerebro mío; bien así como la modesta espiga ofrece sus granos, envidiando acaso, más con resignada conformidad, los sabrosos y codiciados dátiles de la palmera esbelta.

* * *

Para avanzar con seguridad y dirigirse con acierto en la vida, hállanse los animales en posesión de un preciadísimo instinto que, cualquiera que su origen sea, les presta magníficos servicios, y les libra de innumerables peligros; merced a él y sus preciosas indicaciones, conservan y, en cierto límite, perfeccionan su naturaleza individual y específica; y la transmiten a generaciones sucesivas, aprendiendo a adaptarse cada vez mejor al medio, en virtud de experiencias individuales que, acumuladas por la herencia, se truecan, consolidándose, en adquisiciones colectivas y patrimonio de la especie.

En el hombre, y para la vida verdaderamente *humana* el instinto desempeña o debe desempeñar un muy secundario e insignificante papel; en sus actos propiamente humanos debe guiarse por los dictámenes de la Razón, facultad que le especifica y distingue.

Y no quiere esto decir que las impulsiones instintivas, carezcan de finalidad y eficacia en el desarrollo de la vida; sirven por el contrario y pueden ser maravillosamente aprovechadas como propulsoras, iniciadoras y aun como indicaciones muy valiosas de actos u orientaciones en sumo grado convenientes; que nada hay inútil en la Naturaleza y no podía nuestro instinto constituir excepción.

Pero, al paso que en el animal, por carecer de facultad superior inspectora, el instinto es el que comienza y lleva hasta su completo acabamiento la acción; en el hombre, los impulsos y sollicitaciones del instinto—entre los que

pueden ser contados los afectivos y sentimentales—deben ser inspeccionados, controlados diríamos quizá hoy, por la Razón que los somete a minucioso análisis y reconocimiento, para que, con su *exequatúr*, lleguen a la perfección del acto.

No merece el dictado de *hombre* quien de esa suerte no obra; y deja que el timón sea empuñado por otras manos que no las de la inteligencia.

En realidad y rigurosamente hablando, nada de lo que el hombre realiza, ningún acto humano es, como se dice, negocio puramente individual; todas las acciones, buenas o malas, el más escondido pensamiento, el más ténue y recóndito movimiento afectivo, interesan a la especie y tienen sus repercusiones en la especie; al modo como la más ligera agitación en una de sus moléculas se trasmite, en escala mayor o menor, a toda la masa líquida; y por eso alguien ha dicho que con cada acto bueno como con cada acto malo, se producen o una onda de bien o una onda de mal, que en círculos van extendiéndose por toda la humanidad. Doctrina es esta que importa mucho declarar y retener, porque arroja gran cantidad de luz sobre los problemas todos sociales.

El exponerla ahora se ha debido al propósito de evitarnos la distinción que suele hacerse entre actos individuales y sociales, para poder decir, como decimos, que todos, absolutamente todos los actos que realice el hombre, *como tal*, deben haber pasado por la aduana de la Razón y ostentar el marchamo de esta, lo mismo si *parece* que se terminan en el individuo que si afectan a la Sociedad.

* * *

Parécenos oír, lector impaciente, tus lamentaciones, y cómo, llamándote a engaño, nos acusas de atraerte y casi llevarte a rastras por los ásperos e intrincados senderos de la Ciencia adusta y séria; no era eso, en verdad,

lo que de mí y de Zósimo tú te prometiste; confiabas en triscar a todo tu talante por los alfombrados valles rientes de la sátira fácil, de la sutil ironía, de la amena y regocijante literatura picaresca; creiste divertirte con el juglar insinuante y malévoló, y topaste de manos a boca con un predicador severo y gruñón.

Perdona a todo evento, lector, el, en nosotros, involuntario fraude del que más son de culpar tus locas e infundadas presunciones; y, mostrándote propicio a otorgarnos más amplio crédito de benévola espera, danos tu venia para proseguir las enfadosas elucubraciones, siquier no sea más que para dar remate al capítulo primero; que ambos, Zósimo y yo, te ofrecemos de procurar irnos a la mano en eso de filosofar a troche y moche, venga o no a cuento; por más que en nuestro sentir, nada tan indicado ahora, como el dotar de sólidos cimientos al edificio anticaciquil que intentamos alzar.

* * *

Habíamos quedado en que la Razón debía presidir la vida entera e informar los actos todos del hombre; y a bien que no perezosa, antes con apresurada diligencia nos sale al paso la primera, en apariencia, grave dificultad.

Bien sería, dirán, y como ideal a que tender lo aceptamos, que todos los hombres y en todas las circunstancias de su vida, pidiesen, antes de obrar, el «Visto y conforme,» a su propia Razón; pero es un ideal ese inasequible en este planeta; que no sólo los iletrados y torpes, sino aún aquellos que de doctos y discretos han justa fama, vense en muchísimas ocasiones constreñidos a seguir, a ciegas o muy poco menos, los ajenos dictámenes y a obrar según mandatos o indicaciones de extraños.

El hecho, en efecto, no puede ser más cierto; empero el lector avisado se habrá dado ya clara cuenta del por

qué de la restricción, *en apariencia* que al mencionar esta dificultad pusimos: La autoridad y el consejo son con justo título considerados como criterios o fuentes de certeza y como instrumentos muy legítimos de que nuestra Razón individual se sirve para sus decisiones; aunque claro es que condicionados y debidamente regulados: Profano yo, por ejemplo, en la Medicina y en el Derecho, *debo* y no sólo puedo cuando la defensa de la salud o la del honor y hacienda lo demanden, ajustarme a los dictámenes de los doctos en esas disciplinas; pero al hacerlo no contrario, antes me conformo con el dictado de mi razón, de mi propia razón, que a ello me inclina, pues previamente se ha asegurado —con la seguridad posible: moral tan sólo— de que los dictaminadores no se engañan ni me engañan; que muy otra mi decisión fuera o debiera ser si los tales no me ofrecieran las debidas garantías de aptitud y honradez.

Lo propio, inútil es decirlo, que en esos aspectos, acontece o debe acontecer en todos los demás; incluso en lo que a la Fé misma respecta, para la que se requieren, como es sabido, si ha de ser adhesión racional y no credulidad ciega, los que llaman motivos de credibilidad.

Y claro es por ende que en el *todos los demás* se halla incluido cuanto dice relación a la vida ciudadana; al ejercicio de nuestros derechos y cumplimiento de nuestros deberes sociales; o, si se prefiere, predominantemente sociales.

Por sola la consideración de mostrarnos como seres racionales obligados venimos a no realizar acto alguno en que la Sociedad, que cual miembros nos cuenta, se halle interesada—y ya dijimos que todos, en rigor, la interesan—sin que su realización haya ido precedida de decisión voluntaria y deliberación racional; sin que, calculados su alcance y consecuencias previsibles, para nuestra cortedad de vista, hayamos formado conciencia cierta de que aquello que hacemos es lo mejor que pode-

mos hacer y lo que más conviene, *hic et nunc* a los fines sociales, rectamente entendidos.

Cuando acaso acontezca, (y cierto, acontecer suele), que nuestras propias luces y experiencia no basten a iluminar el camino e ilustrar al entendimiento, antes, que, versátiles, nos dejemos llevar del tornadizo capricho, o que egoistas y pasionales atendamos las insinuaciones del mezquino interés o la inconsistente simpatía del instinto, debemos, y de modo inexcusable, recurrir a las luces y experiencia ajenas; mas no por eso abdicando en otros nuestro albedrío, cosa ilícita fuera de casos contadísimos, sino demandando *razones* para el entendimiento *nuestro*, y *motivos* para *nuestra* voluntad, y si esto, por circunstancias especialísimas ser no pudiere, elegir debemos con el mayor tino y prudencia la persona o personas cuyos consejos hemos de seguir, por ser esta vez preciso, casi totalmente a ciegas; no del todo, sin embargo, porque esa *prudencia* en la elección ya es alguna garantía.

Supongamos, por vía de aclaración, que, llegadas unas elecciones y siendo varios los que aspiran a obtener mi representación, me veo en el caso de optar y no sé a quién o quiénes preferir y no puedo por mí mismo informarme directamente o de cuestiones de hecho (historia, antecedentes personales, etc., de los candidatos) o de aspectos doctrinales (cuáles ideas y programa son, en conciencia, más dignos y útiles); tengo, como se ve, que confiarme a otro y atenerme a sus informes y consejos; pero en modo alguno se me ocurrirá demandar los unos, al propio interesado o de alguien con él estrechamente ligado; ni solicitar los otros de quien no me ofrezca garantías de capacidad y honradez; sino que me conduciré de suerte que mis decisiones no desdigan del hombre consciente y verdaderamente libre.

Bien que sin originalidad en el fondo ni grandes novedades en la forma, creemos haber dejado firmemente

asentada la doctrina de la racionalidad que debe acompañar a los actos humanos todos.

* * *

Negación la más radical de esa doctrina es el CACIQUISMO, que aspira a la supresión de la espontaneidad racional del hombre, suplantando los serenos y meditados dictámenes individuales por los *ukases* u órdenes dictatoriales de un ciudadano con iguales derechos y deberes que los otros, aunque se llame o le llamen CACIQUE.

Todos creemos entendernos cuando de caciquismo se habla y por eso debiéramos abstenernos de dar una definición, acomodándonos al muy discreto consejo de Pascal de no intentar definir aquellos conceptos, cuales los de tiempo, espacio, placer y dolor, de los que todo el mundo tiene clara idea y que con la definición vendrían en realidad a obscurecerse. Pero se da aquí el caso (íbamos a decir peregrino y raro, pero vemos que no es sino muy frecuente por desdicha para la claridad y aprovechamiento de las discusiones) de que intencionada e interesadamente tal vez,—de parte de los propios caciques, gente ruin, solapada y astuta—se han echado sombras y confusiones sobre el concepto.

Así ha habido quien muy recientemente y en ocasión solemne ha dicho cosas como estas:... «Se habla de caciquismo como si el caciquismo fuese igual, homogéneo en toda España .. y como si el caciquismo *que consiste en la legítima y sana influencia espiritual sobre los conciudadanos*, somos nosotros quienes subrayamos, *fuera también condenable*... Un punto de coincidencia tienen (los caciques): aspiran al predominio de su intervención en la vida municipal y política, pero difieren tanto por sus procedimientos y finalidad que es imposi-

ble someterlos a un mismo tratamiento legal de extirpación.» (1)

Perfectamente aceptables hallamos esas afirmaciones, pero es a condición de haber convenido previamente en que a la legítima y sana influencia espiritual sobre los conciudadanos, se la incluya dentro del caciquismo; pero como no sucede así, como nosotros creemos que esa influencia sana y legítima, será cualquier cosa, pero no caciquismo, de ahí que pongamos en cuarentena la defensa que de *algún* caciquismo hace el Conde de Romanones, como la que puedan hacer otros a quienes interese confundir las ideas para aprovecharse de la confusión; y de ahí asimismo que juzguemos preciso decir con toda precisión lo que por caciquismo entendemos.

Lo que entendemos nosotros y lo que en nuestro sentir entiende la generalidad por caciquismo es: «la absorción ilegítima por uno de los derechos y libertad de todos»; y en ese sentido nosotros no admitimos caciquismo *bueno* y *malo*; sino que siempre lo tenemos por *malo*, aunque en él quepan grados y matices sin cambiar la especie.

Cierto, podría argüírse nos que, con un derecho igual al nuestro, pudiera alguien entender por caciquismo «toda suerte de gobierno y dirección de las multitudes y gestión más o menos amplia de sus negocios;» y en semejante caso claro es que se daría la posibilidad de un caciquismo legítimo y sano, y de caciques beneméritos, dignos de nuestra más cálida gratitud y del más sincero aplauso; tenaces empero nos aferramos a la acepción nuestra ya por estimar la más acomodada a la acepción de la generalidad; ya con el fin de evitarnos la confusión que necesariamente había de introducirse en la exposición, teniendo que establecer a cada paso dis-

(1) Conde de Romanones.--Discurso de ingreso en la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas—páginas, 87 y 88.

finciones entre caciquismo legítimo y no legítimo para que, como se dice, no pagasen justos por pecadores; máxime teniendo en cuenta que muchas, muchas veces hemos de vernos precisados a distinguir los caciques menos malos de los peores.

Quede, pues, dicho una vez por todas que al hablar del caciquismo lo haremos siempre en el sentido indicado de influencia *abusiva*, y por ende ilegítima, desmedida y contraria a los fueros y derechos individuales; y en ese sentido proclamamos el caciquismo irracional y funesto, como lo fuera el régimen de servidumbre y lo fuera antes el de esclavitud; que cada hombre es un fin en sí (relativamente a los otros hombres) y no debe convertirse en puro medio como pretende hacer el caciquismo y como lo hicieron esos otros regímenes.

No ya derecho, sino deber (de caridad siempre y de justicia con más frecuencia de lo que se cree) es el enseñar al que no sabe, e informar a nuestros semejantes, ilustrarles y aconsejarles; podemos en suma y debemos *proponer* a la razón de los otros hombres la verdad para que, conocida, la hagan suya y la defiendan con tesón; pero el cacique no se limita a *proponer*, labor plausible, sino trata de *imponer* su voluntad o su capricho, despóticamente o con hipocresía y dolo, no con razones para el entendimiento y motivos para la voluntad.

El ciudadano honrado y respetuoso de los fueros y albedrío del prójimo si fracasa en su primer empeño, redobla sus esfuerzos para convencer y persuadir y conquistarse la adhesión; el cacique apela a toda suerte de recursos, incluso y con predilección a los menos lícitos: el halago o la amenaza; el látigo o el soborno; aquél persigue crear o despertar, ennobleciéndolos, ciudadanos conscientes; éste se afana por envilecerlos, y se procura siervos.....

Vive y se nutre y medra el caciquismo de la abulia e inhibición de los honrados y sanos, que se apocan y

dejan hacer; del apoyo interesado de los perversos y abyectos que a su sombra encuentran acogimiento e impunidad, cuando no alientos; y de la ignorancia, casi nunca excusable, de todos: Ignorancia, primeramente, de la amplitud de nuestros deberes; para muchos (hablo de los buenos o que por tales son tenidos) no entran en cuenta más que los deberes *negativos*, y con no hurtar, ni matar ni mentir se juzgan santificados, sin más curarse de no acudir con las manos vacías de buenas obras; y son aquellos que entierran el *un talento*: Ignorancia de las consecuencias próximas y remotas, pero previsibles, de nuestros actos y *omisiones*: Ignorancia de la solidaridad íntima que liga entre sí (aunque con lazos misteriosos a las veces) las manifestaciones todas de la vida, biológicas, económicas, morales, sociales y religiosas: Ignorancia, en fin, de los *verdaderos* intereses, de lo que demanda el propio *egoísmo*, pero bien entendido.

* * *

Ancho campo, según se advierte, está abierto ante el investigador y el moralista que quisieran tratar estos problemas, y acudir al remedio de los males que el caciquismo produce; a los, como nosotros, profanos y nada bien dotados, sólo nos es dado desflorarlos y hacer de ellos levísimo bosquejo: habríamos sin embargo de hallarnos en posesión de dotes bastantes y no intentaríamos ahora la empresa, que por otro cauce van los pensamientos y otros derroteros hemos trazado a nuestros propósitos; como el lector, si paciente es, habrá de ver en los capítulos que seguirán a este primero, en el que solo aspiramos a dejar sentadas las bases; mostrando a tal fin, que el caciquismo constituye un cancer social cuya extirpación por todos los medios honestos ha de buscarse.



CAPITULO II

Factores del cacique

No se hablará del cacique rural.—Zósimo prefiere atacar al *cacique* más que al *caciquismo*.—*Herencia*: No sólo es fisiológica, sino mental y moral.—Debe estudiarse el factor hereditario en el cacique.—*Objeciones y escrúpulos*: No interesa; no es el todo; el respeto a la vida privada.—*Formación y ambiente*: Su importancia general y en el cacique.—*Factor personal*.—Exigencia de Zósimo.—Quién fué Procopio.—Su retrato.—Su origen y educación.

No es nuestro propósito—hecha ha quedado ya la indicación y aún creemos que reiteradamente—el de agotar la materia acerca del caciquismo; ni podríamos, que el asunto es vasto y árduo y las facultades nuestras escasas e inadecuadas; ni, pudiendo, lo haríamos para no exponernos a apretar poco por el intento de abarcar mucho.

Por esa razón dejaremos de tratar, a no ser de refilón y someramente, del caciquismo rural; y no porque el tema deje de ser asaz interesante y sugestivo, ni porque fueran mal empleados el tiempo y los esfuerzos a combatirle y execrarle consagrados; ¡no fueran, no, estériles, antes por la Sociedad y por Dios serían generosamente premiados,—con el ciento por uno recompensa El—los

sacrificios y afanes que en pro de los humildes rústicos, tan castigados por esa odiosísima forma que el caciquismo reviste, se impusieran el escritor o el apóstol generosos y abnegados.

Tal vez el autor de este libro, dejándose llevar de las aficiones a que su formación mental y aún su misma profesión le inclinan, habría, con gusto suyo si con agrado del lector no, dedicado todas o las más de sus páginas, a disquisiciones metafísicas y metamorales sobre el problema del caciquismo, más del caciquismo en abstracto, prescindiendo de las circunstancias que le concretan e individualizan y le hacen tomar carne y ¡ay! garras y dientes y estómago y apetitos voraces, en la realidad; algo en suma, así como lo que en el capítulo anterior se ha hecho.

Legítimo y aun altamente provechoso, si a hacerlo bien acertaba, ello fuera; que siempre la idea precede a la acción y de las altas especulaciones de la Ciencia pura obtienen frutos ópimos los industriosos talentos que miran más a las aplicaciones prácticas: Mas es el caso, según ya sabe el discreto lector, que en esta ocasión yo soy un modesto mandatario del mi fenecido amigo Zósimo Carrete: y mis atribuciones e iniciativas a más no se extienden que a recopilar y ordenar las sus muchas anotaciones y apostillas por diversos lugares esparcidas; y siendo ello así, forzoso me es acomodarme al humor y gustos de mi amigo, que no son a este respecto otros que los de desdeñar las elevadas síntesis, y andando al merodeo, fijarse más en *caciques* de carne y hueso, largas uñas y afilado pico, que en *caciquismos* que podrán hallar fundamento *in re*, pero que no muerden ni arañan, ni pinchan ni cortan, vamos al decir.

Pensaba Zósimo, y así clarísimamente lo dejó manifestado en sus apuntes el sin ventura, ser más útil y fecundo en beneficios para los humanos el atenerse a los hechos y, tomando la realidad tal cual es, tratar, si es

mala, de volverla, por el momento, menos mala; sin perjuicio naturalmente, de no perder de vista y tender en lo posible a la bondad plena: Podrá ser discutida esa posición mental pero es la adoptada por Zósimo; el cual, consecuente con ella, solía decir: El caciquismo en cualquiera de sus formas es un mal social; pero, creyendo yo que las circunstancias no consienten hoy el desarraigarse por completo, siendo vanos cuantos esfuerzos con esa finalidad suprema se realicen, estimo preferible atenuar el mal, ya que no me es dado suprimirle, intentando que los pueblos prefieran a los caciques menos malos en evitación de los peores.

Mostrado, pues, ya en el capítulo I, el ideal a que debe aspirarse, procedamos ahora a señalar los rasgos y caracteres de los caciques, con objeto de capacitar al ciudadano para que opte por el menos funesto, en tanto llega el día de verse libre de todos.

* * *

Hombre fué Zósimo que nunca gustó de dejar, si evitarlo podía, cabos sueltos, por donde irse pudiera la urdimbre de la tela, ni escatimaba tampoco nada de aquello que al esclarecimiento de los problemas pudiera contribuir; y así, cuando aspiraba a adquirir conocimiento cabal de los hombres tomábalos *ab ovo*, yendo en busca de antecedentes y datos justificativos, más allá aún de la cuna.

Decía él cohonestando su inocente manía: No es el hombre un algo totalmente espontáneo y arbitrario, sino un producto de diversos factores: herencia, educación, ambiente, aunque algunos o todos puedan ser modificados, dirigidos y condicionados por la voluntad libre; si, pues, se quiere conocer a un hombre y más que conocerle, *explicársele*, fuerza será analizar y desmenuzar esos diversos factores investigando la influencia que han

podido respectivamente ejercer en la formación de la personalidad total que ante nosotros se aparece hoy.

Y, como por multitud de razones y testimonios conste que el cacique pertenezca, mal que nos pese, a la especie humana, si queremos conocer y *explicarnos* al cacique, al análisis de esos factores hemos de proceder.

Herencia

Así como para el porvenir biológico del individuo, no es indiferente nacer de unos ú otros padres, no lo es tampoco para el porvenir mental y moral; y del mismo modo que individuos tuberculosos o alcohólicos transmiten en una u otra forma esos estigmas a la descendencia, así cerebros anquilosados pobres en circunvoluciones y en neuronas que llaman psíquicas, no transmiten de ordinario instrumentos intelectuales bien dotados y dispuestos; y por algo asimismo nuestro ilustre Manco, al decir que gitanos y gitanas parecieron venir al mundo para ladrones, enumeró como una de sus causas el que «nacen de padres ladrones».

Si las almas, cierto, salen iguales, en sentir autorizadísimo del Doctor de Aquino, de manos del Creador, en posesión por tanto de todas las aptitudes y facultades propias del alma humana, no es menos cierto que su inserción en el organismo, fabricado éste por los padres, las dispone y orienta ya en sentido determinado; y si el organismo que la cupo en suerte carece del órgano de la visión, el alma, pese a su nativa facultad de ver, jamás podrá deleitarse con la belleza de la luz y del color y jamás elaborará ideas correspondientes a ese grupo de sensaciones de que se ve privada.

Bajo el aspecto moral, lo que aportamos al nacer no son precisamente tales virtudes o tales vicios, ni llega la herencia hasta el extremo de legar hábitos perfectos, son sólo predisposiciones y aun bastante imprecisas y vagas, dejando quizá las precisiones al factor personal.

Al llegar a este punto hemos tropezado en las notas del amigo Zósimo, que se ufanaba un tanto de perito en la materia, con una larga disertación sobre la herencia psíquica; y por si esa disertación, larga, viniere a resultar además para tu discreción, lector, enojosa, vamos a permitirnos suprimirla, reteniendo sólo estas frases que él atribuye a Herilier: «Casi todos nosotros somos lo que nos ha hecho el atavismo; nuestros ascendientes nos transmiten un conjunto de tendencias buenas y malas que, combinándolas con los dones expresos de Dios, esculpen nuestra fisonomía espiritual antes aún de que tengamos conciencia, más lejos todavía, desde el seno de nuestras madres... La herencia afecta un triple carácter: físico, intelectual y moral... ella transmite una mentalidad virtual, la predisposición a tal o cual género de vida; gustos, tendencias morales claramente acentuadas... Este encadenamiento por la herencia de lo espiritual y lo moral, es una consecuencia necesaria de la unión íntima del espíritu y la materia. Las células de que estamos compuestos son células vivientes, sobre las cuales se imprime el alma por sus hábitos, por la actualización de sus conceptos y de sus amores, por la expresión de sus queres».

* * *

Los caciques, hombres al fin, tuvieron también padres; y todo aquel que quiera comprenderlos con la posible amplitud (y de comprenderlos se trata, para hallarse en disposición de elegir al menos malo) habrá necesariamente de tener en cuenta el elemento hereditario y estudiar por ende a los que, con el ser, le dieron un especial y determinado índice de refracción mental y moral.

Esta categórica afirmación nuestra suscitará algunas dudas y escrúpulos que importa aclarar y desvanecer.

Suponiendo lícito ese bucear en un pasado muerto, esa investigación sobre lo que podría llamarse *antece-*

dentes penales de familia; ¿qué utilidades y provechos obtendríamos de ello atendido el fin que aquí se persigue de combatir al caciquismo o cuando menos a los más malos caciques?... A la Ciencia podrán interesarle en grado sumo los *porqués*; a nosotros, a la moral práctica y viviente sólo nos importa el *qué*; señálensenos en buen hora quiénes son y cuáles los rasgos característicos con que se revelan, los caciques más funestos, y el modo de evitarlos y aun acabar con ellos; y hágasenos gracia de lo demás...

Podría, en casos especiales, ser inútil (perjudicial, nunca) esa investigación; pero en los más, es conveniente y aun precisa: Aspiran, por ejemplo, al cacicato dos ciudadanos, y *a posteriori*, o sea por sus actos, no podemos todavía juzgarles ni decidir sobre el menos funesto; ¿no se impone entonces la investigación racional y apriorística para *presumir con fundamento* quién lo será?... Aun en el caso mismo de sernos ya algo conocidos por actos anteriores, conviene saber si estos actos, malos o buenos, fueron meros accidentes, hijos de las circunstancias de momento, o son por el contrario una consecuencia casi fatal del *modo de ser*, uno de cuyos factores es la aportación hereditaria. Y eso mismo acontece, cuando un cacique, que se ve por acaso amenazado, exterioriza arrepentimiento y ofrece enmienda, y no me negareis que el caso se repite; entonces conviene muy mucho saber si *debemos* dar crédito a sus protestas y fiarnos de sus propósitos de enmienda, o si, antes bien debemos contestar con alguno de los muchos refranes en que la sabiduría y experiencia populares han cristalizado: «Eres turco y no te creo»; «Genio y figura...» «Lo que entra con el capillo...»

Por eso insiste tenaz Zósimo en cuanto a la herencia afecta, sin desdeñar otros importantes factores.

De ahí precisamente, replican, otra de nuestras dudas: La herencia no lo es todo; la educación, el medio,

por algo entran también, en el producto: hombre; y mucho, muchísimo más significan la acción personal y las influencias y ayudas poderosísimas de lo Alto. Todo ello podrá embarazar a algún determinista *enragé*; no a nosotros que, muy en breve, hemos de mencionar esos otros factores.

Bien; pero a tal investigación, por útil que pudiera resultar, se opone un obstáculo infranqueable para todo bien nacido: el respeto a la vida privada; a la santidad del recuerdo; a lo sagrado del hogar. Invadir ese terreno, a nadie le está permitido, por ningún concepto, ni con la más elevada finalidad.

¡Cómo ardía en indignación nuestro amigo Zósimo cuando oía semejantes patochadas y sandeces! que no más suaves calificativos aplicaba él a esas y otras parecidas frases hechas, que como muy válidas corren, aceptándose cual dogmas sin prueba ni motivos de credibilidad, y que no resisten al análisis más somero. Todo ello, insistía, no es sino voces que ponen en circulación los bellacos y sinvergüenzas, los corrompidos y viciosos, a quienes interesa muy mucho que no sean conocidas sus fechorías, para poder a mansalva repetir las, y que no sean sacados a la picota sus desaguisados y contrafuegos para que la Sociedad no los castigue con el ostracismo ú otras sanciones adecuadas: Bien poco se preocupan los honrados y buenos de que sus acciones sean o no pregonadas a los cuatro vientos.

Así como el médico puede y debe investigar si la enfermedad del paciente cuenta con raíces y antecedentes de familia, que de ello dependerá tal vez su pronóstico y tratamiento, así al moralista y a la Sociedad interesa conocer la etiología completa del vicio o la deformidad moral para corregirla o enmendarla.

El hombre, además, sólo por abstracción puede ser considerado aisladamente; la realidad nos le ofrece siempre viviendo en sociedad, colaborando con los demás en

la obra común, habiendo entre el individuo y la especie un cambio continuo de servicios, reciprocas influencias: y a la Sociedad, por tanto, no puede serle nunca indiferente la conducta de cada uno de sus miembros. ¡Medrados estaríamos si eso ocurriera!

Y aun podríamos mostrarnos generosos y hacer, como dicen, la vista gorda, en eso de exigir estrecha rendición de cuentas respecto de aquellos individuos que, viviendo vida humilde y retirada, aspiran a pasar por el mundo inadvertidos, «ni envidiados ni envidiosos»; mas, ¡con los caciques!, ¡con aquellos que sueñan en destacarse y sobresalir de la masa anónima, trocándose así en modelos para los otros; con los que aspiran a representarnos, con los que tienen en la pretensión de dirigirnos! ¡Bueno fuera y bien cumpliríamos nuestros deberes des-ocupándonos de lo que semejantes personajes son y significan.

Y en lo que dice relación al punto concreto de los precedentes ancestrales del cacique; ¿cómo desinteresarnos de ellos, cuando pueden servir para el preciso conocimiento de la persona? Ciertamente que, no habiendo sido libremente elegidos, a nadie puede hacerse responsable de los padres que le cupieron en suerte, y no fuera justo censurarles si la tuvieron mala; pero en nada ello empece para consignarlo como un hecho, triste y quizá lamentable, pero cierto; triste sin duda es que un nuestro prójimo naciera ciego; pero habrá de hacerse constar el hecho, si alguien intenta encomendarle tareas para las que la vista se precisa; muy de lamentar sería que el aspirante a cacique hubiese salido mentecato del vientre de su madre, pero bien será advertirlo para que las gentes se percaten de la necesidad nativa de quien pretende conducirles.

Vayan, pues, afuera temores, deséchense los escrúpulos y aprendamos todos que no ya sólo derecho legítimo, sino deber estricto de ciudadanía es el darnos cuenta cabal del valor mental y moral del cacique; y para ello

puede en ocasiones servir de mucho, sin que nunca estorbe, el conocimiento de sus antecedentes hereditarios; como no menos sirve el conocimiento lo más amplio posible de la

Formación y ambiente

Pues en error crasísimo se incurriera, creyendo que las aportaciones hereditarias constituían el factor único del carácter y lo que decidía inexorablemente y para siempre del porvenir mental y moral de un individuo; que no es la personalidad, en sus manifestaciones, aunque sí en su esencia fundamental, algo estático e inmutable, sino que puede cambiar y transformarse en bien o en mal; que si las tierras más estériles y bravías son susceptibles, mediante un fertilizante riego, abonos adecuados y trabajo inteligente, de trocarse en amenísimos vergeles o campos ubérrimos de cultivo, no son el cerebro y el corazón del hombre menos plásticos y capaces de regeneración y mejora.

A enojosas decepciones, en consecuencia, nos expondríamos si, ligeros y precipitados, formulásemos juicios sobre nuestros semejantes basándonos tan sólo en los dones heredados, en las predisposiciones y tendencias esculpidas en el organismo por los antepasados; como haríamos asimismo mal en atribuir a la herencia fenómenos debidos acaso a la educación, al medio o a la perversión moral individual; no es siempre fácil distinguir lo que es debido a la herencia y lo que se debe a la educación y al medio; la fatalidad antropológica y la sugestión ocasional son como dos ríos que se juntan para formar nuestra naturaleza.

Más todavía que en lo fisiológico (y harto conocidos son los efectos del tratamiento y del ambiente para regenerar un organismo, nativamente depauperado) influyen la educación y el ambiente en la mejora mental y moral; cierto que en aquellos que nacieron mal dotados han de

ser más tenaces los esfuerzos y más exquisitos los cuidados y las precauciones más extremadas, pero siempre —decimos siempre, porque excluimos los casos teratológicos— es posible la mejora.

Haciendo ahora aplicación a nuestros actuales propósitos, diremos, aunque la discreción del avisado lector se lo habrá dicho ya, que, o para *presumir* lo que un aspirante a cacique será, o, para explicarse las acciones del cacique en ejercicio, debemos tener en cuenta, concediéndole la gran importancia que merece, este nuevo factor del carácter: educación que recibió y ambiente en que hubo de moverse.

Puede suceder, aunque sea poco frecuente, que la educación (el *medio* mismo puede ser, en rigor, considerado como uno de tantos agentes educadores) haya sido tal, que mejore y neutralice y transforme las malas inclinaciones nativas; y en ese caso, aunque con ciertos fundados recelos, puede confiarse en una venturosa regeneración del individuo, vuelto de esa suerte apto para el bien.

Mas lo natural y ordinario es que la educación y el ambiente primeros correspondan en lo que a la parte espiritual se refiere a la herencia y predisposiciones transmitidas; que el gitano, por ejemplo, «que nace para ladrón», «críase también para ladrón», y el hijo de gentes necias, para quienes la cerebración fué siempre función de lujo, no es fácil que respire un ambiente de intelectualidad y cultura y que sea desde el principio inclinado al ejercicio de las facultades superiores. Y no será preciso decir lo que en casos tales, reforzada la estulticia innata o la nativa tendencia a la perversión moral, con una formación igualmente perniciosa o deficiente, podrá esperarse del sujeto, víctima de esas dos fortísimas corrientes.

Pero en todo caso, ocurra o no lo anterior, el ciudadano debe esforzarse por averiguar cuáles fueron esos nuevos factores del carácter, no solo, repetimos, para

presumir fundadamente lo que será el cacique todavía en embrión; sino, y en esto insistimos, para darse cuenta de si las malas acciones del cacique son fruto de circunstancias fortuítas, en cuyo caso la enmienda es posible y puede otorgársele perdón; o si, por el contrario, son connaturales a él, hijas de un impulso ya irresistible y fatal, en cuyo caso la enmienda es, *exceptis excipientis*, imposible; y nada acreedor por ende, a perdón.

* * *

Queda ahora por examinar el factor personal, la espontaneidad del individuo que puede producir una autoformación que sea reforma y perfeccionamiento propios; el libre albedrío, ayudado, no forzado ni anulado, por Gracias y Auxilios suficientes o eficaces. Nada en efecto, más cierto que el hombre posee el poder de reobrar contra influencias internas o externas; que, pese a todas las fatalidades que nos abruman y a las solidaridades que nos encadenan, conservamos el poder de reaccionar; aunque no caprichosa y arbitrariamente; que somos libres, si, mas no tanto ni en la forma que algunos piensan.

Claro es que el estudio de ese factor y su influencia en el cacique no podía ser desatendido, antes por ser quizá el más importante—aparentemente y a nuestros débiles ojos al menos—merece mayores esclarecimientos y análisis que se harán en los capítulos sucesivos, examinando las condiciones mentales y cualidades morales de los caciques: al objeto (que no perdemos de vista) de hallarnos en situación de optar, desechando los peores y más funestos a la ciudadanía.

* * *

Y, sin más dilaciones a la tarea nos consagráramos, si entre las notas de Zósimo no hubiéramos topado con periódicas y numerosísimas alusiones a un tal *Procopio Atunez*, por Zósimo presentado como modelo acabado

del peor de los caciques, cifra y compendio del caciquismo más odioso y perjudicial.

Mucho dudamos entre si hacernos o no eco de las alusiones a ese Procopio, por si en él aparecía fielmente retratado algún personaje real de Zósimo conocido; y tal vez permaneciéramos todavía indecisos, con quebranto para tí, lector, si es que has acogido con agrado este libro; cuando a vueltas por centésima vez con los apuntes de Zósimo, inopinadamente cayó un papel, que vino a sacarnos de dudas, disipando el último resquemor; pues vimos que en él aparecía escrito esto que a la letra te copiamos para satisfacción tuya y nuestra justificación:

«Es, dice, mi más ferviente anhelo que el recopilador de estas notas, *en modo alguno* (fíjate, te rogamos, lector, en el encarecimiento) *bajo ningún pretexto*, deje de dar a la estampa cuanto de Procopio referimos y comentamos; y la razón de este empeño mío es—porque se advierta que no caprichosamente lo pido—el creer que conociendo a Procopio y aprendiéndosele de memoria, no habrá quien deje de execrar a los malos caciques; y pienso yo que haciendo vivir a ese personaje, pura *creación* de mi fantasía—y mejor fuera decir *combinación*, ya que los elementos en la realidad los hallé, aunque dispersos—sabrán los hombres evitar a todos los Procopios que por el mundo anden. Y no digo más que con lo dicho es bastante para que se comprenda lo vertajoso que a fin de mejor persuadir es encarnar en un supuesto ser real y viviente, los vicios y deformidades que se intenta combatir.»

Bastante asimismo lo estimamos nosotros para resolvernos como nos resolvimos a no omitir nada relativo a Procopio, reservando, por supuesto al autor, el galardón o el palmetazo por su invención peregrina.

Por vez primera, comienza Zósimo, hube yo de saber de Procopio en ocasión de discutirse la honradez de su conducta y rectitud de sus procederés. De entendimiento tan mediocre y tan escasa cultura hubieron de pintármele, tan extrañas acciones referían de él, y tan ruines e innobles propósitos se le atribuían; que entré en deseos de conocer, de vista siquiera, a personaje tal, que, de no persuadirme de lo contrario, antojáraseme del todo irreal, uno de esos monstruosos ogros que crean las imaginaciones calenturientas y con que sueñan los niños en sus nocturnos terrores: que tal era el odio que inspiraba a muchos; la abyección con que se le sometieran otros; y el miedo que a su presencia o a su solo nombre sobrecogía a casi todos.

Hallele hombre ya maduro y aún comenzando a pasarse y reblandecerse, mas tal vez por agusanado que por la demasiada sazón; y como las gentes vulgares no se satisfagan si un algo de retrato físico no se les ofrece, intentaré bosquejar uno que comprenda a la generalidad de los malos caciques; algo como los *retratos compuestos* de Galtón, el físico inglés; los cuales representaban lo común a muchos individuos, sin copiar particularmente a ninguno determinado.

Algo cuelllicorto, la anchura de sus hombros, la aparente solidez de sus espaldas robustas, y las manazas musculosas—dones con que la generosa Natura suplir quiso lo desmedrado de la talla—no dudo os dieran la impresión de hallaros ante un ariscado mozo de mulas; como su amplio y prominente abdomen os harían pensar en el endomingado tendero de embutidos y tocino.

Los pies, a que creyéramos hacer agravio llamándoles sólo grandes, apóyanse con firmeza y seguridad, como en muestra de posesión y dominio; y tal parecen querer hundirse en el suelo, que, sin ser poderosos a evitarlo, la imaginación (misteriosos lazos asociativos) evocaba al caballo de Atila que donde ponía los cascos, diz que nunca más brotaba hierba.

Si en los ojos de torvo y avieso mirar,—estrabismo ingénito o inveterado hábito de solapada truhanería—se delatan la sordidez y artera astucia del rústico desconfiado; la premiosidad de la palabra, con lo asaz sóbrio e inexpresivo del gesto, decían de pobreza de léxico, fruto de la inopia de ideas.

Tal, en pocos y bastos trazos era el *hombre-cumbre* que respondía por Procopio; y sojuzgada tenía toda una comarca, de mejor dirección digna; el cual, solicitando con fuerza mi escalpelo, me invitaba, más que invitarme, me constreñía a su análisis minucioso y sereno.

* * *

De humilde origen y linaje obscuro, diríase había querido la mala ventura de Procopio, que, cuanta dosis de bondad y talento, había trasmisible, trasmitieranla sus padres a los otros hijos, que en su corazón y cerebro se llevaran hasta la última migaja de mentalidad y de virtud de la estirpe; dejándole a Procopio no más que lo instintivo y pasional, con lo que tuvo que arreglarse para empezar a vivir.

Cierto es, y un espíritu de justicia obliga a consignarlo, que esta su pobreza psíquica pudo ser remediada por los hermanos; los cuales supieron, más que generosos, abnegados, suplir las deficiencias mentales y morales de Procopio, poniendo al servicio de su encumbramiento los dones que la herencia y el personal esfuerzo les granjearan; y que harto mejor empleados habrían estado en pró de otro cualquiera.

¡Ah, mucho debió lamentar Procopio el que la Desdentada hiciera presa en sus hermanos cuando más saludables le hubieran sido sus discretísimos consejos y ayuda tan eficaz como desinteresada!..... ¡Empero harto más la lamentaron, los muchos desventurados que en ellos hallaran acogimiento y desagravio contra las demasías de Procopio!... Todos bendecían su memoria.

Con el propio exclusivo objeto de dejar consignado un hecho, que puede contribuir a explicar ulteriores procederes,—y no como imputación a Procopio que ni escogió los padres, ni influyó en la elección del ambiente familiar—diremos que ni la educación ni el medio hubieron de mostrársele propicios para desarrollar las más nobles facultades del alma, y atenuar o corregir los defectos nativos.

Conmigo habreis, lectores, de convenir en que si a un individuo, mal dotado ya constitucionalmente se le fuerza a vivir en un ambiente de estrechez, de penuria, puesta de continuo la vista en el cajón del pan, reforzado todo ello con los ejemplos, las máximas y los consejos a diario repetidos en el hogar, tan dinamogénicos ellos y con la terriblemente inhibidora fuerza de sugestión que poseen, maravilla habría de ser que al llegar el individuo a *sui juris*, no tuviera como lema único de conducta, como primordial finalidad de su existencia la que rebosa del repugnante aforismo anglo-yanqui: «*Make money*; haz dinero; si puedes, honradamente; pero si no puedes honradamente..... haz dinero»

Apelando a los mismos resortes, móviles y deformaciones primeras, hallan también explicación fenómenos que en Procopio, o en otros, parecen inexplicables: las abyecciones y vilezas; la nula o escasa estimación del honor; la falta de respeto a la fé jurada; la sordidez y avaricia, la ruindad en el pensar, la bajeza en el sentir, la tosquedad en el hablar. Y ello así mismo debe servir para producirnos la certidumbre moral de que en semejantes sujetos la humildad es, de ordinario, rebajamiento; bajo temor, el respeto; la altivez, soberbia; máscara hipócrita, la bondadosa sonrisa; celada traicionera, la promesa o el don; obligada restitución, la generosidad; la demanda de perdón, insuperable miedo; alevosa zancadilla, la aparente sumisión; y, en fin, el propósito de enmienda, forzoso compás de espera para nuevas tropelías.



CAPÍTULO III

Mentalidad y cultura

Comienza la disección del cacique.—Razones en pró del talento e ilustración.—La generalidad de los malos caciques inculta, pero con claro talento.—Porqué no convienen esos.—Necedad e ignorancia de Procopio.—Hechos que la muestran negativa y positivamente.

Con este capítulo puede decirse que da en realidad comienzo la labor, tal y como a Zósimo más le agradaba; todo lo anterior era por él considerado como prolegómenos, precedentes, necesarios sí, pero que no llegaban a la entraña del problema según él se lo planteaba; podían, si se quería, ser tomados cual principios fundamentales y básicos que era menester dejar establecidos para no edificar sobre movediza arena; gustaba también él de conceptuarlos, faros o luminarias que alumbrando la ruta permitieran sortear escollos y bajos, pero su propósito núcleo no era sino el hacer la disección y autopsia del cacique para penetrar sus misterios y sorprender, si podía, a través de la robusta y complicada organización, el secreto de su vida y de dó partía el impulso inicial de sus movimientos, y no, cierto, para esteril satisfacción de

su curiosidad intelectual, sino para ofrecer a los demás el resultado de sus investigaciones y que ellos hicieran las aplicaciones debidas.

Y bien será advertir, en descargo nuestro—que tene-
mos nuestra alma en su almario y nos desplace asáz,
cargar con ajenas culpas—que, pese a no haber logrado
descubrir el plan a que en su disección del cacique, se
sometió Zósimo, hemos querido respetar escrupulosa-
mente el orden que en sus notas dejó establecido; y así,
fieles a él, comenzaremos por considerar al cacique bajo
el punto de vista de su mentalidad y cultura.

* * *

Y es posible, oh lector mal aconsejado, digas que
una higa te se da a tí de la mentalidad y nivel cultural de
tu cacique; que para lo que tú le quieres, eso te importa
—cual a la viuda famosa con el predilecto de sus apetitos—
que sepa o no Metafísica y Economía y Ciencia
Política y Derecho administrativo o Civil; con tal que se
halle en posesión de Gramática parda y cuquería y ha-
bilidosa maña para procurarte sinecuras y obtenerte
mercedes, todo lo demás lo das tú de adehala.

No muy delicados instintos ni plausible sentido ciuda-
dano revelarás si tales pensamientos túvieres; ni discu-
rrirás cual discreto y avisado si muestras conformarte
con hombría de bien en tu cacique; que puesto que ella
sea principalísima y la más deseable prenda, todavía no
será bastante; ya que ineficaz suelen volverla en los caci-
ques la cortedad de entendimiento y la ausencia o dema-
siada escasez de ilustración, y así, Dios mediante, espe-
ro hacértelo ver.

Son tantas, lector atento, las razones que en desor-
denado turbión se agolpan a los puntos de la pluma,
pugnando por salir afuera, y ser además cada una la
primera, que a punto me hallé de zanjar la cuestión *ab*
irato; y, todas dejadas iguales, pasarme sin ninguna; más

como ello pudiera ir en mengua de mi fama, opté por escoger unas pocas, dejando a tu perspicacia notoria adivinar las restantes.

El hombre de claro y cultivado entendimiento, en virtud de esa superioridad relativa, tiene cierto derecho a ser escuchado y atendido por la masa anónima que dotes tales no posee y a la que ofrece garantías de acierto más sólidas que aquél cuyos ojos, por hallarse colocado en igual plano y al mismo nivel, no perciben otro horizonte que el que la masa misma percibe, y si no dime: *coeteris paribus*, en igualdad de circunstancias ¿a quién preferirás para guía y director: al culto o al iletrado, al de inteligencia perspicaz o al torpe y nada avisado?.....

Y, por no hacer agravio a tu buen sentido dejaremos sin decir que siendo de ordinario los caciques los encargados de dictar las leyes y resolver los altos problemas sociales y políticos no parece deban carecer de las más precisas dotes para ello requeridas: ilustración y talento.

Viene a ser en cierto modo el cacique—en derecho al menos si no en el hecho—el extracto quintesenciado, lo que se ha hallado mejor y de más valía en la provincia o región que *voluntariamente* acepta o soporta su cacicazgo y es justo y natural que por el representante se juzgue de quienes su representación le encomendaron; ¿te place, lector, saberte juzgado a imagen de aquel que por su estolidez y ningunas letras, no hace sino ponerte doquier y siempre en ridículo?..... Si *esto*, dirán con razón sobrada, si *esto* es el elegido, ¿cuáles serán los electores?.....

Es el analfabetismo un concepto relativo y que varía en función de la misión social que el individuo desempeña; el zapatero humilde de portal que sabe leer medianamente, es muchísimo menos analfabeto que el Diputado o Senador que, leyendo de corrido y sabiendo escribir cartas comendaticias, ignoran algo de lo que el ejercicio de sus cargos exige. Y quisiera yo que, de pasada, fi-

járais vuestra atención en la responsabilidad social contraída por quien, sin méritos, acepta y ahincadamente solicita cargos y representaciones para los que no se halla debidamente capacitado Y muy mayor atención debeis consagrar a la responsabilidad vuestra—más grande acaso que la del primero, quien tan ignorante puede ser que ignore invenciblemente su ignorancia,—en alzar sobre el pavés al mentecato que os deshonra y causa perjuicios graves a la colectividad.....

No sé, lector insaciable, si mis razones, de no estarlo antes, habrán logrado ahora convencerte; otras podría añadir; mas, cree a mi sinceridad cuando te diga que aun el resolverme a exponer las anteriores hubo de costarme violencia grande; y así habrás advertido, sin que por advertirlo puedas ufanarte de perspicaz, con qué rapidez y sobriedad, y hasta desaliño mayor, las hice desfilar ante tí; y es que, no concibiendo hubiera en la realidad alguien que con mi tesis se hallara desacorde, parecíanme tiempo y esfuerzos totalmente perdidos los que en exponerlas yo y leerlas tú fueran empleados.

* * *

Con honrada llaneza he de proclamar que en mi no corta peregrinación a través de la intrincada selva de la política, en los centros o en la periferia, apenas si recuerdo haber topado con algún ejemplar de caciques que dejara de distinguirse por el talento, en cualquiera de sus múltiples manifestaciones; la misma justicia obliga también a consignar, que nunca tropezamos con cacique—en el sentido riguroso que damos a la palabra, de absorción y dominio abusivos—que se señalara por su ilustración y cultura; y la razón del último extremo es obvia: por un verdadero imperativo de su esencia de cacique, hasta el tiempo material ha de faltarle para poder consagrarse a amueblar su cerebro; todo tiempo y esfuerzo son

pocos para la captación de la ciudadanía y el mantenimiento de su poder y prestigios en la región.

Pero todos, contadísimas son las excepciones, se hallan en posesión de un claro y perspicaz entendimiento, de profundo buen sentido, de la facultad de hacerse cargo y adaptarse al medio y las circunstancias, de penetración rápida, o de un tal poder de asimilación que aprovechan y hacen suyas las ideas de los otros; talentos *machos* que fecundan, o talentos *hembras* que saben a maravilla desarrollar la simiente que acaso en ellos cae, siempre el talento es su denominador común; si no forman en el grupo honrosísimo de los selectos, de la *élite* intelectual—y no quizá por falta de nativas dotes, sino por sobra de ambiciones y ansia de triunfos fáciles—constituyen ese otro montón de los traviosos, inquietos, bullidores y avispados que siendo mediocridades saben con todo abrirse camino por su agudeza, destacarse por su ingenio y medrar por lo flexibles y sutiles.

Decir que gentes tales no os convienen en manera alguna para representar vuestros intereses, defender vuestros derechos y mejorar vuestros destinos, fuera ofensa, si discretos; o gasto inútil de palabras, si, por desdicha, fuéseis de los egoistas y encanallados, que todo lo soportan y al daño colectivo se avienen a trueque de un mezquino interés personal.

Porque conmigo habreis, seguro, de convenir en que estos tales caciques, al apoyarse en vosotros para sostenerse y utilizaros de peldaño para escalar y de trampolín para saltar a las cumbres, y de fuerza representativa para imponerse, no es sino porque, o de valores mentales propios carecen; o porque, al renunciar a las nobles incruentas lides de la inteligencia, a los costosos y quizá remotos, mas dulcísimos y durables triunfos de la paciente laboriosidad, que su valer mental les promete y garantiza, muestran no hallar contento en sus purísimos goces e inefables satisfacciones, allanándose a los más bajos

placeres de la abundancia facil y los honores inconsistentes y el poderío efímero y fugaz: Y mostrando eso, muestran ser viles, indignos por ende de ostentar la representación de los honrados.

Por el mero hecho—la insistencia y hasta pesadez son o pueden ser salutíferas — de acomodarse a la reptación, pudiendo volar por las cumbres, los caciques tal vez incultos, mas de talento prócer, vuelto esteril por la dejadez, por la abulia o por deformaciones de hábitos viciosos, no son ni pueden ser altruistas y abnegados; no esperéis, no, que procuren y laboren por el bien de los demás a costa de la comodidad o el acrecentamiento propios; ni aun siquiera sacrificando en aras de legítimas alegrías del mañana, un leve interés del momento.

Por todo ello, si el caso de optar se os ofreciera—y muy raro es que, directa o indirectamente, deje al caso de presentarse—vuestras preferencias deberán inclinarse del lado del laborioso obrero de la inteligencia, del que se esfuerza en cultivar y ejercitar sus facultades superiores en cualquiera de los ramos del saber; pues ese tal, aún llegando a convertirse en cacique, nunca sería tan funesto; porque, sin dejar de atender tanto y sobre todo *mejor*, a vuestros intereses, sus aficiones y sus hábitos de trabajo honrado y digno, autorizan fundada presunción y constituirán alguna garantía de que no habrá de apelar a los medios rastreros de los otros para encumbrarse *a costa vuestra*: de vuestro interés o de vuestra dignidad.

Cierto que sólo será *presunción*, que habreis de reforzar, hasta trocarla en moral certidumbre, analizando otras más precisas y preciosas cualidades—que inmediateamente estudiaremos,—pero debemos por el pronto reiterar esta característica mental para resolernos a la opción.

Ni el tiempo ni los sucesos posteriores (así rezan las notas de Zósimo) desmintieron los augurios y temores que el origen y la educación primera de Procopio autorizaban; antes tal vino a pararle su autoformación, que, rebasando toda medida, alcanzó a exceder las más negras y pesimistas previsiones.

A todos era pasmo y maravilla lo muy extremado de su cerrilidad; y, puesto que muchos hubieron de intentarlo, nadie explicarse podía el cómo de no haber obstado lo supino de su ignorancia, lo rudo de su entendimiento y su total carencia de letras, para situarse donde en política se situó, afianzarse en la forma que lo hizo y ejercer un dominio, odioso y odiado, verdad es, pero tan extenso y absoluto que nunca otro tal en la región se vió.

Quién, de ello culpaba al desistimiento y la inhibición perezosa de los bien dotados; quién, al miedo a sucumbir patrimonio de los apocados que a inacción infecunda se condenan; atribuíalo este al olvido o abandono de los deberes cívicos; a la apatía tradicional en la raza, aquel; si uno hablaba de falta de conciencia colectiva, otro decía de perversión en el sentido de la solidaridad social; y todos (que a todos, según se dijo, intrigaba el raro fenómeno por todos también lamentado) coincidían en atribuir buena parte de la responsabilidad a ciertos avisados protectores, más que consejeros, de muy superior valía.

Más de una vez hubo el propio Zósimo de echar su cuarto a espadas, y en sus ratos de expansión solía decir, de su agudo ingenio complacido: El pródigo Autor de la naturaleza que a todo atiende, otorgó a los hombres un número igual de dones, ciento, si os parece bien; aunque, respetuoso de la libertad, dejó a cada hombre la distribución y el empleo: Los hombres honrados, con las naturales variantes hacen esta o análoga distribución: 20 para conocer y amar el deber, la virtud y llevar como se dice una *vida-buena*; otros 20 para ejercer la profesión u oficio; 20 nuevos para cultivar la Ciencia, el Arte; otros

20 para el amor, la amistad, la Patria; y aún restan 20 para el placer de vivir y la *buena-vida*. Mas los pícaros, consagran los 100, y no más porque de más no disponen, a la *buena-vida* ¿qué mucho que a todos aventajen y que con mayor facilidad consigan su propósito si es único, y hacia él orientan su actividad entera?... «Todos los pícaros tienen suerte» dice la sabiduría popular.

Y Procopio es un pícaro; y en ese término incluyo la vileza, la desaprensión, la ruindad...: Hallo empero preferible que los hechos hablen por mí, fundamentando en ellos la incultura y escasísimo talento de nuestro personaje, que hacen de él un grandísimo zoquete.

El primer hecho es que Procopio nada absolutamente ha producido en ninguno de los órdenes de la actividad mental; ni la Ciencia ni el Arte le deben la más pequeña contribución; ni siquiera llegó a ejercer alguna de las profesiones liberales; en el Congreso que durante largos años le contó entre sus miembros, exceptuando un famosísimo discurso, del que luego hablaremos, sólo se oyó su voz cuando, inconsciente y aun emocionado, pronunciaba las palabras sacramentales: «Atunez, no; Atunez, sí»

Se dirá que eso es un argumento puramente negativo; que el no haberse producido manifestaciones externas, no implica de modo necesario la ausencia de cultura y talento; sin contar con que uno de esos Diccionarios enciclopédicos, tan bien informados y documentados, le incluye entre los ilustres y afirma de él, para prez suya y eterna memoria, que Procopio Atúnez era no sé si un genial Ingeniero o un Jurisconsulto eminente, contándose por centenares sus discursos, modelo de oratoria parlamentaria académica y forense. El elogio, *por lo veraz y desinteresado*, es definitivo y concluyente.

Al alma mía, tan poco avezado a las artes y manejos de editores avisados, hubo de ocurrirle cuando el viajante de la casa, adulador y meloso, le pidió biografía y retrato, como a la mayor parte de los españoles; hubo,

decimos, de acaecerle lo que a Sanchica cuando recibió el mensaje de la Duquesa... ¡Pues qué, cuando llegó a verse en la página tantas del tomo no sé cual!... Allí fué el convocar a amigos y deudos, y el *iterum atque iterum* leer a todos... Allí ¡oh bien aconsejado editor, que buena pro te haga! el ordenar incontinenti, que todas las dependencias se suscribiesen... allí el iniciarse homenajes al consagrado grande hombre, homenajes que no rehusó, aunque bien lo quisiera su modestia, porque, «todo por su pueblo y para su pueblo...»

Aquella tarde, tarde luminosa, bien averiguado el sitio de su instalación, acudió por vez primera a la Biblioteca del Congreso, do permaneció una buena pieza haciendo como que leía periódicos, hasta que, no consintiéndolo más su impaciencia,

—¿No tienen, inquirió, mal disimulada la ansiedad, no tienen el Diccionario enciclopédico...

Y aquel burlador eterno de Morán, asombro de Procopios por su erudición pasmosa;—Pues no faltaría más, ilustre señor Atúnez, que aquí careciéramos de...

—No; es que me habían dicho que el último tomo, ¿sabe usted? hablaba de mí, y como yo soy así, que me molesta que digan...

*
*
*

Decirte no ha de ser necesario, que no había ¡ay! tales carneros, sino sólo benévolas suposiciones del codicioso o agradecido autor de la nota biográfica, que ni por las mientes le pasó nunca a Procopio subir a estrados o dirigir un puente; y cuanto a piezas oratorias, no se tuvo jamás noticia de otra que de un discurso por él en el Parlamento recitado; más que compuesto fuera por un su deudo, a ello constreñido contra toda su voluntad, que discreto era y harto comprendía el ridículo inmenso que iba a reportar al recitador.

Pues bien será sepas para tu regocijo, que el famoso discurso fué compuesto e incrustado íntegro en la memoria de Procopio, *de la Comisión*, antes de tenerse noticia del que había de pronunciar el impugnador del Proyecto.... Y no precisarás reseña, del asombro primero, y el holgorio e hilaridad subsiguientes; las carcajadas hallaron eco en todos los ámbitos de la Península e islas adyacentes; con el natural bochorno y la muy lógica indignación de sus Jefes y protectores, que nunca pudieron imaginarle así de mentecato; pues la necedad estuvo, no en carecer de conocimientos a la materia pertinentes, y de dotes oratorias, sino en no haberse resignado a salir del apretado paso con cuatro triviales generalidades que le dieran derecho al consagrado cliché:

«El Sr. Atúnez, por la Comisión, le contesta»; largándose en cambio con un discurso altisonante más incongruente y dicho de tal modo que a nadie le cupo duda del *embotellamiento* y, lo que es más grave, de que él propio no lo entendía; que tal hubo de ser la uniformidad y monotonía de su dicción, la falta de acción y gesto y lo hierático y solemne de su actitud.

Aquí diera fin la historia política de Procopio, si no hubiera dispuesto la caprichosa fortuna, que a mayores empresas le destinaba, que, corriendo los días y llegados los de las *vacas flacas*, se viera en grandes aperturas un personaje del partido. Noticiosos del caso, como tantos otros, los allegados de Procopio que bien le querían y por su adelantamiento trabajaban, con gran ahinco y reiteradamente—que no menos precisaba su ancestral avaricia—le invitaron a que corriese en ayuda del a la sazón menesteroso.

—¡Pero, Dios mío, sollozaba el mísero; es que si lo hago, bien puedo despedirme de mi dinero!

—Aunque eso fuera, insistían; cuenta con que siendo como es el predilecto del Jefe, en forma te lo devolverá que, bien aprovechado, según confiamos, será para tí el Pactolo; y...

—Mas, si vienen mal dadas, ¿quién me resarcirá?

—Mira, hombre: las cosas claras; tus merecimientos, siempre cortos y tu prestigio nunca en auge, por los suelos quedaron tras aquella... campaña parlamentaria; y no sé cómo podrías recobrar las perdidas posiciones si a ese u otro medio análogo no apelas; que no creo te diera tan mal resultado el desembolso aquél para la fundación de «El Patriota.»

—¡Ay, pesetas, por mi mal, perdidas!.. ¡Tan perdidas como aquellas otras que, por imposición también, vuestra, hube de derrochar en la famosa contienda electoral.

—En fin; haz como gustes; pero sabe que de no hacerlo debes renunciar a la política y consagrarte a tus negocios.

Acabó Procopio por ceder a la sugestión; y no le avino mal, como sus desinteresados consejeros vaticinaron. ¡Cuánto ay, perdió al perderlos, quedando a merced de otros no tan abnegados ni tan discretos; y, lo que peor fué, entregado a su propia necedad, siempre en aumento!

Porque es bueno sepais que sin freno ya en su soberbia presunción, la necedad ha alcanzado en él el límite máximo: aquél en que se cree la más alta sabiduría. En los comienzos de su carrera, mostrábase modesto; y, bien fuera porque los éxitos no habían hinchado las velas de su vanidad, y se reconocía; o bien porque se dejaba influenciar de aquellos consejeros, el hombre, no osaba, para defenderse o *bombearse* poner la pluma sobre el papel, rogando a este o aquel amigo le hiciera la merced; pero, después... . ¿quién pone puertas al viento de su presunción?.....

Su mentalidad (aplicada, naturalmente, tan sólo a los bajos menesteres de una política menuda y sin elevación; que de altos problemas políticos o sociales.... perdonad, por Dios; que no lleva suelto) se caracteriza por ese rasgo común a todos los duros de mollera: ignorando la

analogía, sólo saben discurrir por *identidad*; son unilaterales y a todo, cosas y personas, aplican igual criterio: Ayer ocurrió así, pues lo mismo acontecerá mañana; tal procedimiento aplicado a Fulánez dió excelentes resultados, pues igualmente magníficos me dará aplicándole a Mengánez.

Inútil decir que con semejante índice mental el pobre Procopio ha ido de tumbo en tumbo, desde que, privado de aquellos sus consejeros, se vió privado de lo que ellos eran para él: cerebro, guía y freno. Hoy, desbocado, ciego y sin dirección corre vertiginosamente hacia su ruina, destruyendo en poco tiempo todo aquel edificio de poder y de grandeza que otros con gran talento alzaron para él; la inminencia de su desastroso fin por muchos síntomas se anuncia aun para los menos perspicaces: lleva dentro de sí el germen de la corrupción y de la muerte: el más inconsistente orgullo; la ignorancia más crasa; y la total ausencia de las virtudes más precisas en el que pretende dirigir los pueblos y lograr una dominación durable.

Porque no son ya sólo los perspicaces quienes advierten y comentan lo enteco y limitado de su mentalidad, es el propio vulgo, las gentes más indoctas las que hacen chacota de su incultura e hinchada vanidad que le impulsan al empleo abusivo de frases hechas recogidas acá y allá y por él aplicadas casi siempre fuera de sazón: «Todo por mi pueblo y para mi pueblo», es uno de sus aforismos favoritos, y que subrayado con irónicas sonrisas corre ya de boca en boca. «¿Qué le he hecho yo a usted?» es la interpelación obligada que dirige a cualquier ciudadano, que o dejó de votar a un su amigo, o protestó del Alcalde, hechura suya, o llevó ante los Tribunales a un deudor moroso, partidario de él. No hay banquete, homenaje o fiesta del árbol, en que no *coloque* la máxima: «Favor para el amigo; justicia para el adversario».

No menos prueba la falta de *sindéresis* su elección de

consejeros y favoritos; los más, son dignos de él en punto a cultura y discreción; y los pocos avisados y despiertos, son demasiado *vivos*, que van *a lo suyo*, sin más curarse de encaminarle bien, antes servilmente le adulan, no contradiciéndole jamás ni enderezándole sanas advertencias.

¿A qué otra cosa, sino a su estulticia complicada con la avarienta sordidez, puede atribuirse el no haber obtenido más provechos de las tan propicias circunstancias que le han rodeado? Hombre que durante varios años ha dispuesto a todo su talante de diez o doce actas y se aquieta con cargos secundarios y de muy escaso relieve, indicio cierto da de una de dos cosas: ó que no acertó a darse cuenta del valor que en la política al uso representaba y temió el pobre imbécil quedarse a la luna de Valencia, si no aceptaba el duro rebojillo; o que sus Jefes le comprendieron tan zoquete, que antes que hacerle Ministro, preferible creyeron arrostrar su enojo, si a producirse llegaba.

Los procedimientos mismos que en el régimen de su feudo implantó (y que más adelante especificaremos y juzgaremos) apelando al terror y la persecución, muestran palmariamente la miopía intelectual de Procopio: Otro cualquiera habría comprendido que su propia conveniencia le aconsejaba procurarse amigos en lugar de amontonar esclavos en quienes han de germinar odios y deseos de venganza; por no tratar a todos con comedimiento y mesura, hubo de enajenarse las simpatías y el respeto de los más dignos y más honrados: cualquiera que no fuera él habría previsto las fatales consecuencias de su desafortunada conducta.

Otros caciques—y con esto terminaremos la enfastiosa enumeración—padecen una perversión del sentido moral, idéntica a la suya; pero poseen la discreción necesaria para no dejarla traslucir; y ya que se trasluzca, que no puedan producirse pruebas documentales de su desapren-

sión y de sus delictuosas mañas: Procopio es tan idiota que ni se recata ni adopta medidas de prudencia a fin de evitar que el amigo o partidario de hoy, trocado mañana en contrario, le cubra de ridículo y se ufane de poseer pruebas palpables de sus vilezas.

De



CAPITULO IV

MORALIDAD

Importancia mayor de las cualidades morales.—Elasticidad en las concepciones éticas.—Programas máximo y mínimo.—*Fidelidad; gratitud y lealtad*.—Su lasitud cuanto a las *doctrinas*.—Tres categorías de políticos cuanto a la lealtad.—Criterio aplicable.—Perjuicios del cacique desleal.—La lealtad de Procopio.

Gran verdad es indudablemente que no la mucha ciencia ni el sobresaliente talento, sino la acendrada honradez y la recta intención son las dotes preferibles en quienes de algún modo dirigen los pueblos y gestionan sus negocios; pudiendo darse, y dándose realmente, el caso de que sean excelentes gestores, sujetos iletrados y de entendimiento mediocre; con tal que a aquellas virtudes morales unan, el deseo firme de acertar y suerte en encontrar y docilidad en seguir a quien bien los encamine y aconseje.

Y puesto que nosotros queramos examinar detenidamente al cacique, forzoso será que consagremos atención preferente a las prendas morales, para ponernos en condiciones de elegir al menos funesto; a cuyo fin haremos el estudio comparativo atendiendo a algunas más princi-

pales virtudes; no sin antes abordar un problema de conjunto, con todas las virtudes relacionado estrechamente.

Mirando sólo a la práctica y a la vida—que la especulación y las teorías de Metamoral, como la llaman hoy, no son de este lugar—es un hecho que no hay acuerdo entre los hombres aún del mismo país e igual época, sobre la apreciación de la conducta y los valores morales; hasta el punto de que a un observador sereno, se le antojarían esos valores, no incommovibles y eternos, sino elásticos y acomodaticios; cada hombre aplica un criterio distinto; y largo sería el señalamiento del por qué.

Cierto que hay un código eterno de moral que la casi totalidad admite: El Decálogo, con sus preceptos negativos, claros y terminantes; y positivos, algo más vagos y determinables por otros de mayor precisión; pero luego en la vida corriente y normal—muy somera observación permite reconocerlo—los hombres, ya aislados o ya en conjunto, toman ese Código un poco a beneficio de inventario; y, conforme a sus hábitos, a sus instintos o a su educación, suprimen estos preceptos o cambian aquellos; se muestran inflexibles para el uno y blandos y remisos y transigentes para el otro; individuos inexorables para los infractores del 4.º, 5.º y 7.º piensan, o dicen, que son de otra categoría el 9.º y 6.º; consideran algunos sin honra e indignos de alternar con los demás a los que apalean o roban al prójimo de un modo descarado; pero hallan disculpas y paliativos si eso se hace con pulcritud y habilidad; tan elástica es entre muchos la malicia del adulterio, que sólo en contadas circunstancias—que como tales circunstancias son sólo modificativas—le hallan inmoral y censurable.....

Y esa elasticidad se da no menos en el criterio de honradez profesional y honorabilidad social; y no es menester aducir comprobantes que tanto por desdicha abundan. Tampoco precisará decirse que donde la be-

nignidad cualificadora es llevada al límite máximo es en el orden político, profesión esa que en sentir de muchos —interesados o idiotas— autoriza las mayores bajezas, cualesquier infamia, toda perfidia, las más negras deslealtades, asechanzas odiosas, ruines indignidades; todo lo vil y rufianesco. A este último aspecto, al de la moralidad en los profesionales de la política, y más especialmente aún, en los caciques, vamos a contraer aquí nuestras observaciones; observaciones que procuraremos sean lo menos posible abstractas y sintéticas, para mantenernos a ras de la vida real en los actuales momentos y en nuestro país.

A la hora de ahora nos hallamos frente a dos distintos programas, que así se los llama, de moralidad y decencia políticas: el *máximo* y el *mínimo*: lo que debieran ser los profesionales de la política en su conducta con arreglo a los perennes e inmutables principios del Ideal moral; y el conjunto de exigencias a que *por lo menos*, debemos responder en la actualidad: las ideas, valga el simil, que se exponen en tipos grandes del texto y que ciertos profesores exigen para el mero *aprobado*; o la letra bastardilla que se requiere para aspirar a las mejores *notas*; o sea el máximo.

El primero de los programas ha de constituir nuestro ideal, a cuya consecución debemos incesantemente tender, y que nunca, cualesquiera que las circunstancias sean, debemos perder de vista, porque es el faro que alumbra nuestra ruta; pero, no empeciendo para que atendamos a la realidad que nos circunda; pues si, ni un instante separamos las miradas del Ideal, no acertaremos a evitar las zarzas del camino que rasgarán nuestra piel, ni sortearemos los obstáculos, tropezando y cayendo de continuo; lo conveniente será, pues, atender alternativamente a ambos: al término codiciado, y al camino áspero y tortuoso que a él conduce; por no hacerlo así yerran los demasiado idealistas, y los que a la sola realidad viviente se atienen sin nunca alzar los ojos al Ideal.

Eso hemos hecho nosotros hasta ahora, y eso seguiremos haciendo al examinar las cualidades morales del cacique. Y no pongas, lector, reparos al orden en que se enumeran esas virtudes, porque no atendimos a su importancia relativa sino a la distribución, caprichosa, que establecida hallamos en las notas de Zósimo.

Fidelidad, gratitud y lealtad

Empezamos nuestro análisis, por el de estas virtudes, no por otra cosa sino porque, a tal punto ha descendido ya el nivel moral de caciques y políticos, y tan reducidas son las exigencias del actual programa mínimo a su respecto, que, temerosos de ver desaparecer de un instante a otro, esas palabras y otras análogas: consecuencia, reconocimiento, etc., del vocabulario político, instintivamente nos apresuramos a tratar de ellas antes de que, con las palabras representativas, desaparecieran también de los cerebros las ideas correspondientes: ¡Que tan malparadas van quedando nuestras pobres inteligencias, merced a los corrompidos y corruptores caciques, que esas y otras ideas se nos antojan referibles sólo a los tiempos heroicos; y en los actuales, políticos fieles y agradecidos son bichos raros que se exhibirán para general admiración en la barraca de la feria pueblerina!

Fidelidad *total* a una doctrina y un régimen de gobierno, puede decirse que hoy no existe sino en los partidos extremos en que militan los románticos, los, tan simpáticos, cortesanos de la desgracia: Instructivo y curioso fuera hacer su psicología; y aun cuando ahora no la intentemos, toda vez que de los tales no salen caciques, y a los caciques, hemos de contraernos, no queremos dejar de anotar un rasgo típico de los más y que mucho les enaltece por lo ejemplar: Más afectivos que cerebrales, muchas, muchas veces se aferran a sus doctrinas y se encastillan en sus ideales, ante el temor

sólo de que una leve concesión se traduzca por su conciencia en aproximación a las ollas de Egipto; eso hace que sean más difíciles de convencer; todo lo cual no significa que carezcan de razones de peso para mantenerse tenaces en sus posiciones.

Nada exigente es hoy el programa mínimo en punto a consecuencia y fidelidad a los principios; no perderemos pues el tiempo (y perdido sería dado nuestro actual propósito) en proclamar la necesidad y obligación moral de ser fieles a la Verdad; y la de no confundirlo con la terquedad ciega e inconsiderada ó contra el dictamen de la propia Razón; ni eso, ni el *amicus Plato, sed magis amica véritas*, tienen hoy frecuente aplicación; la generalidad de las gentes, por gran desdicha, toman las cuestiones doctrinales y de principios como cosas secundarias y de poca monta.

Hoy, aunque tampoco en la medida que se debe, se atiende sólo en lo político a la lealtad para con las personas y el reconocimiento y la gratitud por las mercedes recibidas; y acerca del particular diremos que los caciques pueden distribuirse en tres grandes grupos: Fieles; desleales, más por motivos que hasta cierto punto justifican la deslealtad y no excluyen la gratitud; y los desleales e ingratos sin justificación ni excusa adecuadas a la magnitud del hecho.

En la política contemporánea hay con abundancia ejemplares de las tres categorías; y aún con inmensa variedad de matices dentro de cada una: Desde el desinteresado Romero Robledo que de sí mismo decía con su habitual gracejo: «Soy yo como las mulas de encuarte cuya misión es sólo ayudar a que los tranvías suban las cuestas; cuando con mi esfuerzo he logrado que Cánovas llegue al Poder, le dejo y ayudo a Sagasta para recomenzar otra vez», hasta Sánchez Guerra, pasando por Silvela, Canalejas, Romanones y otros de menor cuantía, y que, naturalmente, desdeñaremos; que ni figurar aquí

merecen personajes de última fila y de tan desmedrada talla política.

Mucho importa, pues, conocer los móviles y motivos que produjeron las deslealtades, para poderlas juzgar con conocimiento de causa y aplicar a ellas la sanción debida; que los móviles pueden ser racionales o sensibles, que tengan sus raíces en la razón aun que tal vez equivocada, o en el apetito grosero; y el acto de deslealtad no merece la misma estimación moral en uno y en otro caso.

Cándidos en demasía fueran los ciudadanos contando con que los desleales confesasen sus verdaderos móviles si los móviles no eran confesables; pues siempre dirán, y dicen, haberse sacrificado en aras de la Patria o siquiera por el pueblo que les vió nacer, (si es que el pueblo en que nacieron es además el que les vota); pero el ciudadano pondrá en cuarentena esas afirmaciones, sospechosas por interesadas, y no las dará patente limpia en tanto no se haya persuadido de que la merecen; y para adquirir esa persuasión o la contraria aplicará el único o casi único criterio posible, que, si no es universal, marra pocas veces.

El criterio se basa en los resultados: ¿ha obtenido algún lucro, ha cosechado beneficios que de permanecer leal no obtuviera, o los habría obtenido en un mañana lejano y problemático?..... Sirve también para fundar presunciones legítimas el conocimiento de la historia anterior del individuo; que, si bien libre, el ejercicio de la libertad está en el hombre condicionado y en muchos casos, determinado por los antecedentes; pues la voluntad libre no es caprichosa arbitrariedad; y eso nos lleva asimismo de la mano a examinar sus propias dotes y cualidades personales; ya que no son acreedoras a idéntico calificativo y la misma sanción la deslealtad de quien, sabiéndose con méritos intrínsecos positivos se ha visto acaso injustamente postergado; y la negra ingratitud de aquel que nunca hubiera podido volar con sus alas y

debe todo cuanto ha sido y medrado al afecto o benevolencia del mismo a quien traiciona, ruin y villano.

No todos los *idóneos*, por acudir a recentísimos ejemplos, desleales a Maura, fueron, aunque igualmente concupiscentes, igualmente viles, igualmente traidores, e igualmente ingratos; que todo el mundo señaló y marcó con más infamante estigma a los Judas..... los cuales harto a las claras revelaron su abyecta y villana condición en su conducta ulterior, ya la traición pasada; mostrándose los más bajos, los más arteros y encarnizados perseguidores de aquel que los sacó de la nada: ¡Precisaban acallar los gritos y protestas de sus conciencias dormidas, pero no muertas, y justificar la vileza primera con otras vilezas mayores, que a los propios cómplices repugnaban!

* * *

Agravio constituiría para el buen sentido vuestro el que yo me esforzara en demostraros que, forzados a elegir entre varios caciques, al que debeis preferir como menos malo, (en este particular) es a aquel que haya permanecido fiel siempre a los principios y leal y agradecido a las personas; rechazando sobre todo y combatiendo sin tregua a aquel o aquellos que figuren en la última categoría de traidores e ingratos.

No faltará empero quien, con más o menos rebozo diga: Puesto que, dada la corrupción ambiente, todos los caciques, se disfracen de azules o de colorados, son unos y van *a lo suyo*, lo que a nosotros, pueblo, interesa, que en resumen, «oros son triunfos», es apoyar y entregarnos a aquel que menos alejado se encuentre *del bote* (nueva, pero expresiva fraseología) y así, siquier sean migajas sobrantes, algo se pesca, y del lobo, un pelo.

No temais que, indignado ante tan insolente profesión de cinismo y ruin codicia, a mis hipotéticos interpelantes

mande, asqueado, noramala, sin concederles beligerancia; atento les oigo, y al propio terreno a que me emplazan propicio acudiré, apercebidas las armas. No es él, ¡pobre alucinado pueblo y aun envilecido por la prolongada dura servidumbre, mas con instintos y ansias latentes de emancipación y vida ciudadana! no es él el principal culpable de expresarse en tales términos ni de pensar como los términos implican. Mostrarle quiero que ni aún en el orden del interés es negocio sostener o soportar al canalla y villano.

A nadie juzgo tan cándido, en estos tiempos de positivismo y muy justificado recelo de los políticos, que llegue a figurarse que un sujeto capaz de haber traicionado a los principios, vendido y renegado del Jefe *digno*, y pagado con la más negra de las ingratitudes al protector generoso, haya claudicado de esa suerte y descendido a tales vilezas, por... altruismo, por espíritu de sacrificio en aras del bien general; cosas semejantes, si se dicen, nadie las cree y por eso se dicen menos cada vez, si no es por un levísimo resto de pudor o ante un concurso de mentecatos.

Puede si acontecer haya quienes, aun buscando, por la deslealtad, el bien propio como finalidad primordial, atiendan al bien ajeno si tiempo les queda y ocasión se les ofrece; pero es sólo si la deslealtad ha sido de las *menos graves*, la cual es compatible ¡hoy sobre todo que el programa mínimo es tan reducido! con cierta elevación de espíritu y con un corazón en que la generosidad tenga asiento.

Pero cuando la deslealtad se dobla con la bajeza y la ruín traición, como sucede con las que incluimos en la última categoría, que tan repugnantes son a todo humano sentir, entonces es *moralmente imposible* que el felón sea generoso y se preocupe de otro bien que no sea el bien suyo inmediato o mediato; y eso, por una razón muy obvia.

No se abjura de los principios, proclamados salvadores; ni se reniega del Jefe honrado y digno; ni se traiciona al protector generoso, más que impulsado o por apremiante necesidad, o por insaciable ambición; y, en cualquiera de esos casos, el yo—un yo innoble y concupiscente—absorbe y monopoliza la atención toda; que Judas, aquietándose con treinta dineros, nada recabó para otros, antes de todos se escondía para no haber de repartir.

Todo sin contar, con que, acosados sin tregua por la propia conciencia que les representa su felonía, a sí mismos se repiten de continuo sin palabras: «Ya que tan bajo descendí, y tanto me encanallé y tan despreciable me hice, lléveme en mal hora el Diablo, *mas en coche...* ¡bueno fuera que otros, aprovechando mi villanía, medraran a mi costa y al amparo mío!».....

Por seguro, pues, mis lectores, podeis tener, que si uno de estos despreciables sujetos, os correspondió por desdicha vuestra, de cacique, nada bueno y útil habeis de esperar de él; que sólo os hará merced, o para compraros exigiendo en retorno del mezquino favor, algo que valga mucho más; o para envileceros, obligándoos a que aplaudais, y, aplaudiéndola, compartais, su vileza y abyección.

* * *

Pecado es el de la inconsecuencia que no obscureció nunca la fama de Procopio ni amancilló su conciencia; ni el más enconado e injusto de sus adversarios,—siempre tuvo adversarios la virtud heróica—osó nunca acusarle de infidelidad a una doctrina; y de ello podía legítimamente ufanarse..... que así le mortificaban a él las doctrinas como al zancarrón de Mahoma.

¿Inconsecuente él?..... ¿él tornadizo?..... ¿él cambiando de ideas en daca esa Dirección o toma esas actas?..... No en sus dias; no le conoce quien capaz le

juzga..... Quédese eso para los que sobrecarguen su cerebro con el lastre inútil de principios doctrinales y que, careciendo de amplitud de miras, se aferran, tercos, a un determinado credo político, sin más allanarse a la sabia transigencia, no comprendiendo que el pensar es un oficio horro de todo gravámen, libre, y enemigo por tanto de sujetarse a doctrinas.

Como nadie igualó jamás a Procopio en la modestia con que recataba su alto valer, para no lastimar, cruel, a los inferiores; ni en el pudor con que velaba su vastísima cultura para no dejar fascinados a los oyentes, nadie advirtió su Ideal, ¡tan alto supo ponerle! y en tan suprema síntesis logró encerrar su omnisciencia que cristalizó en una fórmula pasmosa, de sencillez: *Medrar a toda costa...* ¡¡¡Infiel Procopio a su ideal!!!...

Con esa elevación de miras y talla mental tan soberana, ¿qué valor había de tener para Procopio la misérrima cuestión de personas?... Con espíritus así de excelsos la Moral general pierde sus fueros; colocado Procopio, hombre-cumbre, más allá del bien y del mal, su genio le inspira, su entendimiento le conduce y, con autonomía de legislación se fabrica sus preceptos; y su voluntad, soberana, se crea los deberes. Lealtad, gratitud, reconocimiento, adhesión... palabras, sin contenido real; buenas para la turba de eunucos, para la grey que se postra ante el fetiche; párias y castas inferiores vivan sumisas al código de moral vulgar, que el fakir vive sólo para contemplar su ombligo.

Gente envidiosa y ruin le acusaba de desleal al Jefe por abandonarle, cobarde, y aún, vil, hacerle traición... ¡bah! gozquecillos aulladores, incapaces de advertir que allí está la cabecera do Procopio está... ¿Porqué, por qué el Jefe no le siguió a él? Y no fué, no, que Procopio, el cerebro del partido le escatimara los consejos prudentes y las admoniciones de sabiduría llenas: ¿quién fué el infiel, el desleal, el ingrato?... ¿Quién dejó a quien?...

Dé la boca al polvo el ensoberbecido Desterrado; álcese nuevo Pródigo y tome la vuelta del hogar, que allí, Procopio, el magnánimo Procopio, que todos los días sube a la azotea para otear los senderos y descubrirle más presto, le aguarda, abiertos los brazos, húmedos por el placer los ojos y el pecho rebosante de ternura, ansioso de sacrificar el mejor carnero que haya en el rebaño de... de cualquiera de los amigos.





CAPÍTULO V

MORALIDAD (Continuación)

Concepción individual de la vida. *Munificencia y largueza*.—Tres clases de caciques en punto a liberalidad.—Psicología de cada una.—Edificantísimas proezas de Procopio.—Causas de la abyección.

Todos los hombres, sin exceptuar a ninguno, forman de su vida en este planeta una concepción particular; y cada uno de ellos orienta la actividad, hacia este o el otro fin principal, ya que no exclusivo: Temperamento y herencia; educación y hábitos, son, con otras, las más importantes causas generadoras de las diferencias individuales en cuanto a la influencia predominante de los móviles y a la apreciación de las cosas que deben constituir la finalidad suprema.

Cifran unos su ventura en las riquezas; en el poder y los honores otros; este en la Ciencia o el Arte; aquel en la Virtud; para los espíritus selectos es la vida actual un puro medio; las almas vulgares la estiman—u obran cual si la estimaran—como fin último.—Los goces de los primeros, goces puros y nobles, son fecundos en bienes para los demás; los bajos y groseros placeres de los segundos, no tan sólo son estériles sino que se mantienen a costa de devorar los de los prójimos.....

Bien hiciste, lector avisado en llamarnos al orden; pues de no, (tal el asunto se presta a meditaciones hondas y amplios desarrollos) Dios sabe hasta dónde con nuestras filosofías fuéramos, y cuán lejos nos quedaríamos del cacique a quien tú quieres saquemos a la vergüenza; cosa harto difícil, porque así anda de eso el mal cacique como aquel truhan que tiempos atrás fuera sentenciado a la pública vergüenza: Al tiempo de cumplirla, condujéronle en el hábito apropiado, grillete y esposas, a la picota o tablado, donde permaneció *coram pópulo*, en tanto daban garrote a otros dos tan honrados sujetos; y, como acabada la triste labor, le ordenaran alzarse para regresar a la cárcel, hubo de inquirir de asombro lleno: «pero a mí, ¿cuándo me avergüenzan?»

Volvámonos, pues, a nuestros caciques, si no para rubor suyo, que negarías el supuesto, para enseñanza nuestra.

Munificencia y largueza

También los caciques «tienen su corazoncito»; y también brotan de él o nobles impulsos y anhelos generosos o rastreras ambiciones y ruines propósitos; que también ellos conciben de modo diverso la vida y sus encantos.

Los hay que, pese a ser caciques, resultan soportables por cierta alteza de miras que les permite mostrarse desprendidos y generosos de lo propio; no tal vez por pura liberalidad y altruismo, sino por hacerse amigos y agradecidos, que le resarzan con votos y apoyos fervorosos los sacrificios que en su pro se impusieron. Pero los hay que a sus otras malas cualidades agregan la sordidez y tacañería, no otorgando favores que puedan aunque sea en mínima porción menoscabar su hacienda no escasa. Y aún hay una tercera clase de caciques, de tan baja condición, y tal codiciosa ansia de atesorar, que en nada reparan y a ninguna otra cosa atienden que

no sea el aumento incesante de sus riquezas; y así entran a saco en los derechos de sus *súbditos* como en sus bolsillos siempre que pueden.

Por regla general los caciques *urbanos* y los *provinciales* más, pertenecen a la 1.^a o 2.^a categoría, dejando la 3.^a para los *rurales*, que forman esa truhanería repulsiva que flagela sin piedad a los infelices lugareños; y que no existieran si los caciques provinciales no les ampararan; recayendo así sobre estos gran parte de la responsabilidad en las fechorías de los rurales. Nueva razón para odiar al caciquismo y combatir al cacique.

No es complicada la psicología de los caciques de la 1.^a clase. De posición desahogada y, más que eso (pues los hay opulentos que son tacaños y aún explotadores) personas de espíritu algo cultivado, y alguna delicadeza de sentimientos, han cifrado su ambición en los honores, en la vanidad del mando, en el placer de crear agradecidos prestando servicios y prodigando mercedes; las riquezas en ellos sólo poseen el valor relativo de servir de medios para el logro de esas sus aspiraciones, las cuales logradas, viven satisfechos, pues tal es la concepción que de la vida y su valor han formado.

Y si a nosotros esos tales caciques no nos satisfacen plenamente es, no por las aspiraciones que alientan, de las más inofensivas, sino por los medios reprobables e ilegítimos que, *como caciques que son*, emplean para conseguirlas. Dadas, sin embargo, las desviaciones que sufre el sentido de la ciudadanía, son los caciques más tolerables, sobre todo si enfrente o al lado hay otro peor; en cuyo caso no ya soportarle, sino prestar a aquél todo nuestro apoyo debemos, a fin de anular a éste, muchísimo más funesto.

Porque nadie habrá que ponga en duda lo muy más perjudiciales que son los codiciosos y tacaños de la 2.^a categoría; y no en verdad, por la falta, en sí, de esplendidez o generosidad, sino principalmente por lo que esa

falta revela en el cacique. El cacique sórdido y avaro, que lleva *al céntimo* la cuenta de sus beneficios y que no otorga merced si algo *sustancioso* (que la platónica gratitud no engorda) no recibe en retorno, ese, es del número de los viles para quienes el mundo no tiene otros goces, ni la vida ofrece otros encantos que los que procura *la posesión* del dinero: y si codician y persiguen mandos y honores, es no más que porque su posesión traducirse a la corta o a la larga puede en dinero efectivo; gente, como veis es esta, ruin y despreciable.

No tanto, sin embargo, con serlo mucho, como lo son los caciques de la categoría 3.^a, aquellos que sobre avaros y miserables, explotan a mansalva y con dolo a sus siervos, que siervos en verdad son y merecen ser, los que, diciéndose ciudadanos, soportan a quienes les despojan no sólo de sus derechos, sino de su hacienda.

Poco frecuentes, ya lo dijimos, son los caciques de esta clase entre los *urbanos* y *provinciales*; y la razón de ello, si no única, muy poderosa al menos es porque en las urbes, por poco populosas que sean y adelantadas que estén, sería muy raro que no hubiera quien les contrarrestase y, con más méritos, llegara a anularles.

Todavía sin embargo quedan algunos ejemplares de esa fauna caciquil; que viven y medran en el seno de aquellos grupos sociales, en que el órgano de la ciudadanía se halla casi por completo atrofiado; donde el vicio y la miseria, su habitual compañera, han clavado sus garras y hecho estragos tales en las almas de sus víctimas, que les han arrebatado la virilidad y casi extinguido el instinto de la propia conservación; y donde los buenos, los sanos, los independientes: o se retrajeron inhibiéndose de la contienda, a sus particulares negocios consagrados, sin sentir el aguijón del deber cívico, sin experimentar el ansia nobilísima de laborar por la emancipación de sus coterráneos; O si la experimentaron y a la lid salieron, desconfiaron del éxito ante los primeros

contratiempos, sin paciencia ni tenacidad, nuncios de la victoria: O prefirieron quizá los goces o triunfos fáciles, y *al parecer* incruentos, de la servil y abyecta sumisión, acaso cómoda; mas envilecedora.

Innecesario parece advertir que en estos caciques, el alma no alcanza a desempeñar otro oficio que el de informar y dar vida a la materia; individuos en quienes no ya los impulsos nobles y altos ideales, pero ni siquiera las grandes pasiones, aunque extraviadas, han hecho asiento: ambiciones mezquinas de gañán; sórdidas codicias de rústico avariento; venganzas ruines de rufián y vulgarísimos amores descoloridos y amorfos; mero ayuntamiento de los sexos, sin ansias, sin latidos, sin celos y sin tristezas; atracción animal sin conmociones ni espasmos, se poseen sin entusiasmo y se separan sin pena.

Tan absorbente es en ellos el ansia del oro, que, hipertrofiado el órgano de la adquisividad, todos los otros órganos, sin realizar función, quedan paralizados, inertes.....

Mónstruos tales son, que para la deformación de la Naturaleza ha sido menester el esfuerzo continuado, la tenaz labor de varias generaciones, acumulando estigmas, consolidando y reforzando taras psíquicas ancestrales con un ambiente apropiado y una formación especial por virtud de la cual, aquellos que vivieron estrecheces y penurias que supieron de hambres insaciadas, y para medrar se plegaron a abyecciones y vilezas; se esfuerzan, magüer el arca carcomida del pan escaso y duro se haya visto trocada en férrea caja de caudales que alberga títulos y escrituras de préstamo, se esfuerzan cuanto pueden en inculcar al futuro cacique todo lo que la adquisición del oro cuesta, lo que su posesión vale, y lo que su pérdida habría de significar...

No fué ingrato Procopio a los dones de que la pródiga Naturaleza le colmara en la cuna, ni defraudó las halagüeñas esperanzas que sus nativas inclinaciones hicieron concebir, antes las sobrepasó de suerte que alcanzó a consolidarlas y hacerlas cristalizar en pasión más que dominante, única, absorbente, tiránica y arraigadísima.

Encanto inefable para todos era el contemplarle, niño aún, y aceptando apenas a balbucir estas sus primeras palabras, leve muestra de su precocidad: *Made; yo tero eso pa mi*, con esa media lengua, tan seductora..... ¡Pues qué, cuando en la adolescencia ya, cerraba aquellos tratos con los compañeros; en los cuales, oh maravilla, siempre resultaba con un buen porqué de lucro! «Toma y daca» decía el aprovechado y saladísimos rapaz; pero siempre que el *daca* valiera más que el *toma* .. ¡un pasmo de criatura!. . Joven ya, a todos los jóvenes pudiera ser modelo por su incansable avidez en el adquirir, su sensatez parsimoniosa en el gastar, su avara cordura en el retener y su discreta sabiduría en el acrecentar sin escrúpulos .. El alejamiento prudente de todo placer dispendioso, lección provechosísima era para tantos jóvenes disipados, que así derrochan capitales, como energías y horas.

Su gran obra, aquella que, con muy pingües utilidades, procuró a Procopio honor y gloria inmarcesibles fué una extensa y solidísima *Casa de préstamos*, donde remedio halló el menesteroso, acogimiento el huérfano, amparo el desvalido y la viuda consuelos: De allí ¡oh ventura! salía el rico, libre ya del pesado fardo de sus riquezas, que en grave riesgo ponían la salvación del alma; y aun el mismo que *pobre* ya, acaso entrara, no se iba no, ¡bueno era Procopio para eso! no se iba *de rositas*, como dicen, que salía *miserable*; aprendiendo de esa suerte que esta tierra valle es de lágrimas, que no tenemos aquí morada permanente...

En resumen, él supo darse tan buena maña, que se

alzó con todo, despojando a cuantos se le acercaron, dejándoles sin blanca, más libres así para meditar sobre la vanidad de los bienes terrenales y suspirar por los imperecederos, que ni el orin ni la polilla consumen; ¡bendígale Dios por su gran caridad!... Y aún hubo quien no sabiendo, ¡ingrato! apreciar la heroica abnegación de Procopio echando sobre sí el peso abrumador, horriblemente abrumador, ¡sábelo el Diablo!, de las ajenas riquezas, le zahería, alevé, le denostaba, cruel.... ¡Nunca en el mundo hallaron recompensa los altos hechos de virtud; pero a bien que Dios está en los Cielos y El dará a cada uno lo suyo!

* * *

Dicen los que le desconocen (que si íntimamente le conocieran y sus elevadísimos móviles penetraran y de su pureza de intención supieran, nada escasa sería la veneración con que le mirasen) dicen que Procopio se inició en la política al modo cartaginés, «entrando amigo para ser señor».

¡Malhayan los injuriadores que no aprecian cuanto de sacrificio en Procopio hubo echando la zanca dilla (a traición alevosa dicen los envidiosos) a aquel ilustre prócer, honra de la provincia, espejo de caballeros, prez de la milicia y del Parlamento admiración por lo íntegro, intachable y celoso!... ¡Ah, si recogídose hubieran las lágrimas que el pobrecito Procopio vertió!... Pero los hados así lo dispusieron, exigiéndole, forzándole y arras-trándole finalmente a Procopio a la palestra.

Bien le mortificaba, mucho tiempo después, el recuerdo de las amarguras por que pasó, de las tristezas que le oprimieron, las desesperanzas que le asaltaron, y aun de las malas digestiones que le produjo el desprenderse de aquellos veinticinco mil... en aras no más del pueblo que *casi* le vió nacer.

Gracias a que su peregrino ingenio, tan fecundo en combinaciones, supo recobrarlos, sahumados, para bien de todos.

Había en la Ciudad un establecimiento de crédito al que en sus momentáneos apuros solían recurrir industriales y labriegos solventes: Nuestro gran Procopio, el más cínico de los filántropos, sabía arreglárselas de suerte (que con mayoría contaba en los Consejos) que el codiciado préstamo era denegado; y como con la negativa crecieran los apuros y subiesen de punto las angustias e inquietudes, sin saber a dó tornar los llorosos ojos, el magnánimo Procopio, sin par en la piedad, al mísero enviaba un amigo (*ganchos*, diz que les nombran) mensajero de dichas para el sin ventura cuyos pasos guiaba hacia la gran Casa de Préstamos.

Allí le aguardaba Procopio, abiertos los brazos y la bolsa, que era así como abrirle de par en par las puertas del Cielo al desesperado que, ante sí veía el infierno de la ruinosa quiebra, del pestífero deshonor, y la miseria macilenta: Sin dilaciones enojosas, el trato quedaba cerrado, presta la ayuda, las dificultades vencidas, vuelta al pecho la tranquila confianza y el alma rebosando gratitud... Ni aún se paraba a enterarse de las condiciones; bien estaban las que Procopio señalara; ¡no faltaba más!

Y vaya si estaban bien; suavísimas, paternales: Un dos por ciento mensual; que Procopio era el tesorero del pobre; el paño de lágrimas de la provincia; ¡ah, si eso no fuera, con cuánto gusto repartiera Procopio sus bienes entre los menesterosos!... Garantías sólidas; que mandado tiene Dios, evitemos al prójimo las ocasiones de caída; y el no garantizar debidamente el préstamo, tentación grande fuera para no devolverlo con daño de su pobre alma... Y por fin, alguna participación en los *beneficios*, no en las *eventualidades*, del negocio; ¡era tanto el amor que por sus convecinos sentía Procopio! ¡gustaba él tanto de compenetrarse con sus asuntos, que hasta en

eso quería mostrarles su buena voluntad!... No; no vieran en él un ensoberbecido señor, encerrado en sí mismo, sin compartir las *alegrías* de todos para moderarlas, sin asociarse a sus *placeres* para ennoblecerlos; sin llamarse a la parte en sus *éxitos* para evitarles el orgullo, feísimo pecado.

Y no se hable de otras condiciones, como serían la enajenación total de su libertad en manos de Procopio; ¡hacen los hombres tan mal uso a veces de su libertad, que nunca se agradecerá bastante a Procopio, el que él absorbiese, la independencia, los derechos cívicos de cuantos más podía; y de sus deudos y amigos!..

*
*
*

Sus torpes enemigos, no hallando a lo que parece, otras más graves culpas en Procopio, acusábanle de intervenir, no debiendo, en toda suerte de negocios, llevando parte, la del león muchas veces, en las contrataciones de servicios públicos; exigiendo comisión o corretaje por las mercedes logradas; prevaliéndose de su posición en la política para acercar a sus predios carreteras del Estado, o desviar el trazado de canales a fin de beneficiar sus fincas y mil otras cosas de la propia estirpe y nada infrecuentes... Proezas todas, dignas de su experta mano, que mucho le realzaban a los ojos de los buenos, haciendo ostensible a todos lo muy llano y apacible de su condición.

¿Pues qué; es nada el abajarse él, el magnífico; y alternar con los ruines, los protervos, los negociantes de baja estofa dignificándoles así a sus propios ojos y los de los demás?... Que el capital de Procopio crecía así, en proporciones de gigante, y bien ¿no somos todos solidarios de tal suerte que la ganancia de uno en toda la masa circundante se refleja?... Ello sin contar con que

ya, pronto o tarde revertiría a otros, que no pensaba no, Procopio, sacarlo del Planeta.

Lo mismo que aquel otro cargo de infidelidad a solemnes juramentos, en hora suprema otorgados..... ¿Cómo? ¿consentiría él en que riquezas tan pingües, a parar fuesen a aquel despilfarrador manirroto, todo lo legítimo dueño que se quiera, pero que de ellas iba a dar buena cuenta en menos que se dice?... Nunca, en sus días.

¿Que Procopio, recibido un capital en depósito, sólo entregaba a los desamparados huérfanos un tercio del interés, guardándose él los otros dos?... Harto sabido es que la abundancia y la holgura demasiada, hacen los viciosos; y que siempre fué conveniente a la juventud, para mantenerla virtuosa, una prudente estrechez... Muy bien hiciste, oh excelso Procopio, en llamar a capítulo a aquel joven desatentado, permitiéndose filiarse entre tus enemigos, sin que el recuerdo le detuviera de los *grandes favores* que tú le otorgaras.

Amargas quejas formulaban los aldeanos, gente rústica al fin, incapaz de columbrar altos móviles; o de que Procopio les engañaba dándoles, por de trigo, harina de centeno o cebada (¡ansiosos! ¡aspirar a comer pan blanco cual el señor!; ¡tornad, tornad a la pristina sobriedad de vuestros honrados abuelos). O porque se apoderaba (que el eufemismo no ha penetrado aún entre villanos) de sus bienes comunales para agrandar y embellecer su ya magnífica posesión... ¡Ingratos! No son capaces de apreciar la honra inmerecida que se les hace permitiéndoles decir un día, de orgullo llenos: Esa que ahí veis, morada suntuosa, al eximio Procopio Atunez, ¡descubríos, esclavos! perteneció!

Pues ¿qué decir de la insensata pretensión de aquellos otros zafios, de que el inconmensurable Procopio cumpliera la promesa, arrancada *inter pócula*, vahos enternecedores del Jerez y el Champaña, donando el modesto

solar. . ¡Eso es; y que las venideras generaciones, encuentren amancillados los muros que albergue dieron al linaje egregio .. No; no, ¡que tienes hijos, Procopio!

* * *

En nada se mostraba tan patente la por todo extremo admirable habilidad de Procopio como en la gestión de asuntos electorales: Pérez, López y García, promulgaba desde el Sinaí de su despacho, candidatos por tal y tal Distrito; y el Chepa, el Uñas y el Raposo (que él gustaba en mucha medida de dar representación a todas las clases) por este y por aquel; y... ya sabeis; aquí mi Caja a toda vuestra disposición.

Mas no por eso habeis de ser mal pensados y creer que el ilustre Procopio intentaba de tal suerte sobornar a los futuros concejales; ni menos aún empequeñecerles y avergonzarles con dádivas que limosna parecieran. No; antes la muerte mil veces. ¡Bueno era él para dar el menor pretexto a que se dijera que lo atesorado por sus persistentes esfuerzos servía para corromper conciencias! Bueno que los demás lo hiciesen si ello les complacía; que los tesoros suyos tenían su destino bien señalado y sólo a la fuerza se resignó tal cual vez Procopio a que para otros fines se emplearan.

Así es que con mucha solicitud, aunque sin apremios, nota hacía tomar circunstanciada de lo gastado; y, sin prisas para no amargarles el triunfo, o volverles más sensible la derrota pasábales la cuenta, modelo de previsión, pues nada quedaba desatendido, y de liberalidad, que nada él reclamaba para sí por su trabajo y su valioso apoyo:

| | |
|---|----|
| Repartido entre los menesterosos del Distrito para que la libre emisión del sufragio no les irrogase perjuicios | X. |
| A mis dependientes por el día de salario perdido.. | H. |

| | |
|--|----|
| Gratificación a los mismos por el trabajo extra. | Z. |
| A los mismos por reparto de candidaturas.. . . . | M. |
| Idem íd. por lo gastado en tascas, chamizos, etcétera, etc.. | P. |
| Banquetes, champagne, cigarros a los que intervinimos. | D. |
| Gastos menudos. | N. |
| Por quebranto de moneda. | Q. |
| Imprevistos. | S. |
| Intereses del capital adelantado. | B. |

Total, s. e. u o. El abecedario

Nunca, con harta claridad se advierte, nunca podrán ser lo bastante ponderadas las relevantísimas dotes de Procopio entre las que sobresale aquí la previsión y el celo exquisito porque no padeciera su buen nombre, y la fama inmaculada de sus amigos y siervos: Cuando, andando el tiempo, esos representantes del pueblo habían de adoptar acuerdos sobre asuntos del procomún, estrechamente relacionados con los particulares de Procopio, ¿podía alguien decir, con justicia que sus resoluciones se inspiraban en la merced recibida o en los favores hechos?... ¿Qué no se dijera, por el contrario, si Procopio, dejando de velar solícito por su honrada independenciam, les hubiera ligado a sí con el lazo del vil interés?...

Por eso cuando las resoluciones eran favorables a Procopio (lo cual acontecía siempre; que no en vano curaba él de tener siempre a su lado la Justicia), nadie lo achacaba sino al amor que inspiraba y al celo por el *suum cuique*.

Y ¡que no lo hicieran!; ¡que alguna vez, por raro caso, el excesivo celo por los intereses de Procopio, les llevase más allá de lo debido, dejándoles al descubierto ante el país y expuestos, por obra de las adversas circunstancias, a que se hiciera pública su afrenta...! la rectitud de Procopio no se desmentía: Bien que él solo hu-

biera sido el beneficiado por el desliz; ¡lo mismo que si fuera otro!... ¡quien tal hizo que tal pague!... ¿Doce fuisteis los culpables del desaguisado?... Pues *a tanto* os toca y... chitón; chitito.

Con todo eso la fama de Procopio se extendía por los ámbitos todos de la Nación; y su nombre era pronunciado con respeto.

* * *

Bruscamente se interrumpe al llegar aquí el apacible relato de Zósimo, quien, perdida la ecuánime serenidad, estalla en invectivas; y no, caso extraño por demás, contra los caciques, blanco habitual de sus dardos; sino contra los pueblos que, viles, soportan las tropelías de los Procopios que por el mundo andan sueltos, en vez de aherrojarlos, a buen recaudo. Podrá, dice, no ser Procopio un ser de carne y hueso, sino fantástico; e imaginarias o recogidas acá y allá las hazañas que se le atribuyen; pero es lo cierto que parecidos, si no iguales, los hay. ¿Cómo se explica que se les tolere?

Aunque muy censurables, las defraudaciones al Estado, la Provincia o el Municipio, compréndese que se toleren sin más que protestas platónicas, o por la debilitación del sentimiento de solidaridad social, debilitación que esquematiza y se trasluce en el «mal de muchos..» o por complicidades inconfesadas que producen compensaciones individuales a los desistimientos colectivos; o por el miedo no del todo injustificado a quedarse aislado y solo en la protesta, con las subsiguientes represalias; pero resulta inconcebible la borreguil sumisión ante los desmanes y explotaciones de que son víctimas *directas* los propios amigos y partidarios del cacique.

Así dice Zósimo, tratando de explicarse el extraño fenómeno, sin solicitar por ello patente de originalidad y acierto: Ninguna dejación de derechos, olvido del deber o abdicación de la dignidad, comienza según acaba. Ex-

ceptuando las contadas ocasiones en que hacen explosión, por haberse gestado en la subconciencia, las pasiones todas comienzan por manifestaciones penumbrosas, leves, casi inocentes; nadie, cuando empieza a ceder, piensa que al final se halla la bancarrota moral, la atrofia o anquilosamiento de la conciencia: el tahur, el ladrón, el adúltero contumaces, empezaron, por jugar en tarde de aburrimiento cantidad insignificante; por raterías e indelicadezas sin importancia; por un flirteo sin aparente trascendencia; así también, el borracho, el prevaricador, el embustero.

Pues bien; la abyección y la vileza no están regidas por otra ley; concesiones ligeras al principio y que la cortesía, el perezoso *laissez passer*, el evitarse molestias, excusan y casi justifican. Siguen luego esas interrogaciones tristemente inhibitoras de la acción: ¿para qué servirá mi *pobre* esfuerzo?; ¿qué conseguiría con oponerse a la arrolladora corriente? Más tarde, y ya algo complicados en la bellaquería y la infamia, sobreviene aquello de, «todos son unos; si no es este el cacique, lo será otro que hará tal vez bueno al primero», con que se trata de disfrazar el egoísmo y las concupiscencias...

Hasta que, por último, llegamos al terrible y desconsolador «lasciate» del «perdido por uno, perdido por mil.»

Los que hoy son siervos, sin siquiera concebir ya los encantos y satisfacciones de una vida ciudadana; los que hoy toleran los latigazos en pleno rostro, espejo de la dignidad, la ignominiosa argolla con que los Procopios les sujetan; los que aguantan y quizá cooperan a sus rufianescas truhanerías, nunca creyeron que iban a descender tan bajo: como no lo creyó ninguno de los que comenzaron por leves concesiones a la pasión, (una de cuyas características es la insaciabilidad) como no lo creyó el comerciante que empezó dando al fiado cosas de poca monta...

Contribuyen asimismo, en sentir de Zósimo, a explicar el raro fenómeno de tolerarse caciques *procopiescos*, la falta de vida colectiva y solidaria, la desconfianza en las propias fuerzas, el temor a sucumbir en la lucha...

En sus soledades, los míseros esclavizados lloran y se lamentan amargamente de la triste condición a que se ven reducidos, suspirando por un libertador, mas sin intentar nada por sí mismos, ni solicitar el apoyo de los otros para la común emancipación; y es porque, individualismo estrecho y receloso el nuestro, o no nos hemos dado clara cuenta de lo mucho que, unidos, representamos, y lo temibles que nos volveríamos si se nos viera apercibidos a la lucha en común; o no nos interesamos cual fuera menester en los asuntos de los otros; sin pensar que la «injusticia hecha a uno solo, constituye una amenaza a todos», o como dice el refrán: Cuando las barbas de tu vecino...

Por eso es muy frecuente que contemplemos fríos e inertes el atropello del derecho en el vecino, sin asociarnos a sus protestas ni sumarnos a su acción reivindicatoria, algunas veces, temiendo las posibles represalias; pero muchas más, por pereza, por abulia y aún por miopes de entendimiento no acertando a descubrir en las tropelías de hoy, los desmanes de que mañana nosotros mismos seremos las víctimas.

Como al final contamos intentar un breve formulario de *Remedios* contra el caciquismo en general y los más malos caciques en particular, nos abstenemos de seguir a Zósimo en este análisis que él hace aquí.





CAPÍTULO VI

MORALIDAD (Continuación)

Dificultad de precisar los vicios en la práctica. — Afabilidad y Cortesía. — Sirven de indicio y de comprobación. — El cacique es de ordinario afable. — Grosería e incivilidad de Procopio. — Tan extremadas son que resultan patológicas. — *Circunspección y modestia*. — El cacique en general acata otras superioridades. — Soberbia y egolatría de Procopio. — No es el principal culpable. — No existe contradicción en el tipo de Procopio.

Nada tan fácil, en el orden puramente especulativo, como el definir y fijar con precisión minuciosa los conceptos de vicio y de virtud; los caracteres que les distinguen y las manifestaciones con que al exterior aparecen; y lógico es que el mérito o demérito, la censura o el aplauso se discernan asimismo con igual matemática precisión. Así acontece en la Patología respecto de las enfermedades: ¡qué maravillosa claridad en la descripción, con abrumadora abundancia de pormenores y riqueza en el colorido; qué portentosa lucidez en el señalamiento de causas y antecedentes; cuánta seguridad y fijeza en el pronóstico y cuán admirable eficacia la del tratamiento y de los remedios!...

Mas, al pasar de la especulación pura a la compleja práctica, así como el médico no halla *enfermedades*, si no *enfermos*; así el moralista o el sociólogo, no encuentran vicios, si no viciosos; y así como aquéllos, para alcanzar a penetrar el estado interior del organismo, han de atenerse a síntomas y manifestaciones externas, sin desdeñar ninguna que les ayude a diagnosticar con acierto; así estos, si aspiran a dejar al descubierto, para ser más fácilmente evitado o combatido, un vicio individual o social, han de parar atención en los más nimios pormenores.

Afabilidad y cortesía

Tal vez por eso pone Zósimo aquí, lo que, sin la precedente explicación, antojárase descentrado y fuera de razón; sin duda creyó él ver en la cortesanía y tacto social algo sintomático y revelador de cualidades de mayor trascendencia para la vida.

Así efectivamente sucede, pues dice que, si a primera vista parecen esas dotes cosa asaz superficial y aún postiza en ocasiones y forzada; bien considerado y a sus causas íntimas atendiendo, indicio proporcionan cierto (con la certidumbre que en estos asuntos es sólo exigible: la moral, y no la matemática) de cualidades internas que de otra suerte pasaran quizá inadvertidas.

Además de indicio, la existencia o privación de esas prendas servir también pueden como comprobación experimental de inferencias que, apoyados en otros síntomas, hayamos hecho respecto de algún individuo.

Y como los individuos que aquí nos importan son los caciques, veamos de aplicarlo a ellos para mejor conocerles o para más cerciorarnos de su valer.

La primera aplicación que el propio vulgo hace, se refiere a las sedimentaciones ancestrales y a las adquisiciones debidas a la educación y el ambiente primeros;

independientes y anteriores a la propia espontaneidad y el esfuerzo personal: aquél, se dice corrientemente, que fué envuelto en finos pañales, y más si ellos envolvieron ya a sus abuelos; y que en su hogar alcanzó a respirar un ambiente de cortesanía y delicadezas y consideraciones; ese, por naturaleza y por una especie de automatismo, es cortés, afable y atrayente; y, por el contrario, en aquél que no logró esa fortuna, la cortesía, si llega a poseerla, aparece como algo violento y simulado, cortical y a flor de piel.

Cierto que ello no significa que la recíproca sea también verdadera en todos los casos; por multitud de razones que no vienen ahora a cuento.

Reales o simuladas, naturales o violentas, la blanda afabilidad, las *buenas maneras*, la plácida sonrisa, la palabra atrayente y sugestiva, vienen a constituir un imperativo para el cacique que aspire a representar bien su *sagrado* papel de engañar a incautos, alucinar candorosos y hacerse devotos; y a idéntica conclusión llegaríamos si procediéramos inductivamente; pues veríamos que todos o los más de los caciques ostentan esa cualidad; de tal suerte que en la definición que se diera de cacique habría de hacerse figurar esa nota y decir: Es el cacique un animal parasitario de la Sociedad a cuya costa vive y medra, pero blandamente, con corrección exquisita, sin picaduras ni molestias ni daños *aparentes*; tal es la suavidad con que se insinúa y se mantiene.

Y tanto esto es así que una de las causas de la temibilidad del cacique se halla precisamente en esa su habilidad para insinuarse y seducir y granjearse simpatías y adhesiones fervorosas; debiendo por lo tanto encarecerse al ciudadano la conveniencia de no perder de vista esta semibíblica sentencia: «Desconfía de palabras blandas; que pueden y aun suelen ser proferidas por labios mentirosos.»

Lo que más en la práctica importa es el capacitar al ciudadano para que, por sí, pueda darse cuenta de si las amables maneras del cacique son fiel reflejo de internas recomendables dotes: delicadeza de sentimientos, elevación de ideas; amor, respeto y consideración a todos; o si no son otra cosa que forzada e hipócrita simulación; máscara que oculta bajas pasiones y torpes apetitos.

Y ello sobre todo importa en los casos de opción, cuando el ciudadano ha de elegir— por no consentirle las circunstancias pasarse sin alguno—el cacique menos malo; y no precisaremos decir a quién debe otorgar la preferencia; apelando para cerciorarse, ya a la información sobre sus antecedentes y educación, ya a sorprenderles en los no raros instantes de contrariedad y disgusto, cuando, por no darse espacio a la reflexión, se deja olvidado el antifaz para mostrarse al natural, permitiendo descubrir la hilaza.

Si mucho conviene no tomar el oropel de lo simulado por el oro puro de la sinceridad, conviene asimismo no fiarse sólo de apariencias, que bajo dura y áspera corteza puede ocultarse un blando corazón, nobilísimos sentimientos e impulsos generosos; procurando al efecto distinguir cuidadosamente lo adusto y rudo de las formas que, obedeciendo a diversas causas, nada dicen definitivo contra la generosidad y aun abnegación del alma, con la grosería, la incivil desconsideración, la soez altanería, que indicios ciertos constituyen de soberbia, egolatria y ruindad de alma.

*
* *

En manera alguna puede ser inculpado el pobre Procopio (*né*, Atunez) de disfrazar su egoísmo con halagadoras promesas, disimular en tosca rudeza nativa con palabras lisonjeras, ocultar sus torpes y groseros apetitos detrás de plácidas sonrisas, ni tender en suma hipócrita velo sobre su baja condición de gañán; jamás incurrió en

tan feo pecado; nada, a lo que parece, abomina y execra él tanto como el fingir virtudes que no posee y aspiraciones que no alienta: záfio es y como záfio a todos se presenta; y «el que quiera picar que pique»; que nunca dará él, liebre por gato.

Siempre fué así Procopio sin haber podido irse a la mano en dejar de mostrarse cual era: violento, mal criado y con el pelo de la dehesa; ni el tiempo consiguió limar sus asperezas, ni el roce le pulió, ni el trato suprimió aristas y rugosidades, ni el asperón de la experiencia y los desengaños, logró afinar y dotar de delicadeza a su natural agreste y selvático.

Quiso empero la fortuna suya, que para cacique le destinaba, colocar a su lado personas discretísimas, que, durante los primeros años de cacique, acertaron a atemperar con su tacto las intemperancias de Procopio; enderezar sus entuertos; moderar sus cerriles impulsivismos; paliar sus arrebatos; disimular sus impertinencias, y hasta forzarle a contener sus instintos de rufián ineducado, que la ciega casualidad o la vengadora Providencia encumbraran. Siempre hacia el monte él tiraba, pero allí le seguían sus allegados, recordándole, ecuánimes y abnegados, su deber, su conveniencia, la necesidad de calmar sus ímpetus y enfrenar sus arrebatos que habían de enajenarle simpatías, producir odios y sembrar vientos que algún día habían de traer tempestades.

Mas ¡ay!; que el Cielo, a lo que pareció, hubo de cansarse de protegerle y determinó arrebatarle a quienes hasta allí tan excelentes servicios le prestaran (como que sin ellos no habría podido llegar a cacique); y, a sus propias facultades entregado, el pobre Procopio, con su ingenua rusticidad congénita, con su bárbaro primitivismo a dar en tierra vino con el tinglado tan trabajosamente armado; y.. ..

¡Qué de tropelías hubieron de aguantar sus secuaces!; los cuales, no osando, abyectos, protestar ante él, ex-

halaban su amargura en quejas confidenciales: ¡es un zote, decían, un asno completo, tan sin talento como incivil; grosero, inconsiderado; *un tío*, en toda la extensión de la palabra.

Pero muy más sin comparación interesantes y aun deleitosos (con deleite en que tal vez no resultase bien parada la santa virtud de la Caridad) los circunstanciados relatos, que, unos de otros, y recíprocamente, hacían los partidarios de Procopio: Ayer, oíais, arrojó ignominiosamente del despacho a Don Fulano (un diputado provincial) porque atento y cariñoso estrechó efusivamente la mano a uno de sus más encarnizados adversarios... Pues ¡dígame, *la chillería* que le armó al redactor del periódico, por haber aplaudido la gestión que realizara no sé qué senador!... Y así, con igual rasero eran medidos magistrados y catedráticos, médicos y abogados y altos o bajos funcionarios, que a complacerle no acertaran o a sus exigencias no cediesen. No podía remediarlo el infeliz; ya que, por escasa fortuna suya, hadas enemigas y perversas, depositaron, pródigas, en su cuna los instintos bajos y soeces, escatimándole en cambio, cuanto pudieron, el ingenio y las dotes de mentalidad y buen sentido.

De ese íntimo maridaje con que aparecen en Procopio unidos el enteco y desmedrado entendimiento y la rusticidad de su natural agreste y zahareño, hijos salen tan deformes que a gritos reclaman un puesto en el Museo de monstruosidades; que tal son de incomprensibles los actos que realiza.

El hombre más violento e incivil, cuando la propia conveniencia se lo demanda, sabe moderar sus ímpetus, poner sordina a sus arrebatos y disfrazar con blandas palabras y atrayentes sonrisas sus pasiones sórdidas y ruines sentimientos; sin que para ello le sea preciso peregrino ingenio; bástale un mediocre sentido común. Pues Procopio no; ni aún en el caso de que el personal

interés se le aconseje, puede o sabe ocultar sus punzadoras puas de puerco-espín. ¿No es por ello más digno el pobrecito de compasión que de censura?... ¿Quién osaría hacer responsable al loco, al idiota, al fóbico, al degenerado por estigmas de su naturaleza?... Posible es que la legítima defensa social haga para él precisa la camisa de fuerza, la reclusión en la Casa de Salud, pero nunca en modo alguno,—y en esto insistía mucho Zósimo—nunca la sanción que se aplica al que señorea sus potencias y no resulta un por completo *mente captus*.

Porque debe tenerse en cuenta que las pasiones todas son susceptibles de grados, y que sus grados extremos se salen de lo normal para caer en lo patológico y constituir verdaderas psicosis; enfermedad, como las manías y las fobias (el ladrón, el incendiario, el soberbio pueden degenerar en kleptómano pirómano o megalómano, como el nomadismo en claustrofobia); y la cerrilidad y grosería son en Procopio algo morboso; como son morbosas en él la egolatría y la soberbia, de las cuales y de la necesidad son aquéllas efecto.

Analizar, pues, debemos estas pasiones, causas de las primeras.

Circunspección y modestia

Por el mero hecho de verse reconocido como tal, tiene necesariamente el cacique que estimarse superior en algún respecto a la masa que acaudilla; y esa estimación o creencia en la propia superioridad halla casi siempre fundamento en la realidad; aun cuando impura sea la fuente de donde mana y nada honrosos los motivos en que se funda; ya que las más veces se debe al exceso de osadía, desaprensión y miseria moral.

Pero aun suponiendo noble la causa de la superioridad, no debiera el cacique ensoberbecerse juzgándose de mejor condición, de más privilegiada naturaleza; ni

considerar a los otros como totalmente inferiores, humillándoles y sometiéndoles a trato vil; y ello sencillamente porque de la mayor parte de las superioridades que en los hombres puedan encontrarse, no somos nosotros los autores, ni se deben a nuestro esfuerzo; y la única en cuya producción colaboramos (solo *colaborar*), la virtud, dejaría de serlo si el orgullo la obscurecía y la mancillara la soberbia: Mas no haya esperanza de que esa superioridad de la virtud sea ostentada por el cacique, puesto que el caciquismo, captando la ciudadanía y conculcando los derechos, implica necesariamente alguna degradación moral, sin perjuicio de cierta pobreza mental.

Sábese, pues, el cacique superior a la mesnada de siervos o mercenarios que capitanea y al rebaño de borregos que apacienta; reconocer, con todo debemos que no presume ni pretende una superioridad *absoluta*; y no deja de advertir y confesar que en torno mismo de él, entre los propios que le siguen y le acatan (y asimismo entre los que no le están sometidos o se le muestran adversarios) hay quienes le exceden o aventajan por algún concepto: A él le basta y satisface ser y sentirse caudillo de la hueste y conductor de la manada a los más sabrosos y abundantes pastos; dejándole indiferente todo lo demás, siempre que no se trate de disputarle o cercenar su poder y su dominio, su preponderancia en el sector de la vida política.

Organismos individuales o colectivos pueden, con él, vivir vida sustantiva y autónoma; libres en sus iniciativas y orientaciones, él solo interviene si se le fuerza y dejando a salvo derechos y prerrogativas: Muéstrase, en suma, recatado y circunspecto en cuanto no atañe a su predominio político.

Esto es lo *general*; no empero lo *universal*; toda vez que hay caciques, aunque escasos, ególatras y absorbentes, infatuados y ensoberbecidos; tan pagados se hallan de sí mismos y de su valer que no toleran la exis-

tencia de organismos corporativos cuya vida y desenvolvimiento interno no se hallen por ellos regulados y sometidos a su capricho los miembros que los forman. Obran como si su yo constituyera el centro de todo el sistema social en torno del cual han de trazar eternamente sus órbitas individuos y colectividades, para que de él solo, reciban calor y luz.

A tal extremo es por estos caciques llevada la endiosada soberbia, que no se limitan a apellidar guerra contra quienes enfrente, osados, toman posiciones y les hostilizan, sino que no consienten neutrales exigiendo que todos le hagan pleitesía y le rindan vasallaje: ¡Ay de aquel que despreocupado o altivo pretende cruzar por su feudo, «ni envidiado ni envidioso», viviendo honestamente pero a distancia, sin demandar, y ahincadamente, el magnánimo consentimiento del excelso señor!

Decir que cual de la peste debe huirse de caciques semejantes, ocioso del todo es; como habría también de serlo el recomendar su anulación, prestando toda suerte de apoyos, a quien quiera que contra él alce pendón.

* * *

Honradamente, que nobleza obliga, hubimos de proclamar al final del párrafo anterior al último, que la alta soberbia y arrogante presunción de Procopio eran en él verdaderas enfermedades psíquicas; no quizá innatas como la necedad y la grosería, sino adquiridas con el correr de los años y los adelantamientos mágicos que esos años le trajeron; pero, innatas o adquiridas, de su morbilidad no permitían dudar los extremos a que por Procopio eran llevadas y el ningún fundamento o pretexto que en la realidad tenían.

Si jueces suyos fuésemos y no meros comentaristas de hechos, a buen seguro que no habíamos de atribuir al desdichado Procopio toda, ni aún la mayor culpa de su inflada vanidad; que tanto se abajaron los que en torno

suyo andaban; a tal punto de abyección llevaron las adulaciones, zalemas y servilismos, que para no crecerse e hincharse fuera menester mayor lucidez de entendimiento que la por los benignos Cielos otorgada a Procopio; ¿quién, quién osará culpar a este sin ventura, de verse privado desde la cuna del más rudimentario buen sentido?; ¿ni cómo hacerle responsable de la pérdida de aquellos sus discretísimos mentores?...

¡Vayan muy noramala los bellacos que a un infeliz mentecato, enfermo y huérfano de consejo pretenden ridiculizar sin más sentir piedad ante el no merecido infortunio!... No; no formaremos nosotros en las filas de tales villanos, antes con ejemplar amor fraterno, disculpas y atenuantes hallamos a sus yerros; ya que el deber, ¡cuán cruel eres a las veces, oh deber!, de puntuales historiadores a relatar nos fuerza, bien que someramente, algunas de las hazañas *procopiescas*.

Muy a las claras se mostraban la soberbia y egocentrismo de Procopio en el ansia inmoderada con que adjudicarse a sí procuraba cuanto *de bueno* en el feudo aconteciera. Los diputados y senadores que la provincia *elegía*, y que más aún que a los manejos de Procopio, al desistimiento de los contrarios debían las actas, habían de recurrir a él para todo, sin que permitido les fuera atribuirse méritos o galardón de gestiones beneficiosas: todo precisaba pasar por sus manos, y él aparecía siempre como el único distribuidor de mercedes; de esa suerte, no sólo lograba mantener su predominio, sino que poco a poco iba absorbiendo y concentrando en sola su persona, la influencia y prestigio de los otros, que cada vez quedaban más a su merced e imposibilitados de volar con sus alas. Y no se crea que ello acontecía tan sólo en los grandes negocios y beneficios de cuantía; hasta lo más nímio e insignificante: un peón caminero, el traslado de una maestra; la concesión del estanco en el villorrio; la subvención para el templo o la

escuela del más humilde lugarejo; la elección de regimiento para el soldado; hasta las inclusiones en el padrón de pobres, o el ingreso en la Beneficencia o el cobro de los atrasos...

Al menos avisado se le ocurre pararse un momento al llegar aquí, y reflexionar acerca de la talla moral que alcanzar debían, los Diputados y Senadores que semejantes imposiciones aguantaban, y que las aguantaban... ¡¡¡de un Procopio Atunez!!!...

Y no queriendo Zósimo turbar esas reflexiones, limitóse a exclamar un si es, no es sentencioso: ¡tal para cual!... Muy excelentes lacayos para Procopio, y dignos también del pueblo, envilecido rebaño que por zagales los marcaba.

Mas, ¡ay!, (Zósimo, según, caro lector, habrás advertido, se pone jeremiaco, y fuerza habrá de ser seguirle el humor) que nada es eterno en el Planeta y la Fortuna cansada de volcar sus dones sobre Procopio, sugirióle un día ¡oh, día nefasto; ¿por qué amaneciste? la desdichadísima idea (de verdad que en las notas de Zósimo se dice *idea*) de encasillar a cierto señor que... vamos *la decable*, que decía un *digno* compañero de Procopio.

Digno, lo que es menester para no aceptar la *cápitis diminutio* general, gallardo, para rebelarse y arriesgado y valeroso para lanzarse denodado a la pelea, su aparición en el feudo vino a señalar el principio del fin de Procopio, el cual si en los primeros momentos lanzó alardes y fieros, y gritando el almogavar *Desperta ferro*, a la lid se aprestó brioso; pronto, ante los primeros descalabros, a sus tiendas se recogió, despechado, mas sin ceder un ápice de su orgullo; antes apelando a la traición, al soborno, a las asechanzas y celadas innobles... que tampoco le dieron resultado; echando mano entonces del supremo recurso que él guarda para las ocasiones solemnes.

Siendo el terror el principal aglutinante que mantiene

la cohesión entre las huestes de Procopio (formadas tales huestes más que por mercenarios a quienes impulsa la esperanza de la paga, que no es nada abundante ni segura entre los procopistas, por siervos a quienes mueve tan sólo el miedo al látigo) temió fundadamente Procopio que, de continuar el rebelde campando por sus respetos y obligándole a morder el polvo tal cual vez, perdiera su eficacia el aglutinante y los hasta entonces siervos resignados, hicieran con él lo que hacen los gorriones con los espantapájaros cuando llegan a percatarse de que son inofensivos; y, nada melindroso para las humillaciones con gran ahinco y muchas lágrimas, mandó embajadas y solicitó parlamentos, con el fin de concertar treguas y obtener patentes de honorabilidad, que como era de esperar le fueron rotundamente negadas...

* * *

Al llegar a este punto en la transcripción de las notas de nuestro inolvidable Zósimo, hubo de asaltarnos un escrúpulo que nada nos sorprendiera hubiese asaltado antes al erudito lector: Este pobre Zósimo, nos dijimos, es un debutante en la literatura, pues muestra desconocer las más elementales nociones del Arte; ya que en su creación del tipo procopiesco, nos ofrece fiel trasunto del mónstruo horaciano: *Undique collatis membris...*

Con rasgos—que queremos considerar verdaderos, puesto que él con su honrada palabra lo afirma—recogidos acá y allá, fabrica un ser, no ya irreal, sino, lo que en el Arte es inadmisibile, inverosimil: Un Procopio de baja extracción estólido e inculto, incivil y grosero; sin otros méritos que su riqueza adquirida, no se nos ha dicho cómo; felón y sórdido; un Procopio así, no puede ser el mismo Procopio que en este artículo se nos aparece: orgulloso, infatuado, soberbio, muy pagado de sí y creyéndose superhumano; y por añadidura,—para que la con-

tradicción sea mayor—abajándose, humillándose, arras-trándose como reptil y mendigando paces vilipendiosas...

El tal Zósimo, por extremar sin duda la nota; ganso de dar al lector una fuerte sensación de repugnancia y asco, obsesionado acaso por sus ansias nobilísimas de regeneración cívica y anticaciquil por ende; no ha vacilado en acumular hediondeces y miserias sobre un tipo imaginario, sin da se cata de que tan exagerado afán produce efecto contrario, aconteciéndole lo que al herre-rillo imbecil de que habla Cajal, que, por pretender darle demasiados filos, trocó en fuerza de lima, el acerado pu-ñal en inofensivo cuadradillo.

No se escapó a la probada perspicacia de Zósimo la posibilidad de que se le hiciera semejante inculpación; pues, prosiguiendo la lectura de sus notas, vemos que dice así: No abrigo la pretensión de alzar un monumento a la Literatura y a la Psicología en este estudio, que por más modestos cauces conduzco las aguas; habré con todo de procurar sincerarme, intentando poner de mani-fiesto que las contradicciones en el tipo de Procopio por mí creado, son tan sólo aparentes.

No es la soberbia de Procopio la soberbia que acomete a las almas grandes, inteligencias luminosas, espí-ritus de *élite*; no habrá habido tal vez toda la justeza y precisión requeridas en la aplicación del concepto; pero entiendo encajan bien en el tipo por mí imaginado; por que la inflada vanidad, el desmedido orgullo, la soberbia salvaje de Procopio, no son de la misma estirpe ni aun se parecen a la fiera altivez, la arrogante gallardía que *habla de tú* a los grandes; ni aún al desmedido orgullo frente a los poderosos; pasiones estas, que, aún siendo censurables cuando son extremadas (que siempre por grande que sea habrá de encontrarse con un Superior, con un Supremo) sólo hallan acogimiento y albergue en las almas elevadas, de grandeza de ideas y de senti-mientos.

No; no es esa la soberbia de Procopio, y de otros que mucho se le asemejan, el cual se humilla ante los grandes, se arrastra ante los poderosos, adula servilmente a los dispensadores de mercedes; humillaciones y vilezas esas que son perfectamente compatibles en el mismo sujeto, con la altanería para los iguales y el despotismo tiránico con los inferiores: ¿quién no se ha tropezado en la vida con sujetos, caciques o no, en quienes subsisten en la mejor armonía ambos grupos de pasiones, sólo en la apariencia contradictorias?...

En las notas de Zósimo figura el relato pormenorizado de multitud de otras muestras dadas por Procopio, de soberbia y egolatria: absorbiendo y tratando de monopolizar todas las manifestaciones de la actividad y de la vida social en Sociedades económicas, Cámaras agrícolas e industriales, hasta Centros de recreo; no tolerando que ni enfrente ni al lado haya quien se destaque y sobresalga, eliminándole y anulándole si puede; forzando a todos a que recurran a él: preparándose a sí mismo homenajes y apoteosis muchas veces ridículos; constituyéndose en suma en protagonista de toda clase de dramas y comedias.

Porque habría de resultar enojoso, no lo trascribimos aquí, como tampoco, los muchos casos que también refiere, en que se pone de manifiesto su natural abyecto, su vil condición, cuando la personal conveniencia le incita a rebajarse ante los que le resisten, y mendigar paces vergonzosas, con abdicación de la dignidad, con los que le combaten y censuran.





CAPÍTULO VII

MORALIDAD (Continuación)

Procedimientos caciquiles.—La gramática parda.—Dos *montones* de caciques: Caballeros y rufianes.—Semblanza de unos y otros.—Lema de Procopio.—Causas de su cacicazgo: No el talento ni la virtud: No la actividad y el celo. —Doble farsa de Procopio y medios de mantenerla.—Procedimientos rufianescos.—Las ideas no le importan.—Cómo se inició el descenso de Procopio.—*Finis procopii.*

Hablamos ya en el capítulo IV de la gran elasticidad que hay actualmente en las concepciones morales prácticas; y hablamos asimismo de los programas máximo y mínimo; diciendo que por todos los medios debe aspirarse al reinado de aquél, que constituye el bien mayor, no perdiéndole nunca de vista; pero añadiendo que dado lo muy arraigado del mal, debemos por el pronto ocuparnos en la práctica, de evitar los males mayores, prefiriendo el menor.

Aplicando la doctrina a nuestro intento hemos también dicho cuán deseable fuera el pasarse sin cacique; empero como ello no sea hoy posible; intentar a toda costa debemos el acabar con los más funestos, apoyando a ese fin a quienes por ventura no lo fuesen tanto; (sin más curarse de algunos, nobles y honrados en general pero ilusos, que enemigos teóricos, cual nosotros

del malminorismo, no se percatan de que al intentar circunstancial y provisoriamente el mal menor, no se hace *en cuanto mal*, sino *en cuanto menor*; con lo que viene a resultar bien *secundum quid*).

Perdone el lector el nuevo alarde pedantesco quizá, y al que más aún que nuestras aficiones, nos empuja lo mucho que sobre el particular se yerra por exceso y por defecto; y ha de doblar el lector su indulgencia, por ser como es repetición, siquier inevitable, pues antes de dejar sin exponer una idea que creemos importa, preferimos exponerla dos veces.

Nos proponemos estudiar en este capítulo, como a nosotros nos es dado poderlo hacer, la honradez, magnanimidad, hidalguía y otros hábitos morales, empleados por los caciques en sus procedimientos de dominio y régimen de sus feudos; y mucho tememos que al hacerlo habremos también de incurrir en repeticiones enfadosas.

Procedimientos caciquiles

Puede *a priori* asegurarse que ningún cacique por el mero hecho de serlo es completamente honorable, hidalgo y digno; todos se atienen, en su conducta política a los preceptos y consejos de esa disciplina, no incluida por los sabios en la jerarquía de las ciencias, que se llama corrientemente *Gramática parda*; la cual preconiza ensalza y prescribe a los políticos la flexibilidad; las amables sonrisas, aunque no reflejen complacencia interior; las buenas palabras, sin ánimo por supuesto, de cumplirlas; las fórmulas, las transacciones, las promesas dilatorias, etc., etc.; toda la lira de las astucias y truhanerías de las que muchos se sentirían avergonzados en la vida que llaman privada.

Siendo, pues, así los caciques;—y a idéntica conclusión llegaríamos procediendo *a posteriori*, por la obser-

vación de los hechos,—y conformes en que *hic et nunc* no nos es dado enviarlos a todos a tomar el fresco; queda el problema reducido a que veamos de escoger el menos malo, el menos travieso, el menos *parduzco*, el menos indigno; a aquel que observe en su conducta el minimum de exigencias, no franqueando esa línea ideal que los hombres *honrados* trazan *hoy*. La deslealtad, digámoslo por vía de aclaración y ejemplo, de Silvela respecto de Cánovas, no mancilló la honorabilidad política de aquel; ni aún la del propio Dato con relación a Maura; las circunstancias por el contrario que concurrieron en la vil traición de otros idóneos mancharon para siempre su honradez política.

Dos grandes montones (tratándose de caciques, el vocablo montón no es impropio y resulta más gráfico que el de grupo) pueden hacerse con los caciques en lo que a procedimientos se refiere: el de los caballeros; y el de los rufianes. Con el fin de poderlos distinguir, esbozaremos su retrato espiritual aunque a grandes rasgos; pues así lo impone la necesidad de abarcar a muchos coincidentes en lo fundamental pero diferenciados en los matices; que cuanto más amplio el retrato, menos comprensivo tiene por necesidad que ser.

* * *

Poseen al menos los caciques del primer montón, un rudimentario buen sentido, rayano con el instinto, que les capacita para darse cuenta de que su política constituye grave equivocación al allanarse al pájaro en mano, cuando a más noble y provechosa caza puede aspirarse; que en la vida hay muchos días y no debe aceptarse el placer o beneficio del momento, si el aceptarlo retrasa, impide o dificulta el logro de las aspiraciones supremas; pues lo que es un puro medio no debe ser convertido en fin último.

Juzgan sin duda los caciques del segundo montón que la vida se compone de instantes completamente sustantivos y autónomos; y que teniendo cada uno de esos instantes derecho a la vida y a la plenitud posible de vida, es locura sacrificar el beneficio o placer del hoy, por efímero y mezquino que sea, al beneficio o placer del mañana, aunque hubieran de ser más puros, más intensos y más durables.

Harto claramente se advierte por este primer rasgo diferencial, cuán más soportables (o menos temibles, si lo preferís) son los caciques que hemos llamado caballeros, por designarlos de algún modo; los cuales, con esa manera de concebir la vida, muestran hallarse en posesión de mayor elevación de miras, de entendimiento más lúcido y más generoso corazón; lógica y necesariamente han de ser menos opresores de la ciudadanía, menos codiciosos de los bienes y venturas de poca monta para ellos, de sus partidarios o súbditos; cuyas ambiciones no reprimen porque en nada estorban a la suyas; cuyas esperanzas no defraudan porque con las de ellos son compatibles; y hasta alientan sus aspiraciones, cooperan a sus esfuerzos y ayudan a sus pretensiones, por virtud o por cálculo, pero lo hacen.

Los otros en cambio, rastreros y ruines, gracias a esa su estrecha concepción de la vida, no consienten que nadie prospere y medre, si en la prosperidad y medro no tienen ellos parte y parte principal, *nominor quia leo*; como todo lo encuentran y disputan bueno para ellos, todo lo marcan por suyo; y ¡ay de quien ose disputárselo! De esos tales, y por un imperativo de su baja condición, salen siempre los traidores viles, los que venden su primogenitura y, lo que es peor, os venden a vosotros y vuestros intereses, por un acta más, por una Dirección, traficando del modo más villano con vuestros sufragios y vuestra adhesión...

No olvides, lector, para cuando el caso de optar entre

dos caciques te se ofrezca o imponga, este rasgo importantísimo del carácter, porque él habrá de explicarte muchas cosas, y lo que te importa más, te permitirá cerciorarte de quien más te conviene.

* * *

Saben los caciques de la primera clase porque la experiencia se lo enseña o su clara inteligencia se lo persuade, saben que con miel se cazan más moscas que con hiel; y, o de su natural bondadoso llevados, o impulsados por un egoísmo bien entendido, y no tan innoble como otros, se insinúan en el ánimo con suavidad; blanda y apaciblemente; haciendo verdadero derroche de amabilidad, para granjearse firmes y fervorosos afectos y sólidas simpatías; buscando, en suma, como finalidad de su cacicazgo (cierto que con su cuenta y razón) el formar *hijos* que se muevan y adhieran a ellos por amor; *amigos* a quienes inspiren estimación y gratitud; y cuando eso no, *mercenarios*, esparanzados o complacidos y satisfechos de la merced.

Asperos como ortigas, los otros caciques, los rufianes, ignoran las maneras afables, las corteses razones, nada saben de bondad ni consideración, la magnanimidad les es perfectamente desconocida; necios, según vimos, no aciertan a darse cuenta de que todo lo violento es deleznable y efímero, y pretenden imponerse por la tremenda; innobles y ruines como villanos, así se preocupan de no fomentar odios como de cosechar gratitudes, complaciéndose sólo en verse rodeados de esclavos o siervos a quienes el látigo o el emblemático «horca y cuchillo», mantengan sumisos y quietados.

Con tu pan habrás, lector mío, de comértelo, si, estando como está en tu mano sentirte ennoblecido con el dictado de amigo; o siquier *tui juris* como hombre, figurando cual mercenario libre antes y después de cerrado

el contrato, prefieres, infrahumano, formar en la piara de siervos envilecidos o esclavos abyectos.

* * *

Con tales antecedentes, no habrá de ser difícil señalar las hondísimas diferencias que a unos y otros caciques separan en lo que a los procedimientos empleados para adquirir y mantener su dominio se refiere; que los efectos han de hallarse en relación con las causas que los producen.

Los caciques hidalgos y caballeros usan en sus feudos procedimientos de templanza y moderación; no diremos que ello sea siempre ni muchas veces debido a virtud nativa y generosidad de sentimientos; reconocemos gustosos que en la mayor parte de las ocasiones la moderación es calculada e impuesta por el entendimiento sin raigambre en el corazón; pero, como quiera que, sea, es; y a los fines nuestros, la existencia de la templanza es lo que importa, sin que sus móviles nos interesen; y no precisará que nos justifiquemos recordando que nosotros abominamos de todo cacique y quisiéramos que la pujanza del sentido ciudadano a todos los hiciera inútiles; pero en el entretanto debemos preferir al menos malo; y lo es sin duda el que se conduce bien con el prójimo aunque no lo haga con la rectitud y pureza de intención que Dios demanda para otorgar premios.

Virtud, pues, o cálculo, estos caciques a todos acogen benignos, a todos escuchan amables y a todos en lo que les es posible atienden solícitos, sin exigirles, a cambio de servicios de mayor o menor cuantía, abdicaciones de dignidad; son sobre todo lo bastante magnánimos, para no perseguir, aun pudiendo tal vez hacerlo con fruto para sus propósitos, a los que viven de ellos distanciados o acaso les combatieron y se esforzaron por restarles fuerza o prestigio; ni mucho menos se ensañan, villanos, con el derrotado adversario; ni confunden

jamás el sector de la política con los otros aspectos y esferas de la vida.

Opuestos diametralmente son los procedimientos de dominio y régimen de los pueblos que avasallan, empleados por los caciques de la segunda especie; los cuales, ni poseen la virtud y la bondad que abrillantarian sus actos y realzarían sus personas ante los hombres y ante Dios; ni tienen la facultad de hacerse cargo, ni el instinto siquiera de la propia conveniencia que les impulsaría a hacer por el personal interés lo que no son capaces de realizar por altruismo.

Déspotas y soberbios, muy pagados de sí, no toleran a su lado otra voluntad que la suya; su capricho ha de tenerse por ley indiscutida e indiscutible; exigen que se les hable de hinojos, sombrero en mano, cuando por raro caso admiten a su presencia a los humildes y menesterosos, a quienes no deja exponer sus acuitadas quejas interrumpiéndoles con desplantes de rústico endiosado y groserías de záfio gañán; paréceles a ellos que el admitir benévulos a los que estiman inferiores redundaría en desdoro y menoscabo de su poder y de su fama; como rufianes que son y bellacos, paréceles que el ceño adusto, la mirada dura, el altanero gesto, la actitud despectiva y la palabra brusca, son exigencias imprescindibles de su misión excelsa.

A nadie ellos atienden; que no son mercedes las que otorgan ni concesiones graciosas: contratos son de compraventa en los que salen ellos favorecidos, exigiendo además, por vía de adheñala, la renuncia de los derechos cívicos, de la independencia de juicio, de la dignidad; no habiendo para ellos esferas separadas de la política, manifestaciones de la actividad en que no hay derecho a intervenir, decisiones y actos no sujetos a fiscalización: el que se les rinde, sabe que es por completo, sin la menor restricción; inteligencia, afecciones, intereses, todo hasta los recreos; y el que se les resiste por seguro pue-

de tener que nada se le escatimará en punto a represalias y persecuciones: en la hacienda, en la profesión, en las relaciones sociales...

* * *

Los caciques que son honorables y dignos suelen preferir para el reparto de dones y sinecuras a sus amigos y partidarios; y aun cuando esa preferencia pudiera en ocasiones ser censurada, todo el mundo la encuentra natural y muy humana; y hasta, dentro de ciertos límites plausible, que si cada ser ama a su semejante, ha de amar más a los que más semejantes le son.

No siempre se limitan estos caciques a hacer favor a sus amigos sin perjuicio directo de tercero; corriente es también que procuren torcer un poco la vara de la Justicia; pero siempre, y esto importa consignarlo en su descargo, siempre con la intención de realizar un bien, aun cuando accidentalmente y fuera de su intención se produzca algún mal para otro, o para la sociedad; tales son las recomendaciones para concursos, oposiciones, pleitos, etc., que tanto se prodigan indebidamente.

Porque, en efecto, nosotros hallamos muy censurable semejante procedimiento, en el que vemos uno de los males del caciquismo, y quisiéramos suprimirlo de raíz; pero es sumamente difícil; y por otra parte, nos hemos habituado tanto a él que no llama ya la atención.

Y menos llama la atención y hasta de muy buen grado se soporta cuando se compara con los repugnantes procedimientos de que se sirven los caciques rufianes, dignos de este calificativo.

Muy escasas son las mercedes que otorgan desinteresadamente, y fuera mejor que no las otorgasen; que los afortunados, las víctimas sería más propio, tienen merced *para rato*; porque un día y otro, venga o no a cuento se les recordará el favor, se abultarán ante ellos los esfuerzos penosísimos, los verdaderos sacrificios que hubo ne-

cesidad de imponerse para alcanzarlos; y todo, aún en el caso de que el servicio resulte muy liviana compensación a otros servicios de más monta. Pues ¡ay si el favorecido con una migaja sobrante del festín, destinada a los perros, bosqueja un gesto de gallardía, de altiva independencia ante exigencias incompatibles con el honor; y se niega a ceder a imposiciones vilipendiosas!

Todavía no son nada esos procedimientos si se les compara con aquellos otros que esos ruines caciques emplean con los adversarios; los cuales no sólo se ven privados de toda merced, sino que son hechos objeto del trato más villano, de las persecuciones más violentas y que se extienden a todos los órdenes de la vida, sin escatimarles ninguna clase de perjuicios.

Expuestos así los más salientes rasgos de una y otra clase de caciques, el ciudadano, si en cuenta los tiene, se hallará capacitado para elegir, cuando el caso se presente, el menos perjudicial, en primer término para él; debiendo apelar a toda clase de medios a fin de anularle sustituyéndole por el que no ofrezca tantos peligros.

* * *

Siempre a vueltas con *su* Procopio, que debió sin duda tenerle obsesionado durante los años últimos que entre nosotros pasó, repite aquí Zósimo que el personificar en él, haciéndole vivir como si fuera un ser de carne, y hueso, a los caciques peores, fué con el fin de que hecho así plástico, los ciudadanos pudiesen apreciarle mejor y discernir su conveniencia y su deber frente a él; y así dice que es Procopio el prototipo de los caciques rufianes.

Indicios claros de su ruindad y baja condición los da el lema que campea en su escudo; y al cual se atiene en su conducta: «Por el miedo baila el perro»; y esa es la causa de que a su bando, en vez de uno propio de seres dotados de razón, se le aplique amen de otros no menos expresivos y honrosos el dictado de *jauría*.

Procopio, como los caciques que representa, carece de escrúpulos que moderar pudieran sus desmedidas ansias de predominio; ante la conveniencia propia, o lo que él, en su necedad, cree conveniencia, cede y aún se desvanece todo: honorabilidad, decoro, respeto a la palabra libremente empeñada; fidelidad a las promesas; y no se crea que eso acontece no más que cuando se ventilan intereses de trascendencia suma, sino por muy leve satisfacción del amor propio, por un ruín deseo de venganza, por una vil futesa de interés.

Hallan alguna excusa, justificación nunca, el olvido momentáneo del decoro, y las ofensas a la propia dignidad, si un interés vital, el ser o no ser en la política, parecen exigirlo imperiosamente; pero quien nobleza de alma alienta, trata si en trance tal se vió, de disimularlo con atenuaciones, cuando ocultarlo no puede; y la felonía, cuasi obligada, tiñe con rubores de vergüenza su mejilla; y ese disimulo y este rubor, significan al menos un homenaje que el vicio rinde a la virtud; salpicados por el lodo se ocultan y tratan de purificarse, y reaparecer pronto limpios.

Mas Procopio muestra hallarse desprovisto de toda hidalguía y caballerosidad, no sólo en que claudica y se encanalla por naderías, sino en llevar la abyección y falta de entendimiento hasta alardear de sus vilezas, pregonar orgullosamente sus infamias y alabarse de haber engañado y escarnecido al que hidalgo y noble se fió de él; procede, según se ve, con el cinismo del impudor; manchado, revuélcase complacido en el cieno; deshonorado hace ostentación escandalosa del deshonor, exhibiendo y paseando, impúdico y mentecato sus lacras, hediondeces y estigmas morales.

Si explicación quisiérais hallar a la abyección de los Procopios, de recurrir habríais casi siempre a la herencia y formación primera, que no les consintieron muchas filigranas de honorabilidad e hidalga altivez; aunque al-

gunos consiguieran luego autoeducarse, merced al comercio espiritual con gentes de superior nivel mental y moral; y haber acertado a rodearse de honrados y discretos; en vez de bajos aduladores que aplaudiéndolo *todo* lo que de tales caciques emana, no deja a estos, de menguado talento y ninguna discreción, percibir ni la verdad, ni la virtud, precipitándose así en la mayor bancarrota moral.

* * *

Habrá notado el perspicaz lector que a medida que Zósimo avanza en el retrato de su Procopio, va escatimando más las reflexiones, que en un principio prodigaba, encaminadas a apartar al ciudadano de caciques semejantes.

Sin duda debió estimar injuria grave al lector, empapado ya de la procopiesca ruindad, el suponerle necesitado de reflexiones y estímulos semejantes: ¿A qué, en efecto, molestarse en decir de lo perjudicial y funesto de un cacique que no sabe respetar su honor, la probidad más elemental, sin que precise para ello verse en apretados trances?..... ¿quién no se hallará a estas alturas persuadido, del deber cívico ineludible de aplastarlos cual a inmundas sabandijas?; ¿quién más fiará de él, sin abrigar el temor de ser víctima de felonías y engaños como tantos otros?...

Tal vez sin embargo quede alguien todavía que espere gozar él de privilegio y salir indemne! ¡Ay, del cuitado que tal confianza aliente! La traición le acecha y un día u otro la codiciosa alimaña presa hará en él... si no se apresura a situarse fuera del alcance de sus garras acerradas y de sus dientes ávidos...

* * *

Siendo como Procopio era una inteligencia muy mediocre y limitada y sin que jamás se hubiese él preocu-

pado de cultivarla mediante persistentes y tenaces esfuerzos, no es en manera alguna posible atribuir a su talento y cultura la preponderancia lograda en el feudo: Menos aún podía atribuirse a su esplendidez y generosidad; que ya hubimos de pintarle, copiando fidelísimamente la realidad, sórdido, avaro y codicioso. Ninguna de esas circunstancias que, juntas o separadas, explican satisfactoriamente el predominio de otros caciques, ninguna existía en Procopio; mas, como no hay efecto sin suficiente causa, buscar debemos en el antecedente: Procopio, alguna otra circunstancia que justifique la producción del consiguiente: cacicazgo de Procopio.

¿Será esta circunstancia *la actividad y el celo*, en la gestión de los asuntos de la provincia? Veámoslo, con toda serenidad y desapasionamiento.

Sin perjuicio del denominador: *funesto*, común a todos los caciques, pueden señalarse tres clases en cuanto a celo y actividad se refiere: los que teniendo un valor intrínseco (talento, elocuencia, aptitudes sobresalientes) casi para nada se ocupan del Distrito cuya representación ostentan por la presión oficial o por la inercia; y claro que Procopio no figura entre ellos; como tampoco en el grupo de aquellos caciques que viven pendientes del Distrito, interviniendo en todo, preocupándose de todo; pero sin otro cálculo ni interés personal, que el de facilitar y asegurarse la posesión quieta y pacífica del acta; su yugo es suave y llevadero su caciquismo.

Al tercer grupo pertenece Procopio; activo, más en su provecho directo, cuando no exclusivo; si gestiona la concesión de una carretera, es porque favorece a fincas suyas o de allegados; si obtiene subvención para un grupo escolar, es porque ha de alzarse en terrenos de propiedad suya; si un cuartel, una cárcel, un edificio del Estado es, para *meter la mano hasta el codo*: Otorgar en suma favores sin obtener él su buen porqué de provecho, no lo concibe siquiera; hacer el bien, tan sólo por el

bien es para él, *hacer el primo*. Por el más leve esfuerzo, por la gestión más sencilla, exige corretaje; y no siquiera proporcionado a lo liviano de su gestión, sino al beneficio obtenido; y ello aún en el caso de que lo logrado por su intervención, sea de estricta justicia, compensación equitativa de daños, remuneración justa del trabajo.

Todo sin perjuicio, según se ha dicho ya, de las *añadidas* que él exige y que bajo el punto de vista moral, tienen muchísima mayor importancia; porque consisten en la *ciega* sumisión, en la enajenación de la libertad y la independencia y los derechos cívicos; en la entrega incondicional y sin restricciones de la conciencia, ni los imperativos del deber, ni las demandas de la propia conveniencia, ni los afectos del corazón, son por Procopio respetados; ¡guay del que, veleidoso, bosqueje un gesto de altiva gallardía!

Su actividad, que verdaderamente es grande, empleáse principalmente en el mal; en dañar al contrario, en perseguir al que se le resiste, en acosar y herir al que se niega a sometérsele; es mucho mayor el esfuerzo que realiza, los pasos que da, las molestias que se impone y las humillaciones que soporta para trastornar los planes de los adversarios, entorpecer sus negocios, obstaculizar sus legítimas aspiraciones, que para prestar un servicio al amigo o partidario: siempre, por supuesto, que de ese servicio no obtenga él utilidad bastante para sí propio.

Si, pues, ni el talento ni el desinterés, ni las buenas prendas morales, ni el celo abnegado por los intereses de la provincia, explican su dominio, menester se hace buscar la causa en otras circunstancias del antecedente.

* * *

Como acontecer suele respecto de todos los fenómenos o efectos del orden moral, las causas son múltiples y complejas; y como los lazos que unen estos efectos a

sus causas son siempre sutiles y misteriosos, no es sencilla labor la de desenredar la urdimbre, con la precisión y claridad que puede hacerse en el orden físico. Acometeremos no obstante, la empresa; no tanto para legítima satisfacción de noble curiosidad intelectual, como para que, conocidas las causas del mal, sea más fácil la aplicación del remedio.

Táctica fué siempre de Procopio y finalidad suprema de sus procedimientos políticos, el hacer creer en la Corte, que la Provincia era feudo suyo indiscutido y que en ella ejercitar a todo su sabor podía los privilegios señoriales; y hacer por otra parte creer en la Provincia que en la Corte se le había hecho colación del feudo con toda suerte de solemnidades de fondo y forma; no pudiendo por tanto adoptarse medidas con la provincia relacionadas de cualquier manera, sin su *placet*, aquiescencia o intervención. Dos engaños que mutuamente se apoyaban y sostenían.

Cómo y por quiénes se inició, cuánto tiempo se mantuvo y merced a qué mágicos resortes la doble farsa subsistió, es lo que el llorado Zósimo quiere ahora decir para asombro de extraños, escarmiento de pícaros, advertencia de incautos, y enmienda de todos.

Y por lo que hace al primer punto apresúrase el honradísimo Zósimo a librar de la mayor culpa al pobre Procopio, incapaz el muy pazguato de discurrir tan venturosa combinación, atribuyéndola casi toda a los avisados consejeros de que tantas veces hizo mención; y sólo deja para Procopio la muy escasa responsabilidad de haberse prestado docilmente al juego, dejándose querer; y dice *muy escasa* la responsabilidad, por dos razones: la primera porque Procopio hubo de resistirse tenaz no al fin, que no le comprendía el infeliz, sino a los medios que consistían principalmente en desprenderse de buena razón de pesetas, para elecciones, para el órgano del partido y para el necesitado personaje que más tarde

había de llegar a ser su protector; la segunda razón, es que hallándose la responsabilidad en razón inversa de la ignorancia, y habiendo entrado el cuasi cretino Procopio en la combinación, semi inconsciente, resulta muy atenuada.

También quiere excusar Zósimo a los leales consejeros, pues dice que éstos nunca pudieron imaginar el uso que andando el tiempo haría el vil Procopio de los planes que ellos concibieron con miras elevadas y menos innoble finalidad. De suerte que los consejeros deben responder del pensamiento inicial y Procopio de haberlo bastardeado y empequeñecido para servir a sus ruines pasiones de rufián.

Los medios que para mantener la doble farsa empleó Procopio, fácilmente se presumen teniendo en cuenta el índice de refracción moral que se goza el sujeto; adivinándose así sin ningún esfuerzo todas las vilezas, todas las felonías, los atropellos, injusticias y ruindades que pondría en juego, quien nunca escrupulizó ni seleccionó los medios para conseguir sus fines y nunca se propuso fines que no fueran bajos, egoistas y rastreros.

El acertó a desprestigiar con calumnias, desfigurando hechos o fingiendo acciones, a las personas que podían hacerle sombra y estorbarle en la provincia; él supo arrebatarse al uno, —honrado y noble— el acta y con el acta la posición política, fingiéndose adepto suyo, para mejor traicionarle; insinuarse hipócrita en el ánimo de otro, hasta conseguir suplantarle; manchar la limpia fama de éste, despojar al otro de todo su crédito; someter a unos, anular o dejar aislados a otros; engañando y vendiendo a todos...

Simultaneándola con esa actuación que poco a poco iba dándole relieve en la Corte, desarrollaba en la provincia sus procedimientos de dominio.

Con objeto de alucinar a los muchos papanatas, por sí y por sus seides propalaba Procopio que él en Madrid

era omnipotente e incontrastable, merced a los importantísimos servicios al Partido prestados; y gracias sobre todo a su estrecha intimidad y compadrazgo con Fulánez, personaje bullidor y travieso, desprovisto de escrúpulos; de no escasa valía mental y muy bien quisto en las alturas.

A ese personaje, decía él confidencialmente y uno por uno a sus secuaces, le tengo yo *en el bolsillo*; en el bolsillo, sí; que el pobre anda muy apretado y gracias a mis desinteresadas ayudas puede sostener su rango en los años de las vacas flacas, durante la oposición; así es que lo que yo le pida... *de cabeza*. La confianza corría de boca en boca, como se propusiera Procopio, aunque en mengua de la amistad y la hidalguía: ¿bastante le importaba a Procopio dejar *en berlina* al mundo entero, con tal de lograr él su objeto!; sí, que ándate con melindres y repulgos de caballerosidad y verás lo que medras.

Y como los hechos venían a confirmar sus afirmaciones, que Procopio en efecto obtenía puestos para sí, mercedes para los suyos (aunque con su cuenta y razón) y castigos para los adversarios, la fama de su poderío iba haciéndose camino, y el miedo a sus represalias ganando los corazones.

A la empresa de extender esa su fama por todos los ámbitos de la provincia contribuyó en mucha medida la prensa local, devota suya. Sabida es la poderosa sugestión de la letra de molde en cerebros depauperados o perezosos; y no puede sorprender la eficacia de los diti-rambos y elogiosas campañas hechas a diario y reforzadas con tal cual gacetilla de reporteros agradecidos o importunados en algún periódico de la Corte. Creíanle en el feudo un semidios y él propio—cerebro, según sabemos, tan depauperado y debil como el de aquellos—sufrió la sugestión y creyó ciertos los elogios, hinchándose de vanidad; también el pobrecito mentecato llegó a

figurarse un genio latente y obscurecido hasta entonces, pero que un día u otro iluminaría con sus resplandores el orbe.

Gozó además la muy singular ventura—que sin todo este encadenamiento de favorables circunstancias jamás explicarse podría su preponderancia—de que a la sazón los otros bandos políticos o estaban deshechos o eran dirigidos por gentecillas de tan baja estofa, que a muy poca costa pudo comprarlos, poniendo así en su mano todos los triunfos: Para que no se dijera que ansioso, lo absorbía todo, daba representación a esos otros partidos, más con la condición precisa de que él había de designar las personas, que, como es natural, eran aquellas que le estaban obligadas y a él en cuerpo y alma sometidas. Si ocasión propicia hubiese, sería de mucha edificación exponer los recursos de que se valió, y considerar la conducta vil e inícuca de esos jefes de partido que así se condujeron y de modo tal traicionaban sus ideales. Quizá algún día lo intentemos.

* * *

Pero en la provincia podía haber y había en efecto incrédulos y desconfiados, independientes y discretos que a Procopio despreciaban por su inopia ideológica y por su bajo nivel moral. Si a despreciarle en su interior se limitaran, una higa dírasele al nada melindroso Atunez; mas era el caso que los tales no perdonaban razón de exteriorizar su desprecio, ridiculizándole cuanto podían, y podían asaz, zahiriéndole, y tratando—bien que vano este intento fuera—de avergonzarle.

Su necesidad, su desaprensión, su vileza, todo les servía para la regocijante burla, la mordaz ironía y las acres censuras; hasta aquello mismo en que Procopio cifraba su orgullo; la persona del protector y los motivos de la protección; de estos, el propio Atunez, estulto y avaro, hacía el panegírico, pregonándolos; y respecto

de la persona, como diera la *casualidad* (¡cual se sonreían al decir: casualidad!) que el tal protector era de lo más vil y abyecto que jamás se vió en la *alta* política, limitábanse a decir: Dime con quién andas;... tal para cual; ¿quién si no ese iba a constituirse en protector de un Atunéz?.,.

Por todas esas razones se imponía, en sentir de Procopio, ya a la sazón entregado a su propia necesidad, el imperio del terror. Ya se han referido algunas de sus proezas y más de un volumen se precisará para relatarlas todas.

La mayoría de los caciques se hallan en posesión de alguna nobleza de alma, y, si de eso no, del buen criterio necesario para darse cuenta de sus verdaderos intereses; y por eso, cuando en sus respectivos feudos tropiezan con alguien que les molesta, les contradice y trata de frustrar sus planes, intentan, naturalmente, atraérselo, o por lo menos que cese en sus campañas; y solamente cuando, agotados todos los medios suaves de atracción, nada consiguen, apelan al desdén, o si las circunstancias mucho les fuerzan a la lucha y a la represalia, siempre con la moderación y el comedimiento compatibles con sus intereses.

Procopio no; Procopio, fiel a su temperamento de rufián ensoberbecido por los éxitos que a su valer atribuye, y a su muy desmedrado entendimiento, lo primero que intenta con el mayor afán es morder, cocear, aniquilar, si le es dado al que, gallardo, osó resistirle; si lograrlo alcanza, se entusiasma, villano, se regodea, ruín, y cínico, se alaba del resultado conseguido, aunque la miseria y la desesperación hayan hecho presa en una familia, sin otro crimen que el haber uno de sus miembros pretendido mantener sin mancilla su dignidad de hombre y de ciudadano.

Si no consigue la anulación o la derrota del adversario (basta en ocasiones que sea indiferente y neutral)

entonces es cuando se humilla, se abaja, se arrastra y mendiga, como sórdido que él es y de instintos lacayunos. Prodigiosamente abundan los comprobantes de una y otra norma de conducta; y enojoso e inútil resultará el producirlos aquí; porque aquellos que han tenido la ventura de no padecer a ningún Procopio, pudieran creerlos inventados; y quienes han gemido bajo la tiranía de alguno, los conocen sobrados y ellos propios los evocarán al llegar a este punto. Y cuanto a los Procopios mismos bien quisiera yo—que cristiano soy gracias a Dios y caballero—que el verse retratados aquí les sirviera para entrar consigo mismos en cuentas, y pensando en las que ante Otro habrán un día de rendir, comenzasen por anular—en lo que al hombre le es dado—sus voliciones perversas pasadas, con rectas voliciones presentes, y, propuesta la eficaz enmienda, satisficiesen a los hombres y a la Sociedad del mal que hicieron y los graves daños que causaron.

* * *

Nunca, ya otras veces se ha indicado, nunca hizo gran aprecio Procopio de cuestiones doctrinales y de principios; antes con grande energía abominaba él de las hondas diferenciaciones que se establecían entre los humanos por asuntos ideológicos; ¡ah, qué *santa* indignación la suya ante las discusiones, estériles, sí, señor, en que se enzarzaban los sabios, y hasta ciertos políticos que no parecía sino se habían pasado las noches de claro en claro y los días de turbio en turbio, para llegar a discutir problemas verdaderamente baladíes: ¿Proteccionismo?... ¿Salario mínimo?... ¿Libertad docente? .

Imitemos, imitemos, decía con sus actos y con la palabra a veces, la ecuánime y prudentísima tolerancia de los animales: ¿tiene por ventura ideales la ostra?; ¿se enreda el cerdo en discusiones de alta filosofía?; ¿ha consumido, en penetrar los misterios de la ciencia econó-

mica, muchas vigiliass la codiciosa y previsora hormiga, cuya conducta avergonzar debiera a muchos?...

Por eso se alababa él, y con razón sobrada, de una gran transigencia con todas las ideas: derechas o izquierdas, eso le daba a él como de las miserias de antaño .. Pero que ninguno fuera osado a discutirle a él, a censurar sus actos, a criticar sus procedimientos, a entorpecer sus proyectos; ¡infeliz de él!; y no era, no, que Procopio fuera capaz de odiar. ni siquiera a las personas; que a vicios, no había que decir; el odio no se traduce en poder ni en dinero; el corazón en él sólo servía para impulsar y distribuir, equitativamente, eso sí, la sangre; cuanto a la afectividad, como él no experimentaba otras impresiones afectivas que las puramente orgánicas, bastábale para ello el centro situado al nivel de la cuarta vértebra lumbar; lo demás era gastar tontamente energías: Si él amenazaba, si él perseguía, si él se vengaba era sólo para mantener incólume su poder y producir sana ejemplaridad haciendo que el terror cundiera. ¿Por ventura sentía odios la víbora?...

Y tan ruín y pobre de espíritu se mostraba Procopio, que ni aún sabía sentirse y aparecer magnánimo para los pequeños alfilerazos, para esos ligeros rasguños, que no pasan de la epidermis, en el amor propio: una pequeñez, una nadería, un ligero comentario del periódico local; un chiste a costa de su estructura física, le mortificaban tanto que careciendo de toda trascendencia, él mismo se la daba con sus furores de alimaña acosada, de gózquecillo hostigado.

Esa ruindad de espíritu complicada con la soberbia y el engreimiento le impulsan a acciones que le cubren del más espantoso de los ridículos: En cierta ocasión, como un periódico prodigara muy merecidas alabanzas a la gestión de alcalde que no era de su devoción, fuese al que creyó autor de los elogios—persona seria y respetable—y de buenas a primeras le espetó esta interpelación:

Peró, ¿que le he hecho yo a V.?; y como el otro manifestara no acertar con la finalidad de la pregunta: «Hombre; como dice V. que el Alcalde lo hace bien, y lo dice sabiendo que no es amigo mío»...

Como inverosímil el relato le es; pero ello no obsta para que sea rigurosamente histórico; y si conociérais a Procopio, ni de inverosímil lo tachárais; porque tal él es que no concibe que, sin algún motivo de rencor u odio a la persona, haya nadie que hable o escriba sin su vénia, aunque sea no preocupándose de él para nada; y por eso su pregunta que es ya clásica: ¿Qué le he hecho yo a usted? Y bien será sepais que a interpelar de esa suerte se limita, sólo cuando no tiene en su mano el empleo de medidas de represión contra el atrevido; que si los tiene, no se contenta con exigirle a él que no alabe a nadie, ni acuda a algún homenaje en honor de otro que él no sea, sino que la misma exigencia tiene respecto de sus hijos, deudos o dependientes, sin que excusas valgan, ni distingos, ni explicaciones; y los ejemplos nada escasos son.

No sabiendo od ar Procopio, ni a las personas—lo que aún cuando negativa, es una virtud—ni al delito,—lo que constituye positivo mal—no tanto desea la muerte del contrario, sino que se convierta y... vaya a él sometido y humillado; porque de esa suerte representa una presea, muestra perenne de su poderío incontrastable, que le permite además alabarse de longánimo y generoso, y que sus abyectos cortesanos se hagan lenguas y pregonen su magnanimidad e hidalga gentileza; abriendo los brazos al mal aconsejado sujeto y dándole ósculo de paz; y su benigna condición llega hasta preparar él propio la conmovedora reconciliación; enviando parlamentarios al extraviado, de muy lisonjeras ofertas portadores: ¡Oh piísimo Procopio, clama aquí el noblote Zósimo, que así pagas a quien, desconsiderado, te hirió, y así devuelves las injurias y agravios que, crueles te infirieron!... ¡Oh,

pechos berroqueños que no os ablandais ante blandura tanta!; ¡Oh, fermentados corazones que no os derramais en caudalosos ríos de lágrimas por las mejillas al contemplar esa más que humana misericordia!...

*
*
*

Por cierto tengo, lector querido, que a la hora de ahora habrás ya podido darte cata de las causas y razones del cuasi incomprensible cacicazgo procopiesco; el doble engaño de la Corte y la Provincia apoyándose el uno en el otro en armónica simbiosis; la losa de plomo del miedo pánico a las represalias y persecuciones; y el desistimiento inhibitorio de los buenos y honrados en vergonzosa y muy culpable inacción sumidos... todas esas cosas juntas razón suficiente son.

Pues agrega ahora como complemento efficacísimo la corrupción en que cada día más va cayendo el organismo político; que por todos los medios se intenta eliminar a los mejor dotados y comprenderás que en semejante ambiente son preferidos y mimados los Procopios, cuya ruindad conviene a los ruines, cuya abyección permite juzgarse nobles a los menos abyectos y cuya hediondez da patente de sanidad a quienes no han llegado a tal grado de putrefacción...

¿Habría alcanzado la política española los extremos de desaprensión, de amoralidad e inmoralidad, a que estamos por gran desventura nuestra asistiendo, si no existieran Procopios tan viles y degenerados que autorizan a quienes a su grado no llegan, para que se creen superhombres casi, con ellos comparándose?... Reflexiona, lector, y, si no eres *del corro*, y aunque del corro seas, si conservas alguna estimación de tí mismo y un residuo de amor a tu país..., *actúa*.

*
*
*

Creemos haber dado cumplida contestación a dos de las tres preguntas que al principio se hicieron: Cómo se inició y por qué medios se mantuvo el cacicazgo de Procopio; queda por contestar la tercera: Cuánto tiempo duró.

Lo mismo que en la Naturaleza, en la vida individual y colectiva no hay nada espontáneo; no hay explosiones, que no vayan precedidas de una gestión laboriosa en la conciencia o en la subconciencia; cierto que nuestros débiles ojos no alcanzan a penetrar la urdimbre entera de las causas múltiples de fenómenos que por lo mismo se antojan raros e incomprensibles; pero no porque dejemos de verlas dejan ellas de existir y actuar misteriosamente hasta el estallido en la superficie terrestre o en la superficie social...

La inepticia de Procopio, su incultura y más que nada su falta de Ética y lo odioso y canallesco de sus procedimientos, fueron acumulando rencores, alimentando ansias de venganza; y, lo que para tales caciques es peor, porque está cimentado en la Justicia y en la Dignidad y en el Deber, y es por ende más durable y eficaz, suscitando anhelos de dignificación y liberación de envilecedoras tiranías, deseos nobilísimos de emanciparse a ominosas tutelas, que permanecieron latentes pero vivos, pujantes, ardorosos, hasta que... mas dejemos la palabra a Zósimo quien sobre el particular nos legó una muy extensa nota, que dice así:

Un día, día nefasto para Procopio, ¿cómo fué, oh Febo rubicundo, que no te ocultaste antes de alumbrar ingratitude tamaña?... ¡vosotros, los que indiferentes circulais por el asfalto, decid si hay perfidia que a esta perfidia iguale!...

Un deudo mío y muy a mí allegado, ¡ah, sierpe venenosa que por tanto tiempo de mi pecho tomó calor!; aquel por quien yo me sacrificué... con su cuenta y razón; bueno fuera; aquel a quien pródigo abrí mi bolsa... cierto

que ¿qué hacer? con el obligado y corriente porcentage; aquel, cuyos primeros pasos yo encaminé confiando, crédulo, en que seguiría explotando en mi provecho, su adhesión, su talento, su gentileza, sus arrestos, su atrayente simpatía, su arrogancia; ese ingrato, ese pérfido, ese traidor, ¡bellaco, bellaco a luz y a sombra!... de mí se apartó, despidiéndose cortés; ¡cortesías a mí! y brindándome paz y amistad eternas; ¡sus, al arma, mis leales!; y ofreciéndose a partir... ¿quién dijo partir... desprenderme yo de un ápice de mi poder, omnímodo, absoluto?...

¡Qué tan confortador espectáculo para los anhelos ciudadanos el que entonces se ofreció!... Prolijos en demasía nos haríamos si a reseñarlo fuéramos; bastará con decir que el caciquismo de Procopio hubo entonces de sufrir tan rudo golpe, que nunca más de él podrá reponerse y recobrar sus pristinos bríos, aunque a brillar volviesen los días esplendorosos del Poder; que cacique discutido es casi siempre cacique muerto, sobre todo si el caciquismo se llevó a extremos únicos de violencia e impudor; y de nada sirven para evitar la catástrofe—aunque diferirla y alejarla acaso consigan—el invocar las furias infernales que torturen al malandrín que en hora, para Procopio aciaga, destrozó el tinglado y turbó la placidez del cacicazgo; y despertó las adormidas iras.....

Claro que el soberbio Atúnez no se ha condenado a la inacción, ni reconocido paladinamente su derrota; antes con muchos afeites embadurnándose ha el rostro para ocultar los estragos del cancer que le corroe.

Cierto también que su propia necesidad y la densa atmósfera de adulación que le hacen respirar sus siervos predilectos, le permiten imaginarse, que, si cual el avestruz, oculta la cabeza bajo el ala, nadie le verá, porque él no se mira; pero su decadencia es evidente, flaquean ya sus embestidas, ayer fieras y arrogantes, como corresponde al consciente de su pujanza y brío; tímidas y

desconfiadas hoy, que los fracasos, sin hacerle cauto, le han vuelto pusilánime.

Totalmente desahuciado de la Ciencia, su fin, por mucho que logren alejarle los temores a los últimos zarpazos de la fiera agonizante, está muy próximo, es inminente; y fin triste, lleno de vilipendio, que solo y desamparado acabará en inmundo muladar, si algún alma piadosa, olvidada de las injurias y agravios, no vierte bálsamo sobre sus heridas sangrantes y le procura un lecho en el Hospital y un rincón apartado en el Camposanto, sustrayéndole así al escarnio de que sus ex-amigos quisieran hacerle víctima.





CAPÍTULO VIII

Los daños mayores del caciquismo

Deficiencias corrientes. —El caciquismo trastorna las concepciones éticas del ciudadano. —El caciquismo rural es consecuencia e imagen del provincial. —Algunos problemas morales. —Los que rodean al cacique son semejantes a él. —Dos clases de amigos del cacique procopiesco. —Fúnebres previsiones de Zósimo acerca de la muerte de Procopio.

Con ser muy abundante la literatura acerca del caciquismo y los gravísimos daños que a la sociedad y a la ciudadanía ocasiona, todavía adolece a juicio nuestro de algunas notorias y muy sensibles deficiencias que queremos señalar, no con el ánimo de conquistar fama de críticos sutiles y penetrantes, sino para que puedan ser subsanadas o por nosotros, o, lo que fuera mejor, por personas de mayor destreza y capacidad.

Parécenos en primer término que se ha intentado en muy corta medida una labor de verdadera sistematización científica, y tal vez ello se deba a que el tema ha sido casi monopolizado por el periódico, por el mitin y a lo sumo por la conferencia doctrinal, más reposada y serena, pero insuficiente por las forzosas limitaciones de

espacio y tiempo; mucho nos hubiera complacido el contar con fuerzas para acudir al remedio; empero ya que eso ser no pudiera, quisimos ofrendar esta modesta contribución a otros más profundos y geniales investigadores. Y no por atender a ellos nos perdimos en especulaciones abstractas, o en imprecisas y huera declamaciones, sino que procuramos acudir a la vida real, al hecho concreto y a soluciones fáciles y eficaces; que no es eso incompatible con la síntesis.

Otra de las deficiencias que hemos nosotros notado, y esta reviste mucha mayor importancia, se refiere a la puntualización de los daños producidos por el caciquismo; creemos nosotros que no se han especificado todos esos daños; ni se ha insistido como fuera menester en los más graves y trascendentales, aun cuando no asomen tanto a la superficie; ni puedan ser a simple vista apreciadas todas sus funestísimas consecuencias; y si esos daños se han señalado alguna vez ha sido muy someramente.

Sin solicitar por ello patente de originalidad, que no creemos merecerla porque o no somos originales o lo somos en tan nimia parte que muy bien puede pasar inadvertida, vamos a intentar nosotros subsanar esas deficiencias, indicando los, a nuestro juicio, más graves perjuicios producidos por el caciquismo.

*
* *

Es el caciquismo corruptor de los ciudadanos en lo que se refiere al sentido moral, a la conducta práctica; pero, y esto es muchísimo peor y más deplorable, el caciquismo trastorna por completo las concepciones éticas del ciudadano; deforma sus ideas acerca de los valores morales; introduce hondas perturbaciones en la apreciación del deber; y, confundiendo su criterio de distinción entre el bien y el mal, hace para él imposible una cualificación moral acertada.

Malo y muy de lamentar es que a los hombres se les ocasionen perjuicios en sus intereses, en su dignidad y en sus derechos, como hemos visto que hace el caciquismo por un imperativo de su esencia, pero es inmensamente peor lo que además de eso hace el cacique, el de la extirpe de los Procopios sobre todo, forzando casi al ciudadano a la abyección, al envilecimiento, a la inmoralidad consentida y aceptada, funestísima labor que el cacique lleva a cabo: con *el ejemplo* que tanta fuerza de sugestión ejerce sobre las masas, tan propicias como las masas son al mimetismo, al instinto de imitación que va siendo más poderoso a medida que se desciende en la escala humana (lo mismo que en la escala zoológica); con *el contagio*, mucho más eficaz e inevitable que en el fisiológico, en el orden moral; que, sin ser muchas veces poderosos para remediarlo el medio en que nos movemos nos penetra y va ganándonos poco a poco para la corrupción, con la indiferencia primero, con la adhesión y simpatía después y con la complicidad por último.

Cierto que podemos reaccionar contra las influencias exteriores y oponernos a la corriente; mas aparte de que no todos los hombres poseen las energías morales necesarias para esa reacción y esa lucha; siempre vendrá a resultar que ha sido necesario un gasto de esfuerzo y de tiempo, en rechazar y contener los avances del mal y que habrían podido ser empleados en progresar más y más hacia el bien. El caciquismo tiene que responder de ello.

Región a la que haya aquejado la desdicha de padecer durante años a algún Procopio, se ha degradado y envilecido; ha perdido la virilidad y toda suerte de virtudes colectivas: Cuando a vuestro paso por una provincia os sorprenda observar lo mucho que ha degenerado de las virtudes inherentes a la Raza, de las cualidades de varonil arrogancia y caballeresca hidalguía que la tradición y la fama le atribuían, podeis deciros inmediatamente y explicaros así la degeneración: Aquí ha hecho

largo asiento algún Procopio que, no sólo cual vampiro ha chupado la sangre y cual gigantesco pulpo ha inmovilizado la actividad; sino que, como reptil inmundo ha habituado a estas pobres gentes a la reptación, y como asquerosa zorra les hizo amables las raposerías...

Empero mucho más desastroso y terrible que ese, con serlo mucho, es otro de los perniciosísimos resultados del caciquismo *procopiesco*: Para el presente y el porvenir moral de los pueblos, lo mismo que para los individuales es muy triste y de muy negros presagios el descarriarse y, abandonando la senda—sólo en los principios áspera,—de la moralidad y del bien, caer en el vicio y encenagarse; pero muy más sin medida triste y lamentable es e incomparablemente más desesperanzados augurios sugiere el que los individuos y los pueblos no sepan ya que su conducta es vileza, que son de canallas sus procederés; que, ignorando la dignidad se miren satisfechos y aun se ufanen orgullosos de la infamia y el deshonor; y que olvidados del camino de la virtud, se revuelquen complacidos en la ciénaga del vicio.

Malo es humillar las miradas a lo terreno; pero es peor olvidarse de la hermosura de los cielos; sensible es el mancharse, pero es más de sentir el que, manchados y cubiertos de lodo, nos creamos immaculados y limpios; no es tan terrible el pecar como el habituarse al pecado de suerte que ya no le estimemos tal, o aún le juzguemos virtud; que humano, por desgracia, es el tropezar y caer, pero mientras sepamos que nos hallamos caídos y que no debe ser esa la posición del hombre, habrá esperanza de que nos alcemos.

Y, llegados aquí, hemos de confesarnos ante vosotros, lectores: muy inclinados estuvimos, a desgarrar las cuartillas antes escritas y consagrar el libro entero a solo este interesantísimo punto; tan mísero y pobre, tan despreciable se nos aparece ahora todo lo que del caciquismo hemos dicho; y aun casi sentimos remordimien-

tos del tiempo y la actividad empleados en naderías, en insignificancias, al lado de lo enorme y trascendental de este daño, con ninguno comparable...

Porque es un hecho, un hecho cierto, experimentalmente por nosotros comprobado (y que cualquiera puede observar) que en todos los feudos de los Procopios, no se percibe tan sólo un horrible descenso en la moral social práctica, sino que reina una espantosa confusión en las ideas de virtud y de vicio (nos referimos principalmente a la vida colectiva y ciudadana); no es ya la moral pública la que ha hecho crisis, es el concepto mismo de moralidad, no es sólo que se obre mal, es que se cree sinceramente obrar bien o cuando menos no ser ilícita la acción ni censurable la conducta. Verdad es que como en toda España ha hecho presa el caciquismo, en toda la Nación se produce en mayor o menor escala el tristísimo fenómeno; pero hay regiones, aquellas en que reinan y gobiernan los Procopios, en que ha llegado a los extremos que acabamos de indicar; y así se revela en multitud de síntomas y manifestaciones que sería enfadosamente prolijo relatar.

Y no ha habido precipitación en nuestros juicios al inducir como hemos inducido de los hechos, que su causa y razón suficiente se halla no más que en el caciquismo *procopiesco*; porque al hacerlo, no tan sólo nos atuvimos a las prescripciones del método experimental sino que lo hemos contrastado con el procedimiento deductivo, que nos afirma y garantiza que necesariamente, por una exigencia de su ser, allí donde impere un Procopio allí se encontrará una perversión completa de las ideas éticas, un total desconocimiento de los deberes cívicos.

Un Procopio tal y como le hemos pintado, copiando fidelísimamente la realidad, que sin méritos intrínsecos, mentales ni morales y sirviéndose de los procedimientos expuestos logra encaramarse y mantenerse en las cum-

bres y sojuzgar a todo un pueblo, ha tenido necesariamente que envilecer a ese pueblo, arrebatándole la virilidad para hacerle resignarse a su condición de esclavitud o servidumbre.

Ese pueblo librado a la desesperanza, despojado de la fé en sus propios esfuerzos para conseguir la liberación se ha abandonado a la corriente y ha hecho dejación de sus derechos; y los Procopios, por lo que a sus innobles fines interesa, han hecho creer a ese pueblo que los derechos cívicos son solamente *derechos*, pudiendo por ende dejarse; y no además, *deberes* estrictos cuyo abandono implica culpabilidad; y han puesto remate a su corruptora empresa, habituando al pueblo a hallarse bien en la vileza y la abyección; a fin de que, nuevo y más desventurado Hijo Pródigo, después de dilapidar malamente su porción ciudadana, no abominen de lo miserable de su condición; y allanándose y aún complaciéndose con las bellotas que les arrojan por todo alimento, no añore el pobre pueblo los más sabrosos manjares de la casa paterna, imposibilitando así, o poco menos, el que un día sacudan la pereza y clamen el redentor *surgam et ibo ad patrem...*

* * *

Constituye ya el caciquismo un sistema perfecto, un verdadero organismo viviente en el que reina la división y la integración del trabajo, en el que se advierte coordinación de órganos y subordinación de funciones; y tal desarrollo ha alcanzado ese organismo que existe diferenciación en los objetos y especialización en los fines, desempeñando cada aparato un papel exclusivo.

Difunde el caciquismo sus raíces por entre las más bajas capas sociales, y extiende sus ramas por las más elevadas regiones, en los organismos centrales; y siendo ello así puede atacársele o en las raíces para evitar que le nutran, o en la copa con un total desmoche, que le im-

vida recoger elementos vivificadores, o en el tronco mismo intentando que la circulación se interrumpa.

Mucho se ha hablado—aunque sin sistematizar—de los caciques rurales, que forman juntos la raigambre del cacique provincial; y también respecto de este particular se señalan hondas diferencias entre los caciques provinciales; y conviene que muy sobriamente las indiquemos, puesto que según sea y obre el cacique provincial así serán y obrarán los rurales que de él reciben calor y luz.

Los caciques menos malos, entre las demás cualidades que les hacen deseables como mal menor, poseen esta: *De ordinario*, sus ayudantes y como delegados en los pueblos son escogidos entre los más dignos y mejor dotados en bienes de fortuna, en mentalidad, rectitud de intención, amplitud de miras, nobleza y generosidad, y es cosa natural y obligada que sea así; ya porque dotado él de esas buenas prendas, las prefiere en quienes han de reflejar su política de altura y coadyuvar a ella; ya también porque los pervertidos, los de intención aviesa, los pillos, les evitan por no hallar en ellos la ayuda proporcionada a sus truhanerías, a sus rapaces instintos, a sus ruines venganzas y fechorías.

A los hombres sólo toca agradecer los beneficios o el que sean menores los perjuicios del caciquismo así practicado; aunque hayamos de convenir en que muchas veces el movil que a la elección de esos sus representantes en los pueblos les impulsó, fué un movil egoísta, más de un egoísmo menos innoble, de aquél que consiste en hacer el bien no por el bien ni por el provecho del prójimo, sino por el que el propio interesado recoge en tranquilidad de ánimo, en afectos de estimación y gratitud y en las ventajas que esos afectos le procuran.

Los caciques, en cambio, del grupo de los procopios, fieles a sus perversos instintos y consecuentes con su idiosincrasia mental y moral, escogen para que les representen y trasmitan sus despóticas órdenes, y recojan

a la vez y eleven ante su excelsitud, con informe marginal más o menos reservado las pretensiones de sus súbditos, escogen, decimos, a lo peorcito de cada lugar; al más taimado, al más trapacero, al más innoble y desaprensivo, presto siempre a la infamia y el desafuero.

No conviene a sus miras rastreras elegir y no eligen ni consagran cacique rural al que vive con desahogo merced a bienes heredados o por él adquiridos con un trabajo honrado, porque no suelen los tales consentir algunas bajezas, soportar determinadas imposiciones incompatibles con el decoro, ni llegar en las represalias a extremos que explícitamente vedan las leyes divinas y humanas.

Ocurre con todo, a las veces que por razones de parentesco, amistad ó cualesquiera otras, en algún pueblo aparece como delegado del Procopio de tanda un sujeto de holgada posición y entonces, una de dos: o el tal ciudadano es un ambicioso vulgar que busca los acrecimientos cueste lo que costare; o es sólo un delegado *ad honorem*, para el bien parecer y mejor seducir a los incautos, siendo otro el verdadero y efectivo representante: cualquiera de los truhanes que se presten.

Si no los quiere ricos menos todavía escoge a los cultos y discretos, ante quienes se siente avergonzado por su patente inferioridad y porque, lo bastante avisados para descubrir sus malas artes, pueden algún día volverse contra ellos y prevalerse y aprovecharse de los secretos adivinados. No quiere ello decir que busque los tontos de remate, que sólo sirven de comparsas o carne de cañón; sino algo *vivos* y con gramática parda.

Inútil decir que atiende con preferencia, (como escribimos sin esforzarnos demasiado en precisar los conceptos y hablamos de, *atender, seleccionar, elegir, preferir*, etc., damos la sensación de que los Procopios son *conscientes* al realizar esas cosas, por lo que serían acreedores al dictado de avispados y reflexivos; no; cree-

mos que para tal labor les basta con el instinto; que la perversión atrae por sí sola a los perversos) a lo que esta clase de caciques principalmente atiende es a la parte moral de los caciques rurales, buscándoles lo más abyectos posible y que carezcan de toda clase de escrúpulos; tanto mejor, en ocasiones, si alguna vez estuvieron en la cárcel porque de esa suerte, sabrán imponerse por el terror si el caso se ofrece.

A los muchos y muy graves daños que el caciquismo procopiesco causa, debe pues agregarse este que como secuela fatal lleva aparejado: el de los caciques rurales. Aun aquellos que por haber visto deslizarse su vida en las grandes urbes, no conocen *de visu*, lo que la vida es en villas y aldeas, pueden sin gran esfuerzo imaginarse lo que esa vida será para los infelices lugareños allí donde mangoneen esos reitres del caciquismo, capaces de lo más vil e innoble y contando con absoluta impunidad para sus fechorías todas.

Porque esas fechorías se rea'izan por partida doble. son unas las que el cacique provincial impone en su propio provecho o para mantener su dominio; y otras son las que el caciquillo lleva a cabo por su cuenta, en su pró o para satisfacer odios personales: entre ambas abarcan los aspectos todos de la vida: ejercicio de los derechos políticos; repartimientos de consumos y de las contribuciones; aprovechamientos de aguas y pastos; exenciones del servicio militar; inclusión en las listas de beneficencia municipal; todo, absolutamente todo; el caciquillo impone su voluntad que es puntualmente acatada, so pena de hacerseles imposible la vida; pues saben de cierto que en todas sus tropelías se encuentran apoyados por el correspondiente Procopio, que, aunque quisiera, no puede dejar de apoyarle, porque de no, pudiera verse comprometido en las elecciones o para sus propios asuntos: y no será menester añadir que pocas veces pueden contar con la protección de los Tribunales

de Justicia, o porque los infelices desconocen la extensión de sus derechos y manera de hacerlos valer; o porque se espantan con sobrada razón ante las contingencias de una lucha con el encumbrado señor...

Citar casos y hechos en comprobación de esos apriorismos, sería sobre pesado, inútil; que no hay quien no los conozca por millares. El autor, que luengos años vivió en el feudo de uno de los más significados Procopios, podría relatar algunos tan monstruosos que muy probablemente no sería creído. Y la gangrena se ha extendido tanto; y de tal suerte han crecido, con la impunidad las audacias de los altos y bajos caciques que ya nadie se ve libre de sus atropellos; aun las personas de mayor independencia y cultura: curas, médicos y maestros.

Por no dejar de referir alguno ofrezco al lector no más que los tres siguientes botones de muestra:

Un párroco celosísimo y con vocación social fundó un sindicato con cooperativa de consumo que perjudicaba al comercio ilícito y la usura vil de uno de esos caciquillos, el cual acusó a aquel ante el Prelado de infamias atroces, que fueron confirmadas por Procopio a conciencia de que eran falsas.

Cumpliendo el más elemental de los deberes, negose cierto médico a certificar que unas heridas eran tan graves como pretendía que aparecieren el cacique... Expediente con testigos falsos que declararon contra el médico diciendo no había querido visitarles en sus enfermedades...

Testigo presencial de cierto crimen cometido por el hijo de un cacique, el declarar la verdad ante el Juez, costó a una maestra el abandonar el pueblo para no dejar en él su vida.

Seguro está el autor de que las manifestaciones que siguen van a provocar sonrisas de incredulidad en los más de los lectores, que, alzándose un poquito de hombros, dirán así con cierto guiño de inteligencia y socarrería: «Muy bien, querido, el que tú lo digas; pero... acá ya sabemos a qué atenernos sobre tales protestas; que no hemos llegado ayer de nuestro pueblo y no nos mamos ya el dedo».

Y es que se ha hecho tanto abuso de las frases de altruismo, desin'erés, sacrificio, amor al prójimo, santas intenciones, etc., etc., que nadie las da ya crédito; ni aun la galería. Y es también que como cada vez van siendo más escasos quienes saben sentir lo que esos vocablos representan, son muy escasos los que admiten la posibilidad de que las sientan los otros.

No obstante eso y a todo evento, diremos lo que queremos decir no para la mayoría de los lectores (a tal reducido número pueden llegar nuestros lectores que resulte ridículo el hablar de mayoría) sino por nosotros mismos.

Si a escribir el libro nos decidimos fué *principalmente* en beneficio,—miserio, seguramente—y en defensa—poco eficaz quizá; que no se puede todo lo que se quiera—de esos humildes aherrojados en las mazmorras caciquiles; por ellos en primer término desearíamos acabar con el caciquismo.

Y a tal extremo ha llegado nuestra indignación ante la presencia o el recuerdo de los horrores caciquiles que nos hemos planteado cuestiones espinosísimas; y no nos atrevemos a solucionarlas por nosotros mismos, temerosos de que fuera, no la razón serena, sino la pasión—que por noble que sea, es pasión y ciega—la que decidía. A tí te las ofrecemos, lector, para que tú, menos apasionado quizá, las medites y resueles.

Tratándose del cacique, el procopiesco sobre todo, ¿puede llegar a ser lícito el atentado personal y aun al-

guna vez meritorio?..... ¿Hasta dónde pueden alcanzar las exigencias de la dignidad personal?..... ¿A qué extremos de violencia puede ser, legítimamente, llevada la defensa de esa dignidad contra una agresión injusta; y que la Autoridad social no procura evitar?. ...

El noble propósito de producir ejemplaridad y escarmiento ¿a qué extremos de violencia permite acudir?..... ¿Puede una célula social hacer suyos los agravios y sufrimientos de muchos otros y vengarlos todos, cuando la Autoridad deserta, aunque sea ofreciéndose a sí misma en holocausto y sacrificándose por todas?..... Ni aún con el ánimo de producir el bien, es lícito el mal, pero ¿es un mal acabar con el cacique?.....

Cree, lector, que si bien en la práctica condenables nos parecen los procedimientos individuales de violencia; en abstracto, muchas veces pensamos que, en *determinadas condiciones* (condiciones que no pueden ser determinadas por un solo individuo) pudieran ser lícitos procedimientos tales.

* * *

Gravísimos y hondamente perturbadores son los daños hasta aquí señalados; otro queda que no es inferior a los anteriores y que quizá sea por el contrario, de más trascendentales y funestas consecuencias. No recuerda el autor haberle visto nunca tratado por nadie; y no juzga inmodestamente que el ser el primero en mostrarle se deba a hallarse dotado de más clarividente perspicacia; atribúyelo solamente al acaso, favorable para sus actuales propósitos, de haber vivido en el seno de una sociedad, foco del caciquismo más *procopiesco*; ello le ha permitido observar aspectos y manifestaciones, no vistos quizás y sospechados por quienes han estudiado el caciquismo.

En torno de los caciques provinciales hay siempre

un grupo más o menos numeroso de ciudadanos que aficionados de la política o codiciosos de medrar a su sombra, buscan el apoyo y protección de aquellos para lograr más fácilmente sus aspiraciones; que pueden ser y son muchas veces, perfectamente legítimas y aún plausibles y dignas de estímulo y aliento; que nadie hallará ilícitos *en sí mismos* los deseos de ser Diputado o Concejal, Gobernador o funcionario del Estado en cualquier escala.

Puesto que nuestras costumbres públicas no consienten de ordinario que semejantes puestos se obtengan sin la ayuda de esos otros personajes, lógico es que quienes los ambicionan se coloquen bajo la égida protectora que satisfará sus anhelos: Triste y lamentable es, pero es así; y el suprimirlo de raíz no puede constituir la labor de un día ni de una sola generación; aunque no por eso debemos permanecer inactivos, sin realizar todos los posibles esfuerzos para preparar y apresurar la regeneración; no olvidando la otra labor que el momento presente nos exija.

Además de esos ambiciosos más o menos nobles pululan en torno de los caciques provinciales muchas otras personas: O vanidosos inofensivos que se contentan con los reflejos de poder y grandeza que sobre los satélites difunde el astro principal, de luz propia o reflejada a su vez; o hasta individuos verdaderamente altruistas que, gustando de prodigar pequeños favores, prestar servicios menudos, obviar leves dificultades o apresurar la solución de expedientes y negocios, buscan la amistad de los caciques para poder permitirse la satisfacción de esos anhelos nobles y generosos. Y se permitirá al muy legítimo deseo de conservar nuestro buen nombre de equitativos y justos, que hagamos resaltar ante el lector el hecho de que nuestro odio al caciquismo, ni nos oculta ni nos impide decir lo que juzgamos tolerable y aun digno de aplauso.

Ahora bien; todas esas personas, o casi todas, por lo menos, son lo que son sus amos; se mueven y obran en la vida social de modo análogo al astro principal del que reciben calor y luz: leales, nobles y magnánimos (claro es que hay excepciones, al principio sobre todo; hasta que descubiertos los que no son así van desapareciendo por virtud de un lento proceso de eliminación) si el cacique a que se acogieron es magnánimo y noble; rufianes y soberbios si tuvieron la suerte o la desgracia de topar con alguno de los Procopios.

Examinemos este punto, interesantísimo a nuestro juicio y que hasta ahora no ha sido estudiado como merece.

* * *

Muy de lamentar es la necesidad imperiosa, para todo el que quiera medrar en política o en algunos ramos de la Administración, de ampararse mediata o inmediatamente tras un cacique, ya que no bastan ni el talento por preclaro que sea, ni la cultura por sólida y extensa que se la halle, ni la especialización, ni la laboriosidad, ni la honradez.

Pero menos mal si se logró la ventura de tropezar con un cacique de los que aquí hemos señalado como más soportables; que entonces el mérito puede y suele ser reconocido y premiado, o por la natural inclinación del cacique a lo justo y bueno; o por un bien entendido y calculado egoísmo; ya que los intereses y prestigio del propio cacique son los primeros en ganar con una selección discreta y prudente.

Los Procopios, ¡muéstrese Dios con ellos piadoso haciéndoles purgar en este bajo mundo, y no en el otro, las heridas que a la Sociedad infieren!, sobre los muchos daños, algunos irreparables, que ocasionan, dan origen a este otro que excede a todos en gravedad y malicia;

que más que herirle a uno en sus bienes o aún en su honra, importa y significa corromper y envilecer su alma, torciendo sus nativos impulsos hacia el bien, o reforzando sus perversos instintos ingénitos: y eso es precisamente lo que hacen los caciques del procopiesco linaje.

Los buenos, en efecto, los avisados, los sanos de corazón y de espíritu, los de alma altiva y noble que prefieren la estrechez y la privación a encenagarse; esos se apartan con horror y con asco del Procopio que no puede tampoco convivir con ellos porque le empequeñecen y avergüenzan; y, o le combaten sin tregua por juzgarle con razón nocivo; o se retiran temerosos de que les alcance su vileza, de que, tocándoles su mano, les inficione.

Y, esto *que es*, que constituye, yo lo fío, un hecho cierto y nunca desmentido por la experiencia, *tiene necesariamente que ser*; y el menos perspicaz de los lectores se persuadirá de ello a poco que se fije en los datos del problema, que puede, en el terreno ideal y abstracción plantearse, con estas dos preguntas: ¿Es *moralmente* posible (y en los problemas *morales* no hemos de pretender la certeza o la posibilidad *física* y menos la *metafísica*) que un Procopio, según se le ha retratado soporte a su lado y ayude o proteja—a no ser accidentalmente—a quien valga más que él, moralmente sobre todo, aunque tampoco guste de las superioridades mentales? ..

Y, por otra parte; ¿es asimismo moralmente posible que una persona digna, con conciencia plena de su valer aguante durante mucho tiempo a un sujeto en quien toda inmoralidad tiene asiento, y acogida simpática toda vileza?

Discúrrase serenamente, sin prejuicios, sin *partipris*, y dígase si hay compatibilidad, si hay composición posible, si puede llegarse a una *síntesis* armónica entre esta *tésis*: Procopio; y esta *antítesis*: persona decente...

El lector habrá de convenir con nosotros en que el

síntoma más claro y cierto de ser un sinvergüenza o un imbecil es el de figurar por modo permanente entre los amigos y partidarios de un Procopio cualquiera.

Ellos mismos, los seides de Procopio, vienen a confirmar palmariamente esta asección nuestra, porque, una de dos:

O avergonzados y ruborosos tratan de ocultar como un estigma infamante esa cualidad de adeptos de Procopio; intentando, si es descubierta, cohonestarla y hacerla perdonar, diciendo que sí, que desgraciadamente, es verdad; pero que la gratitud por tal o cual servicio a él o a los suyos prestado, verdad que con *su porqué...* que bien quisiera él poder sacudirse el yugo, pero que ¡ay! el Procopio le tiene sujeto por esta deuda; por aquel traspiés que de joven diera; por esotro descuido que tuvo cuando fué concejal, o tesorero; o por ..

O bien, con el impúdico cinismo del presidiario reincidente o la empedernida ramera, alardean de su mengua, pregonan su baldón; gritan y alborotan, metiéndolo todo a barato, para no escuchar, aunque los oigan. las débiles últimas llamadas de su conciencia; anestesiada quizá pero no muerta.

Bien sé yo, aunque iluso y torpe, algo al fin de ello se me alcanza, bien sé que si alguno de mis escasos lectores resultara por su mal, amigo o partidario de uno de esos tales Procopios, diría que todo esto que digo son exageraciones mías, hijas de pasión bastarda que facilmente en mí se adivina; que no existe monstruo semejante al que yo pinto; y que si acaso existe, el Procopio *suyo*, no es así...

Allá él con su dignidad y con su conciencia; mas vosotros, los, por dicha grande vuestra, no contaminados aún, no les deis crédito; tratan de engañaros, como tratan de engañar muchos viciosos, ocultando, para seducir a otros, los roedores remordimientos y las sanciones dolorosas que sus vicios les traen aparejadas...

Empero sigamos nuestro análisis y, quédense para vosotros las reflexiones que esos hechos y los leves comentarios míos os sugieran.

* * *

Una gran clasificación debe hacerse entre los amigos y partidarios o protegidos de Procopio.

Hay unos que, por naturaleza y por instinto están inclinados al mal; y, cual los buitres y hienas a las carroñas, ellos acuden allí donde les es permitido el ejercicio de sus industrias y pueden hallar satisfacción sus rapaces y groseros apetitos: son aquellos que, o por falta de dotes mentales para elevarse por propia virtud, o por su perversión moral no pueden medrar ni ver satisfechas sus ambiciones con sólo su esfuerzo y méritos; y, con la adulación, el abyecto servilismo, el prestarse a los más bajos menesteres y a las más innobles acciones, buscan encaramarse a puestos muy superiores a lo que sus dotes podrían hacer esperar.

Claro está que semejantes sabandijas no pueden hallar acogimiento y protección en otro cacique que no sea Procopio;—hablamos de protección continuada, que efímera y circunstancial encuéntranla a veces en los caciques más soportables, porque les engañan simulando dotes de que carecen — y son los que forman la cohorte de rufianes de que los Procopios precisan para sus campañas inconfesables; la mesnada de reitres que entran a saco para satisfacer las concupiscencias y pasiones del señor y las propias.

Esto solo basta para comprender cuán grave daño ocasionan a la Sociedad los desaprensivos Procopios que acogen solícitos y malvados, encumbran, a esos individuos estigmatizados y que viviendo parasitariamente en el organismo social, le aniquilan y consumen todas sus energías: con gentes de esa ralea forma Procopio Diputaciones y Ayuntamientos; de ellos se nutre la admi-

nistración pública; ellos figuran en las Juntas de beneficencia, en las Cámaras agrícolas, industriales y de comercio; y hasta invaden los Tribunales de Justicia, arrebatando así al ciudadano todo margen de defensa, toda garantía de reparación.

* * *

Pues todavía mayor que este, con ser muy grande es el perjuicio que a la Sociedad irroga Procopio con el segundo grupo de adeptos.

Hállase este constituido por individuos sanos de corazón y de espíritu, naturalmente inclinados al bien, con un justo concepto de la dignidad y el honor; dotados de conciencia ilustrada y recta que les señala la senda del deber y les orienta hacia la perfección moral: Jamás, de suyo realizarán acciones que desdigan del hombre honorable; ni causarán a sabiendas un mal grave al prójimo; hallándoseles por el contrario propicios siempre para hacer justicia, otorgar merced o prestar servicios.

¿Cómo entonces explicar que personas de semejante talla moral figuren en el innoble grupo de los *procopiófilos*?...

Los unos porque, apáticos y perezosos, algo abúlicos, un poco quizá desconfiados de las propias fuerzas, con ese sentimiento de la pequeñez del yo que se ha llamado *micropsiquia*; y alucinados por Procopio que no se les apareció al principio en su verdadero ser rufianesco, acudieron a él y de él obtuvieron merced o ayuda, viéndose así ligados por el agradecimiento, lazo el más fuerte para las almas elevadas y nativamente nobles.

Otros porque creyeron que nunca habían ellos de llegar a complicarse en las acciones indignas y procedimientos rastreros si es que eran ciertos procedimientos tales, lo cual no intentaron averiguar; no, que ellos firmemente resueltos se hallaban a mantenerse impávidos en el recinto del deber y de la dignidad; que para ellos no

tuvieran exigencias incompatibles con el honor de caballeros, ni con la fé de cristianos; podrían, si, demandarles, y gustosísimos deferirían ellos a la demanda, el que se sacrificasen ellos y sus propios intereses; mas que nadie osara proponerles ir más allá; ¡ah, no; ni por soñación ¡quedárase eso para los ruines, los de alma abyecta; que ellos bien alto habían de proclamar siempre su altiva y gallarda independendia y tenaz oposición a todo lo injusto y poco digno!...

Y los infelices eran sinceros, lo creían realmente así; se figuraron, ilusos que podrían pasear su túnica inmaculada por entre el cieno sin que éste les salpicara... Cometieron la primera falta desoyendo el dictamen de la razón que les aconsejaba averiguar lo que de cierto hubiera en las tropelías e indignidades de Procopio: y si las supieron o sospecharon, incurriéron en el pecado de orgullo y soberbia presunción, por no hacer caso de la sabiduría popular: «Dime con quién andas...

¿No adivináis la lenta y continua labor de perversión moral realizada sobre esas almas nobilísimas, selectas, que habrían tal vez alcanzado las cumbres más altas de la perfección humana si su desdicha no les hubiera puesto en las garras de un Procopio, si hubieran hallado otro cacique menos indigno y vil?...

Todo halagos en los comienzos; todo mieles; pláces por su altivez y honrados propósitos: «Hombres como V., dícele confidencial y expansivo Procopio, es lo que yo he buscado siempre para que me ayuden y representen; sin que hasta ahora consiguiera encontrarlos; que no es posible imaginar las amarguras por que hemos de pasar quienes como yo, alentando nobles anhelos, hemos de soportar y valernos de instrumentos tan viles y groseros; pero a bien que con la ayuda eficazísima de usted y con su ejemplo, pronto lograremos la dignificación... Tenga, tenga todavía un poquito de paciencia, hasta que en día no lejano, así lo espero, podamos echar

por la borda a todos esos parásitos que viven de mi buena fama y medran a mi sombra; mientras ese suspirado día llega, sopórtelos cual los soporto yo y pase por sus trapacerías, como yo paso».

He ahí la segunda falta y claudicación: vese nuestro hombre forzado a tolerar sin su honrada protesta las mayores infamias; ¡serán las últimas!; tanto más cuanto que el mismo Procopio parece condenarlas iracundo y fiero...

Ignorando el infeliz que la insaciabilidad es una característica de toda pasión que jamás se aquieta haciéndola concesiones, observa con espanto y dolor al principio, frío e indiferente a la postre, que tras las primeras abdicaciones de la dignidad y el deber vienen otras y otras, disfrazadas primero tras sonoros nombres de altruismo, de necesidad imperiosa, de soberana imposición, de exigencias supremas de la política; sin el menor recato luego, cuando ya se ha logrado corromperle, poniéndole en la imposibilidad de retroceder, porque la obra de perversión se ha consumado, convirtiéndole en uno más.

Y esto, esto es lo más horrible, estas las consecuencias más funestas del caciquismo procopiesco: la corrupción y el invilecimiento que en torno de sí difunden: asusta e indigna el pensar en esa serie incontable de hombres que por sus cualidades nativas pudieron mantenerse dignos y honrados, enorgullecer a los suyos y contribuir al progreso de su país y que por culpa de esos tales Procopios, se trocaron en los seres más perjudiciales para el perfeccionamiento de la Raza.

* * *

Eso era asimismo lo que, a juicio de Zósimo, muy difícilmente alcanzaría perdón; y tan persuadido de ello estaba nuestro generoso amigo, que, según sus papeles nos cuentan, en horas de exaltación y de insomnio asal-tábanle visiones terribles, horrendos vislumbres del porvenir de Procopio, a quien creía él ver tendido en el lecho

próximo a rendir su espíritu, entreoyendo apenas las solemnes últimas maternales deprecaciones de la Iglesia: *Quidquid per locutionem per gressum deliquisti.....*

Y tras aquellas pupilas vidriosas, inmóviles, dice Zósimo; y bajo aquellos miembros, rígidos ya, e inertes, entre la consternación y reprimidos sollozos de los circunstantes, paréceme ver al alma de Procopio, debatiéndose temerosa ante lo que le aguarda; pretendiendo asirse al recuerdo grato y confortador de algunas buenas acciones dispersas en su vida; sin conseguirlo porque esa vida suya va pasando entera desgranando los días, con sus ambiciones mezquinas, sus villanías sin nombre, sus ruines venganzas y la endiosada soberbia, la codicia desmedida, el grosero egoísmo, todas sus malas pasiones esquematizan y toman cuerpo en animales inmundos que le acosan sin sosiego, recordándole el robo aquel (que entonces no se usan eufemismos ni paliativos), el atropello, la prevaricación, el abuso de confianza, la calumnia, el dolo, la malversación; sin faltar las omisiones: el bien que, pudiendo, dejó de practicar, los consejos sanos que despreció, las injusticias que toleró, los atropellos de que con su silencio y por su interés se hizo cómplice; el perdón que negó a quien humilde y de hinojos se lo demandara. .

Ello no bastando, todavía al final, en macabra procesión monótona, ve con espanto desfilan ante él ininterrumpida serie de hórridos espectros descarnados, que entreabriendo las plúmbeas vestimentas ígneas para mostrar sus muecas y contorsiones de dolor, dicenle fatídicos con palabras que semejan aullidos de lobos famélicos:

«Yo fui Andrés, aquel sin ventura que, seducido por tus oropelescas galas se acercó a tí, cediendo en mal hora a tus plañideros requerimientos; aquel abogado obscuro mas soñador de éxitos resonantes y magníficos en el foro, en la tribuna y en el escaño; henchido su corazón de anhelos redentores; ansioso de poner sus talentos

al servicio de los semejantes, altivo y digno, vino a dar en tus garras, que le despojaron de su candor, que le arrancaron uno a uno los férvidos entusiasmos generosos, las nobles iniciativas... Por tí me cubrí de ignominia; por tí se encanalló mi alma; para servirte y complacerte, despojé a la viuda y al huérfano, perseguí al inocente, soborné jueces;... al servicio de tus bajas pasiones me obligaste a poner mi elocuencia y el prestigio en lides cruentas conquista to... Tú que así me envileciste y degradaste, ¡ma'dito, maldito, cual yo, de Dios seast!.. ..

Aquel Dionisio soy que, viviendo vida plácida y retirada, atento, sin codicias, a mis lícitos negocios, sólo curando de sembrar el bien y llevar venturas y contento a cuantos me rodeaban; fuí por tí sacado de la obscuridad con falaces promesas de mayores y no inhonestas bienandanzas; por tí, por tus escalonadas exigencias, abandoné el recinto de la virtud y caminé los tortuosos senderos del vicio y el deshonor; por tí, sierpe venenosa que me infiltraste tu veneno, mis ambiciones se hicieron desmedidas, se desbordaron mis pasiones y mis instintos sacudieron el freno de la razón; por tí y para el encumbramiento tuyo atropellé, vejé, escarnecí, hollando aun lo más sagrado y respetable..... Tú, que me mancillaste, arrojando al surco, donde, hasta conocerte, sólo germi- nara el trigo bienhechor, la mala simiente de las concupiscencias, la cizaña de las codicias vergonzosas, ¡maldito por una eternidad te veas!.....

Con qué orgullosa y legítima satisfacción profesaba yo mi Arte, mi arte generoso y altruista combatiendo la enfermedad, llevando consuelos al triste, esperanzas al acongojado, bálsamo al doliente y socorros al desvalido, sin más aspiración ni otro anhelo que los de poder legar a mis hijos, con un nombre venerado, un ejemplo sin tacha, que imitar..... ¡Maldito de Dios y de los hombres, el seductor infame, tú, que, con halagos de sirena, viniste a turbar la tranquila quietud de mi espíritu; y, uniéndome

al carro de tus miserias, me obligaste con ofertas, acaso incumplidas para escarnio mayor, a prostituir mi profesión, forzándome a informar contra mi conciencia: ¿te acuerdas? Si aquel desventurado languidece en presidio, execrando a la Sociedad y tal vez renegando del Dios de las misericordias, al informe que, inducido por tí, yo diera, se debe; como a los informes que tú, déspota, me exigiste con amenazas, es debido que esotro empedernido criminal prosiga en sus fechorías, alardeando cínico de su impunidad... ¡No haya, no, perdón para tí!...

Siempre al servicio del bien mi pluma, toda noble causa tuvo en mí denodado paladín; satisfecho y en paz la conciencia, tranquila veía deslizarse la existencia sin conocer los sedimentos amargos del remordimiento; que nunca se emplearon en el mal los dones que Dios me otorgara... Te ví; tus promesas me sedujeron y... ¡confunda para siempre Dios al protervo que trocó mi pluma en incensario de sus malas acciones; que nunca conozca la paz el impío que me degradó forzándome a injuriar y calumniar a sabiendas y para servir su interés!

Justo padecer el eterno padecer mío, que, abyecto, a tus perversas exigencias me sometí; y toleré, vil, tus tropelías incontables, prestándome dócil a tus caprichos que la Ley de Dios claramente condenaban; mas, ¡ay, del que a robar me indujo, dejando la mínima parte para el autor material; ay, del que me empujó a dilapidar los bienes a mi custodia encomendados, acallando mis protestas con blandas palabras; ay de aquél por quien en grillos me veo; malhaya para siempre jamás; tortúrenle eternamente las incansables Furias!

Y en fila inacabable prosigue el fúnebre inflexible cortejo; y, cual jauría de perros ladrones, pasan jueces y funcionarios, artesanos y señores, lanzándole al rostro entre aullidos de implacable rabia, no sólo el mal que por su culpa, en el mundo hicieron, sino el bien que dejaron de practicar y habrían practicado, si su mala ventura no

les pusiera en contacto, en contacto envilecedor y para ellos tan funesto, con Procopio...

Con aquel Procopio que ahora yace inerte, mudo, desamparado de los hombres, atenaceado furiosamente por la propia conciencia, y, lo que peor es, sin atreverse a llamar en su ayuda a Dios, olvidado ya por completo de los caminos que a El llevan... y así, contumaz y desesperado rinde su alma; al tiempo que allá en las alturas parece sonar el eco de la tremenda definitiva sentencia:

!!!Discede a me..... maledicte...!!!





CAPÍTULO IX

REMEDIOS

Cómo puede destruirse el caciquismo.—Si es posible educar cívicamente al pueblo.—Lo que debiera comprender esa educación.—Actuación de los órganos directores.—El caciquismo de Procopio.—Armas defensivas y ofensivas.—La unión.—Lucha individual: Sus condiciones.—El apoyo a toda campaña justa.—Necesidad del contrapeso.—Sofismas en favor de Procopio.—Cumple tu deber y no te preocupe el resultado.—Necesidad de combatir a los amigos de Procopio.

Fácil relativamente es la labor hasta aquí realizada, y por fácil hube yo de acometerla; denunciar el mal, mostrar las llagas y aun hacer la historia clínica de la enfermedad, siguiéndola en su génesis y desarrollo. Bien o mal — más mal seguramente que bien, — hemos dado cima a nuestros propósitos. Si al terminar el anterior capítulo hubiéramos estampado el clásico, *Finis*, y a ello en verdad nos inclinábamos, no creeríamos haber realizado obra del todo inútil; aunque fuera insuficiente, por no formular los planes curativos.

Hemos querido sin embargo, redondear el trabajo exponiendo nuestro parecer acerca de los remedios más eficaces y oportunos para extirpar el caciquismo o atenuar, al menos, sus perniciosos efectos, haciendo la declaración previa de que ni remotamente abrigamos la

pretensión de acertar, allí donde tantos y tan buenos han fracasado, sin duda por lo muy hondo del mal, lo inmensamente vário de sus manifestaciones y la extrema complejidad de sus causas.

*
*
*

Ya en otra ocasión creemos haber comparado al caciquismo con un árbol gigantesco y rebosante, por desdicha, de vitalidad, cuyas raíces se hunden y esparcen por entre las más bajas capas sociales, en el pueblo; y cuyas ramas alcanzan las mayores alturas: recogiendo acá y allí los elementos necesarios para su conservación y desarrollo.

Quizá el simil no sea del todo ajustado a la realidad, pero nos agrada y le estimamos suficiente y apropiado para dar mayor claridad a nuestros conceptos; conveniría acaso agregar para mayor exactitud, que nos representamos el inmenso árbol desprovisto de frutos aprovechables y hasta sin sombra benéfica y protectora; sin que parezca necesario añadir que cuando el caciquismo es el de los Procopios, su sombra es, cual la del manzanillo, funesta y letal, en todo el radio de su acción.

Ese árbol que con su robustez y lozanía absorbe y monopoliza los elementos vitales todos que precisarían plantas más humildes quizá, pero más fecundas en beneficios, y que merced a aquella absorción y monopolio viven desmedradas y raquíficas, ese árbol, decimos, puede morir.

O por medios rápidos pero violentos: una conmoción geológica, un rayo del cielo o una devastadora inundación; a lo que respecto del caciquismo correspondería en el orden social, la muerte del cacique o los cataclismos que son registrados por la Historia o los trastornos de las revueltas interiores; y claro está que, por razones muy obvias para todos, no hemos de ocuparnos aquí en esos remedios contra el caciquismo.

O privando al árbol y al caciquismo de las raíces que extienden en el suelo popular y les procuran elementos indispensables de vida.

O despojándoles por todos los medios posibles de hojas y ramas, que a su vez les suministran recursos no menos indispensables y precisos.

*
**

Cuanto al primer remedio de ir al pueblo para ilustrarle, haciéndole ver cuál es y dónde se halla su conveniencia; suscítase una cuestión previa: ¿Es posible hacer del pueblo ignaro, y como consecuencia abúlco y perezoso, un pueblo de ciudadanos plenamente conscientes de sus derechos, de sus deberes y de sus intereses *verdaderos*, y dispuestos a ejercerlos y hacerlos valer y respetar?

Dos opuestas y extremas soluciones se presentan; y una intermedia:

Posible y aún fácilmente hacedero; afirman los radicales de la izquierda (adoptamos en beneficio de la brevedad, el tecnicismo corriente). Estos radicales, sedicentes demócratas, sin que hasta ahora hayan precisado bien lo que por democracia entienden, juzgan la instrucción de las clases populares como la panacea universal, soñando con el advenimiento de una edad de oro en que el pueblo, culto ya y ampliamente ilustrado, se gobierne a sí mismo por sí mismo, directa, o indirectamente, pero con conciencia plena.

Completamente utópicas estimamos nosotros doctrinas semejantes; sintiéndonos *harto* más inclinados hacia la posición opuesta, mantenida por la extrema derecha.

Juzgan sus adeptos al pueblo como un rebaño, de algo más elevadas cualidades psíquicas que el de borregos, pero rebaño al fin que precisa de la dirección despótica del pastor; como una colección de seres dotados del *poder* de discurrir, pero dudando de que en el *ejercicio* de esa potencia vayan más allá de lo estrictamente pre-

ciso para los menesteres *individuales o familiares*; mas nunca la ejercitan ni se les juzga capaces de ejercitarla en lo *social*.

Posición intermedia y equidistante de las anteriores vienen a ocupar aquellos que, como Maura (si yo interpreto fielmente sus doctrinas acerca del particular) consideran irrealizable el intento de *ilustrar* al pueblo; pero creen, si, posible *educarle*, dotándole del minimum de cultura preciso para concurrir, aunque de modo elemental y rudimentario, al fin *social*.

Librenos Dios de entrar en la discusión de tan sugestivo tema que hemos mencionado esbozando las soluciones, solamente para decir que, aún admitiendo la posibilidad de *educar* al pueblo en la escasa medida necesaria para sacudir el yugo ominoso del caciquismo, no es labor sencilla y menos aún tan rápida y pronta como fuera deseable.

Mas por lenta y árdua que sea, basta que se la considere posible para que todo hombre de buena voluntad deba esforzarse por contribuir a ella en la medida que sus fuerzas le consientan; y debe eso hacerse aun en el caso, en que nos hayamos nosotros, de no creerla posible (entiéndase que lo que nosotros juzgamos moralmente imposible no es la formación individual y familiar, sino la social); ya que la acción no es mala, olvidemos en la práctica nuestros pesimismos y trabajemos como si la labor hubiera de ser eficaz.

Dejemos, pues, esto consignado: Debemos trabajar sin descanso por que el pueblo se persuada de que le importa mucho salir de la inercia y pasividad en frente del caciquismo que sustenta.

Y el programa de los trabajos que en ese sentido se hicieran, habría de abarcar los siguientes extremos:

- 1.º Poner de manifiesto, y ello es bien facil, que la inhibición de los honrados y sanos constituye verdadero crimen social.

2.º Hacer patente a todos, cultos e iletrados, (que *todos* lo han menester) que el código de los deberes civiles no comprende solamente los negativos (abstenerse de cualquiera mala acción) sino que es obligación, de estricta justicia en la mayor parte de los casos, el colaborar de modo positivo a la perfección del conjunto; añadiendo que si como individuos es hasta meritoria a las veces la dejación de nuestros derechos, en cuanto miembros del vasto organismo social, nunca o casi nunca es lícito semejante abandono de los derechos.

3.º Intentar que en la conciencia popular penetre el convencimiento de que la responsabilidad por nuestros actos u omisiones no se refiere solamente a las consecuencias inmediatas, sino también a otras más remotas que no siempre percibimos pero que existen, como lo indica nuestro refrán, al atribuir los lodos del hoy a los polvos de antaño; lo que acontece sobre todo en el orden social en el que nada se pierde aunque tarde en asomar a la superficie; y si nos sentimos complacidos al pensar en los beneficiosos efectos que acaso después de la misma muerte se produzcan por una buena acción nuestra; no es lógico ni la justicia consiente que nos desintereseamos de los efectos que produzcan nuestras malas acciones.

4.º Se hace asimismo preciso el descender un poco más de lo que por muchos se hace, a la vida real; y tener en cuenta que la mayoría de los humanos se inspira en móviles egoistas; de interés y conveniencia personales; lo cual aconseja insistir mucho y de muchas maneras en persuadir a todos de esta verdad: La propia conveniencia y el verdadero interés demandan el combatir al cacique y librarse de caciques.

*
* *

Veamos con todo, si será ahora preferible acudir al otro medio de extirpación, atacándole en las ramas, que también lo nutren.

Cuantos escriben o hablan acerca de los problemas económicos y sociales, suelen declararse abiertamente contrarios a la general tendencia, funestísima en sentir suyo, de esperar toda redención y emancipación de los altos poderes, de los órganos centrales y directores, cruzándose de brazos individuos y pueblos y aguardando el codiciado sustancioso maná que calme sus hambres.

Acontece respecto de este particular lo que respecto de tantos otros; que insensiblemente se llega a generalizaciones prematuras y a soluciones simplistas de problemas que ofrecen gran complejidad.

Porque en *algunos* aspectos de la vida social sea cierto que la obra de liberación debe ir de abajo arriba, no hay derecho a inferir que suceda en *todos*; conformes nosotros con que el pueblo no debe permanecer en inerte e infecunda pasividad ante los estragos del caciquismo de que es él la primera víctima; no dejamos por ello de comprender que los esfuerzos del pueblo, si a realizarse llegan, han de ser de muy lentos efectos; el Poder, en cambio, puede llevar a cabo una acción muy rápida y eficaz, *si quiere*; y en esta condicional estriba realmente la dificultad mayor; que suelen los Gobiernos no querer, aunque lo digan, porque del caciquismo viven, en él se apoyan, y por él se encumbran.

No podemos, ni, aun pudiendo, querríamos en esta razón, consagrarnos a especificar las medidas que para el desmoche del caciquismo podría realizar un Gobierno ganoso de ello limitándonos a afirmar que puede hacer mucho, casi todo, bastando a ese fin dos cosas, dicho sea en síntesis suprema.

Una negativa: no apoyar a los caciques; no ceder ante sus exigencias, ni atender sus pretensiones, ni deferir a sus ruegos, suprimiendo de tal suerte ese órgano intermediario—y que aun en el caso de no ser positivamente perjudicial, resultaría así, por su inutilidad—entre el pueblo y la Autoridad social.

Consistiría la parte positiva en aplicar sanciones prontas, efectivas y lo bastante duras para que resultaran eficaces, a todas las tropelías y desmanes que los caciques o sus reitres y auxiliares cometieran contra las cosas o las personas.

* * *

Mas, como no haya sido nuestro propósito el considerar al caciquismo bajo un punto de vista puramente ideal y abstracto; sino que nuestra primordial finalidad, según se sabe, fué la de buscar, perseguir al caciquismo en la realidad viviente y concreta, trataremos de investigar y exponer los remedios que nos parezcan eficaces y de aplicación inmediata, sin perjuicio, como es natural, de aquellos otros reemedios, no menos eficaces quizá, pero mucho más costosos y de resultados más lejanos.

Entre la ausencia de todo caciquismo — hasta la pesadez insistiremos en la doctrina, porque importa mucho — y el caciquismo que hemos llamado menos malo, no puede haber la menor vacilación: debemos elegir lo primero; mas entre ese caciquismo más soportable y el caciquismo de los Procopios, tampoco puede haber duda; hay que preferir aquél y esforzarse y luchar con tesón y denuedo contra Procopio, aunque para ello sea menester apoyar por el pronto y dar circunstancialmente energías y vitalidad al otro caciquismo. Tan elemental estimamos esta verdad que tememos mucho se nos asimile, por exponerla una y otra vez, al bonachón Pero Grullo.

El pueblo, pues, a quien aqueje la desgracia de tener por cacique a un Procopio, viene obligado a combatirle por todos los medios lícitos, sin tregua ni desmayo, en lo grande como en lo al parecer pequeño ..

Eso, tal vez se replicará, es muy facil de decir y nada nuevo con ello se nos dice; lo que se precisa averiguar y ofrecernos son los medios que hemos de poner en

juego para combatirle con éxito; y las corazas y escudos con que debemos precavernos para volver ineficaces sus tiros e inofensivos sus contrataques; que Procopio no olvida generoso, ni perdona magnánimo; y, como se nos ha demostrado, es un verdadero rufián a quien nada detiene si de satisfacer su ambición o sus ruines ansias de venganza se trata; y con harta razón se ha dicho en este libro que el terror y el miedo a posibles represalias constituyen el único aglutinante que mantiene la cohesión entre las huestes de Procopio.

Es pues, en primer término, preciso, se nos procuren recursos de defensa contra sus iras y su voluntad perversa.

*
*
*

El primero y más eficaz quizá de los medios defensivos,—y que puede asimismo servir para la ofensa y el ataque—se halla en la unión, todo lo más extensa, sólida y durable que sea posible.

A un individuo aislado, por muy espléndido que su aislamiento sea, se le arrolla con relativa facilidad; y precisamente por eso, la labor a que los Procopios consagran esfuerzos y energías mayores es a producir la dispersión, a sembrar la discordia; a ahondar diferencias en vez de buscar armonías; a encizañar y enemistar a unos con otros sin respetar ni lo más sagrado: De un Procopio sabe el autor que, codicioso de sembrar recelos y odios entre los adversarios suyos propala constantemente calumnias recíprocas... A'go queda siempre, se dice él; y acierta.

Saben tales Procopios, (sin ser muy probablemente conscientes de ello) que las fuerzas de los hombres unidos más que sumarse, como a primera vista parece, se multiplican; y conviene mucho el insistir en que no es suma, sino multiplicación; casi todos los que defienden la conveniencia y necesidad de asociarse para cualquier

empresa, creen que con ello sólo se alcanza una simple adición mera yuxtaposición de esfuerzos; y que eso constituye grave yerro lo saben ya hasta los propios debutantes en la psicología de las muchedumbres, para quienes el fenómeno de la multiplicación de las energías aparece con evidencia incontestable.

Aunque sencilla, y al alcance de las más modestas fortunas, no expondremos aquí las razones y causas de índole científica que explican el fenómeno; y que se hallan basadas en la ley del contagio y del mimetismo moral; en que intervienen muchos factores de orden psíquico y hasta de un orden puramente fisiológico.

Si, pues, la multiplicación de las energías es cierta; si el esfuerzo de los individuos se centuplica con la unión; y si contra esa unión va siempre enderezada la táctica toda de los Procopios, es indudable que estamos obligados a no perdonar medio de volver estériles sus propósitos, consolidando unión estrechísima.

Y no debemos engañarnos a nosotros mismos, ni tratar de cohonestar nuestra pereza, nuestro egoísmo o nuestro amor propio, diciéndonos o diciendo a los demás que es totalmente imposible llegar a la unión noble y sincera de todos, entrando como tienen necesariamente que entrar en juego tantos y tan diversos y aún encontrados intereses; y siendo como estos intereses son siempre lo que une y separa a los hombres, entre quienes se da con frecuencia suma el hecho, triste y lamentable pero cierto, de avenirse y conformarse a la pérdida de un ojo con tal de que el vecino quede ciego.

Bien sería que la unión se estableciera entre todos, y a establecerla con la mayor solidez deben encaminarse nuestros esfuerzos una vez y otra, persiguiendo cuando menos uniones circunstanciales y para fines determinados; pero en tanto se llega a la consecución de intento tan noble y fecundo, debemos procurar la unión de dos, de tres, de los que sean; que siempre dos pueden y re-

presentan más que uno, pues son dos inteligencias a pensar, cuatro brazos para actuar, y, si ello se precisa, dos bolsillos para soportar la carga; circunstancia esta última que no es para desdeñada.

* * *

Sin perjuicio de ese buscar apoyo, fuerza y aliento en los otros, precisa indicar y fijarse en un nuevo efficacísimo recurso de defensa individual contra desafueros y tropelías de los Procopios; y que por depender como depende exclusivamente de las iniciativas y espontaneidad individuales, no necesitamos contar con nadie para su empleo y aplicación, teniéndose siempre a la mano, sin que disculpas valgan.

Inimaginable verdaderamente es la fuerza y el valor que da el hallarse asistido de la Razón y la Justicia para las empresas que el Deber, la Dignidad y el Derecho nos fuerzan a cometer.

Esa fortaleza repercute y se deja primeramente sentir en la propia conciencia del luchador; el saber que luchamos por una buena causa, que somos los paladines del *secum cuique*, nos proporciona una entereza, una tranquilidad de ánimo incomparable y muy digna de envidia.

Puede suceder y sucede que momentáneamente la injusticia y el atropello nos hieren y contrarían; mas no tarda en sobrevenir la reacción y alzamos la frente, altiva; serenos en medio de la tempestad que sobre nosotros surge desencadenada sin que nos infunda pavor; puesto que al sufrimiento y al dolor nacimos condenados, preferible es que los dolores sean producidos por la defensa de causas nobles; pues esos dolores no se doblan con los del roedor remordimiento que deja posos amargos en la conciencia.

La conciencia de combatir por el Bien nos procura asimismo una gran confianza en el éxito final, aunque veamos sucederse ininterrumpidos los fracasos; que

siempre acaba la justicia por triunfar; y bien sabido es de todos cuán conveniente sea para vencer la confianza y la seguridad en la victoria.

Granjéase además quien lucha por la Justicia, la estima y consideración de todos los honrados, por indiferentes y alejados que de la contienda quieran permanecer: no todos quizá se atrevan a exteriorizar *coram populo*, el aplauso y la simpatía que las actitudes gallardas despiertan en ellos; pero de uno ú otro modo, por este o aquel conducto, al luchador llegan incesantemente, plácemes y alientos y aun ayudas generosas; que no es la humanidad entera tan egoísta que no se encuentren todavía algunos nobles y desinteresados caracteres, que con sus estímulos contribuyen poderosamente a refrescar el ardor, obligando a sacar fuerzas de flaqueza.

Algo de todo ello sabe muy bien el autor de estas líneas, quien tenaz en su propósito de permanecer lo más objetivo posible, no exhibirá los conocimientos por la propia experiencia adquiridos.

Hay más todavía, vejado lector; y debe insistirse mucho en este aspecto que es interesantísimo. Por limitada que tu experiencia sea habrás aprendido ya, que aquel que sabe defenderse y atacar cuando el caso llega, que debe llegar con frecuencia por las necesidades de la propia defensiva, ese, es respetado y temido: No hay sino haber enseñado los dientes, y aun hecho alguna vez presa en las pantorrillas, para que a tu aproximación las gentes te hagan, ¡tus; tus! o salgan pies en polvorosa; ¡guarda que es podenco!...

Siempre habrás visto tú que quienes se abajan y aquietan más, los resignados, los apáticos, los tímidos, son las víctimas por los Procopios preferidas; al paso que son considerados o temidos (y tratándose de Procopio, el inspirar temor es cosa muy saludable) los que altivos han sabido hacerse valer y mostrar que no impunemente se les atropella o maltrata. Ahora que para ello y para

que no tengas que avergonzarte ante tí y ante los buenos, es menester:

1.º Que tu causa sea justa; y creería inferir injuria grave a tu honradez, si aquí me detuviera a poner de manifiesto que nunca es lícito batallar por la injusticia; y que tus actos deben ir siempre informados en el Código de la Moral eterna.

Pero lo que sí conviene recordar, aunque para muchos no sea tal vez necesario, es que para la justicia de la causa se requiere no sólo la bondad y licitud del objeto, sino la intención recta y el empleo de medios dignos y permitidos; sólo reuniendo todas esas condiciones podrás disfrutar de la debida tranquilidad de conciencia.

2.º Que para el advenimiento del triunfo no debes limitarte a la protesta platónica, perfectamente estéril; a inocentes desahogos en el seno de amigos o deudos que traen aparejado otro efecto que el de consolar las aflicciones, compartiéndolas; y que no te pares e infecundices tu actividad ante las condicionales: «si no fuera por... si Dios quisiera que... si yo tuviera...» Hay que ser audaces, y la audacia no fué nunca la temeridad; no temas, no, lector pecato, te aconseje caer en el ciego impulsivismo por huir de la abulia: medita, sí, y reflexiona serenamente antes de la decisión voluntaria; pero una vez decidido, tras el dictamen de tu razón, fuera vacilaciones, y a la acción, con todo empeño.

Y a la acción has de ir sin timideces, ni reservas; a todo dispuesto, sin economizar ni uno solo de los recursos que para batir al adversario, Procopio, puedas haber a la mano, siempre, según advertimos que sean lícitos; no te contentes, no, con el empleo de uno o de dos, si te es dado emplear media docena; pues de ordinario, los unos sirven de ayuda a los demás.

3.º Que si no lo poseyeres por naturaleza, procures adquirir a todo trance, un poco, muy poquito espíritu de sacrificio; alguna grandeza de ánimo, para soportar tal

cual provocación, sobrellevar ciertas contrariedades, hacer cara a los fracasos que no dejarán de presentarse, sobre todo al principio; que no se suele vencer a la primer embestida.

Constituye a juicio nuestro una característica de los tiempos que corren, el miedo al esfuerzo y al sacrificio; no estamos endurecidos, no se nos educa y se nos forma para el sufrimiento; y eso que el sufrimiento es ley inexorable de la vida; y eso, sobre todo, que el sufrimiento (no necesitaremos especificar qué suerte de sufrimiento sea ese) nos eleva, nos ennoblece, depura nuestras facultades superiores, nos da virilidad, fortaleza, nos vuelve, en suma, mejores, más altruistas y abnegados.

Tú, pues, procura no ser del número de aquellos que miden con igual rasero todos los dolores, sin distinguir entre los que son producto de nuestros vicios, y los que se derivan como consecuencia fatal de nuestra degenerada naturaleza; y no temas a estos últimos dolores, ni retrocedas ante ellos, desistiendo, cobarde, de altas empresas a donde el Deber te llama; no mereces llamarte hombre, si no has aprendido a hacerte superior al dolor, a sujetarle y dominarle haciéndole servir para tu perfección y mejora....

Tal vez, lector fatigado, —¿cómo no hallarse fatigado ya a estas alturas y con compañero como yo?— tal vez me halles un poco demasiado asceta; y acaso, acaso, hasta insincero, con esta *askesis* mía; yo te fío que cuanto del sufrimiento te digo no son ideas abstractas y frías, tranquilamente elaboradas en mi cerebro; he puesto en ellos, créeme, el calor del sentimiento; te hablo por propia experiencia, y como he hecho por mí la prueba de que el dolor en la realidad, es menos temible que en la imaginación, y de que no es capaz de arrebatarte la dicha; por eso es mi empeño tan tenaz en prevenirte contra los daños imaginados, y en darte fortaleza para que sin temores indignos de hombre, arremetas denodado contra Procopio.

4.º Que lo mismo para la iniciación de la campaña anticaciquil que para todas las incidencias de alguna entidad que durante ella surjan busques el consejo de los prudentes y discretos; y el apoyo asimismo de aquellas personas que estimes han de prestártelo gustosos.

Porque comprenderás sin esfuerzo que si en las cosas de poca trascendencia puedes contentarte con las reflexiones de tu propia mente, para los momentos supremos o de crisis, fuera soberbia presunción en tí, fiarte de tu solo consejo; y tus solas luces por muy claras que pudieran ser.

Ahora que creo deber hacerte una advertencia de mucha cuenta, en la elección de consejeros: Además de prudentes, según de ordinario se entiende la virtud de la prudencia, y de sinceros y desinteresados, buscarlos debes que se hallen íntimamente persuadidos de algo que aquí mismo hemos indicado como no muy abundante; que estén penetrados de la necesidad de cumplir deberes sociales *positivos*; de que no nos hallamos en el mundo y viviendo en el comercio de los demás hombres, sólo para no hacerlos mal con nuestras acciones; sino que naciendo como hemos nacido deudores de nuestros antepasados muertos, que nos legaron un patrimonio moral que hemos de conservar incólume; de nuestros descendientes futuros, a los que, sin mermas, antes acrecido con nuevas adquisiciones, debemos transmitir el legado; de nuestros coetáneos, que tienen derecho a que en una u otra forma les devolvamos los servicios que ellos nos prestan a diario...

Porque siendo así, esos tus consejeros no te inducirán a permanecer en inacción vergonzosa cuando te ves vejado y escarnecido por los Procopios, antes te incitarán a rechazar con toda energía las agresiones injustas a tus bienes morales o materiales.

5.º Condición asimismo precisa para que, ecuánime, arrostrés los contratiempos, y te hagas legítimamente

temible, es, que no cejes en la campaña hasta la victoria definitiva; no contentándote con triunfos efimeros y momentáneos, que ni dejan maltrecho a Procopio, ni patentizan tu gallardía y ardimiento.

Tampoco, por un exagerado amor a la paz, debes allanarte a bochornosas treguas; ni abandonar el campo antes de que el adversario se haya confesado vencido; y puedas tú ufanarte con los trofeos de la victoria; no ciertamente por una mezquina satisfacción de amor propio, ni aun por afán de lucro, sino por un loable sentimiento de equidad y de justicia.

* * *

Algo más quizá de lo debido nos detuvimos en la exposición del segundo de los recursos defensivo-ofensivos contra el *procopismo*; y si lo lamentamos es solamente por el enfado que al lector—ya quizá de vuelta, cuando nosotros emprendemos el viaje—le haya podido causar. Trataremos de ser más breves al ofrecer el tercero y último de los recursos generales que reputamos eficaces para socavar los cimientos haciendo que se derrumbe con ejemplar estrépito el edificio caciquil.

Consiste éste, en síntesis, en apoyar toda campaña justa que contra Procopio se emprenda.

Contamos para este caso con una nada despreciable ventaja: la de que *a priori* puede casi asegurarse que toda empresa acometida en contra de los Procopios es siempre justa. Ciertamente que en realidad ello podrá constituir una muy fundada presunción, pero no certidumbre, y necesitamos de esta para avanzar con la conciencia tranquila; por lo cual venimos obligados a comprobar la suposición apriorística con el examen sereno de los hechos; que ni aun para los Procopios, casi colocados fuera de la Ley, debemos prescindir de las exigencias de la justicia.

Insistamos, pues, en la imprescindible necesidad de

prestar nuestro apoyo, proporcionado a los medios y circunstancias de cada cual, otorgar nuestra cooperación cálida y fervorosa a cualquier campaña, emprendida contra Procopio, con tal solo de que sea *justa*.

El primer obstáculo con que para tales ayudas y colaboraciones se suele tropezar, se halla en cierto escrúpulo de almas timoratas y un poco idiotas: Sucede en ocasiones que un Procopio, cansado de cometer tropelías sin cuento y sin medida sin haber por ellas merecido la menor sanción, arrollando toda suerte de obstáculos, viene a chocar y estrellarse y a alzar airadas protestas en la conciencia colectiva, por una insignificancia, una nadería. Y esas gentes pacatas y un poco necias pretenden discurrir así: ¿No es injusto que habiéndole dejado pasar sin indignación ni protesta los mayores desmanes, las más enormes inmoralidades; nos indignemos y pidamos la cabeza de Procopio, ahora que su falta es levísima?

Claro es que no todos los que de esa suerte discurren son tontos inofensivos; hay por el contrario entre ellos muchos avisados que apelan al argumento porque viendo malparado y en muy grave riesgo a *su* Procopio, echan mano de todos los recursos para sacarle a flote; y así dicen poco mas o menos: «Por un leve descuido, por un pecado venial, armar todo ese escándalo... Como si otros no hicieran cosas más feas... Hipócritas que así rasgan sus vestiduras y muestran escandalizarse, cuando todos sabemos el odio vil, la baja envidia que sus innobles pechos alientan »

Cierto no es de presumir que ningún discreto pierda el tiempo en discutir con estos *vivos*, ni con aquellos majaderos; y para evitar el contagio bastará recordar, tanto la manoseada imagen de la gota que hace rebosar el vaso, lleno ya; tanto la manera habitual de proceder la Providencia, que, no queriendo la muerte del pecador, deja al parecer impunes verdaderas enormidades, y castiga cuando su día llega, una levísima transgresión.

Para zanjar definitivamente la cuestión, y persuadirnos de que constituye un deber cívico el cooperar a toda campaña anticaciquil y aprovechar cuantas ocasiones se presenten de herir y dañar a Prococio, bastará preguntarnos: ¿Es cierto el hecho de que a Procopio ahora se le acusa? . . . Ese hecho cierto, ¿constituye una mala acción que merece ser sancionada por la Sociedad?... ¿Si?... Pues yo, sumándome a aquel o aquellos que infentan la sanción legal, ejercito un derecho de hombre y cumpto un deber de ciudadano. Y, lejos de detenerme, contribuiré a que mas me enardezca la consideración de que Procopio ha cometido tropelías más graves que han quedado impunes.

Tampoco debe impedir nuestra eficaz cooperación el considerar que tal vez los móviles de quien la inicia no sean de los más nobles y recomendables; que nuestra adhesión no es *al movil* sino que se contrae *al acto*, que si es bueno en su objeto, en su fin y en sus medios nos basta: eso es lo único que nos importa, y a lo único que debemos atender.

Suelen los Procopios y sus adeptos (a los que hayan leído el libro no tenemos que hablarles de la talla moral de Procopio; símbolo como se sabe de (los caciques de peor estirpe) que ante ninguna consideración se detuvieron para obrar mal, suelen, decimos, invocar la hermosa y santa virtud de la Caridad, cuando se les ataca a ellos en justa represalia, de sus criminales atentados; creyendo sin duda que por ser buenos sus adversarios han de ser también un tantico imbéciles; y no han de saber darse cuenta de que la Caridad no debe invadir los dominios de la Justicia; ni quieren tampoco admitir que la Caridad misma exija su castigo, precisamente por ser caritativos para con los prójimos a quien ellos, Procopio y sus secuaces, atropellaron villanamente

Encuéntrense asimismo personas bien dotadas que se inhiben de actuar contra los Procopios y dejan de pres-

tar su apoyo a las campañas justas contra ellos porque piensan que hallándose vedado a los hombres honrados el empleo de todas las armas ilícitas: la calumnia, el dolo, la mentira, etc., vienen a hallarse en situación de inferioridad respecto de los contrarios que usan y abusan de ellas: ¿a qué luchar, pues?...

Preocupación es esta que implica muy craso error: Verdad es que con el empleo de armas propias de rufián se obtienen triunfos momentáneos más aparentes que reales; pero los definitivos y ciertos pertenecen a los que luchan con armas permitidas, si cuentan como auxiliares a la Razón y la Justicia.

Lo que sucede con lamentable frecuencia es, que, por unas u otras causas, los anticaciquistas no emplean *todos* los recursos disponibles; entre los cuales el de mayor eficacia y el menos costoso, si con tenacidad y alguna discreción—muy poca es precisa—se aplica es el de la *publicidad*, en todas las formas posibles. El procurar que las hazañas de Procopio lleguen a conocimiento de cuantos más se pueda; y principalmente de los Jefes y protectores es verdaderamente decisivo.

Y no es para ello menester, servirse de la Prensa, aun cuando mucho convenga; basta con hacer un relato circunstanciado, con fechas, datos y pormenores, documentado si posible, o indicando las fuentes de información; y enviarle a aquellos que sostienen y ayudan a subir a Procopio; y los cuales, muy de ordinario, viven completamente engañados acerca de la moralidad y procedimientos que Procopio usa en su feudo.

Podrá acaso acontecer que la vez primera no se obtenga el apetecido resultado; pero, *gutta cavat lapidem*; un día y otro, por diversos conductos, de distintas procedencias; solicitando el consejo y aun la dirección de personas prudentes, para no incurrir en el defecto de la ampulosidad, de contar niñerías, o cosas indemostrables; si se hiciere con discreción acabará por conseguirse el intento.

Necesidad del contrapeso

He dejado, lector amigo, de hablarte de la mejor coraza, del escudo más apropiado para que tras él te resguardes y halles amparo contra las acometidas y demasías de Procopio; y como le atribuyo excepcional importancia, he querido llamarte sobre él la atención, consagrándole párrafo aparte y un epígrafe especial; a fin de que desde el principio adviertas las preferencias con que, yo al menos, le considero.

En la mayor parte de las provincias, la influencia política, el poder y la dominación se hallan repartidos entre varios personajes de distintas opiniones y que suelen militar en partidos o grupos diversos.

Ello es causa de que el caciquismo en esos sectores no llegue nunca a ser un caciquismo procopiesco, toda vez que los unos a los otros se contrarrestan y anulan, y aun cuando acontezca—y no es nada raro—que ellos se entiendan entre sí para contrariarse, ni hacerse encarnada guerra; siempre constituye una base explícita ó implícita de la tregua o la concordia el respeto recíproco a los amigos del adversario. Aun los propios caciquillos rurales suelen de esa suerte tener atadas las manos y no pueden extremar sus ataques.

Mas no todas las provincias se hallan en esas circunstancias. Debido a causas que, por el pronto no nos interesan, hay provincias o regiones que se hallan por entero sometidas a la voluntad de un solo hombre que manda y dispone a todo su talante; faltando por tanto el conveniente contrapeso que implica *algunas* garantías de justicia y de respeto.

Cierto, no todos esos grandes caciques son Procopios; que algunos gozan de esa hegemonía por muy legítimos y respetables títulos: abolengo, talento, alteza de miras, posición; y usan de ella con el comedimiento que cumple al hombre bien nacido.

Nada pues, diremos aquí de ellos, para contraernos a los Procopios que, sin la menor justificación en sus prendas morales ni aun de mentalidad, sólo por sus malas artes han asaltado y asentádose firmes en el puesto que ocupan, introduciéndose cual serpientes por una rendija o aprovechando como el murciélago el ventanillo dejado abierto; y que han conservado su preponderancia y dominio no sólo por el cobarde desistimiento de unos y la perezosa inhibición de otros y la falta de virilidad de todos; sino, y en lo que al Procopio se refiere, por la traición como la raposa, por la hipocresía como el lobo, por la sorpresa cual la pantera, por la perfidia como el tigre y por el terror cual el león.

Para los infelices sometidos a la férrea disciplina de Procopio; y, mejor que a la disciplina, a sus despóticos e irrazonados mandatos, a sus rufianescas venganzas, a su vil y vergonzosa dominación, es para quienes vamos a indicar el medio de defensa más eficaz, más práctico e inmediato y con menores riesgos.

Buscarle contrapeso, esto es, darle un contrario a Procopio, alzando sobre el pavés y apoyando con todas las energías y medios de acción disponibles a quienquiera que alce pendones y apellide guerra contra el insupportable cacicato que anula la ciudadanía.

Llegadas las cosas al extremo de monopolizadora absorbencia en las manos de un ente tan despreciable como Procopio, y tan funesto a los anhelos legítimos de libertad, el buen Zósimo no logra descubrir otro medio (de no apelar a la violencia y a recursos extralegales) que este medio indirecto, sí, pero efficacísimo; y el único posible en las circunstancias por que hoy atraviesa la Política en este país: ya que por el momento no pueda acabarse con el *procopismo*, radicalmente, de ese modo se le atenuará, se limarán sus aceradas garras, logrando que resulte menos perjudicial.

Prescindiendo ahora de la sanción ultraterrena, única, verdaderamente universal y proporcionada, hemos de reconocer, en virtud de dictados racionales, confirmados por la experiencia, que aun en esta vida misma son muy pocos los actos humanos que, a la corta o a la larga, no obtienen alguna sanción, aunque no se halle del todo adecuada a la malicia de las acciones; que así como no se violan impunemente las leyes de la naturaleza física, tampoco halla impunidad completa, aquí mismo, la violación de las leyes morales y sociales; la cual encuentra sanciones naturales, de la conciencia y de la opinión pública.

Porque ven que los días pasan sin que se produzca la explosión de la protesta airada colectiva, comienzan a tranquilizarse los Procopios; y, desechado todo temor, se desvanecen los postreros escrúpulos; perdido ya el freno de la razón, se desbocan y arrollan en su ciego frenesí, cuantos obstáculos les salen al paso; «alegres y confiados,» no tienen miradas para el ayer y se fingen un porvenir rosado, esplendoroso, rebotante de delicias y apoteosis triunfales, oyendo las estruendosas aclamaciones de muchedumbres enloquecidas

Nunca aprendieron, o no quisieron nunca persuadirse de que en el mundo moral y social (más todavía que en el mundo físico) nada se pierde, nada queda a un lado para perecer y consumirse en el olvido; la conciencia, la Sociedad, —del mismo modo que las células en el orden fisiológico, y Dios para las justicias supremas, — todo lo registran, todo lo almacenan, para servirse de ello algún día, el menos esperado. Los odios y rencores que Procopio hace germinar; los anhelos de emancipación que comprime y cree sofocar, vanse acumulando en el fondo; y como permanecen callados, latentes y dispersos, o no son percibidos, o no se les concede la menor importancia; hasta que un día, de improviso, (de improviso para los superficiales y descuidados, no para los que atentos

y perspicaces siguen el curso de los sucesos) el acontecimiento en apariencia más liviano, provoca la explosión: Un hombre, aquel quizá que no suscitó ningún recelo por juzgarle inofensivo, lanza el grito de rebelión, que halla eco inmediato en las masas, que, aclamándole caudillo, se apiñan en torno de él; y, apercebidas las armas, se aprestan a la batalla cuyo anuncio sorprende a Procopio en las ociosas delicias de Cápua...

Claro que, pasado el primer instante de sorpresa y desorientación, apresúrase Procopio a convocar a sus leales y pasar revista a sus huestes; abonando los atrasos a sus mercenarios, a quienes promete, para el día siguiente al de la victoria, horas muchas de saqueo a costa de los vencidos: Entonces, y como note el escaso ardimiento de sus partidarios y las muchas defecciones, prodiga sonrisas, recurre al halago y la seducción, se abaja, da toda suerte de satisfacciones, propone enmienda y cambios radicales de conducta y procedimientos; todo, todo lo que juzga conveniente para disipar recelos, enardecer entusiasmos y nutrir las filas.

Ocurren los primeros encuentros; ligeras escaramuzas, con varia fortuna: un plan, largo tiempo acariciado, que se desbarata; un periódico que sale a la palestra para combatirle fiero; unas elecciones que pierde él o sus amigos; todo ello y otras cosas, dando bríos al adversario, perturba a los suyos que nunca hasta entonces conocieran la derrota; y Procopio, atortolado, inquieto comienza a vacilar y desorientarse y solicita treguas, quiere pactar armisticios, pero en secreto, sin que los suyos se enteren para que no cunda el pánico y se inicie la desbandada; y aún, llamándose a engaño, vuelvan los suyos contra él las armas mismas que Procopio pusiera en su mano.

Este es el momento supremo en el que la Provincia, que tanto tiempo gimió bajo Procopio, puede sacudir el yugo y redimirse de la abyección; en momentos semejan-

tes, el deber, un deber inexorable, incondicionado, exige a todos los ciudadanos o salir de la pasividad indiferente en que hasta entonces acaso vegetaran, o el romper las cadenas que a Procopio le han tenido sujeto.

La afirmación que hacemos es, según se ha visto, terminante y categórica; sin la menor restricción. Todos, absolutamente todos los hombres *sui juris*, se hallan obligados en conciencia, como individuos y como miembros sociales, a colocarse con toda resolución frente a frente de Procopio, ayudando, como es consiguiente, a aquel que emprendió la obra de liberación de todos.

Cándidos en demasía fuéramos contando con que íbamos a ser atendidos por *todos*, pese a estar *todos* ciertos de que el deber demanda aprovechar la ocasión que se presenta para dar fin al odioso y odiado caciquismo de Procopio (pues a nadie, fuera de los interesados que hicieron almoneda de la dignidad, se le puede ocurrir que deje de ser funesto semejante caciquismo); a pesar de ello, decimos, habrá muchos que quieran inhibirse de la lucha y permanecer equidistantes de ambos bandos; no por otra razón sino por egoísta afán de comodidad o por exagerado temor a posibles represalias de Procopio.

Por si ello pudiera servir de algo, aun cuando no abriguemos grandes esperanzas, intentaremos poner ante ellos de manifiesto que su pasividad constituye un verdadero crimen social; y que las razones con que pretenden cohonestar su actitud son especiosas y sofísticas, que no proceden de la inteligencia fría y serena, sino de la pasión y el interés egoístas y mezquinos.

Empecemos por recordar, — que mucho importa tenerlas constantemente a la vista — las cualidades de Procopio: Mentecato y necio; ineducado e inculto; desleal y traidor a las personas e infiel a las doctrinas; egoísta y sórdido; felón y ruín; soberbio y déspota; rufián y vengativo; absorbente y dominador; corrompido y corruptor; un majadero, en suma, y, lo que es peor, un a. n. o. r. a. l.

Siendo, pues, así Procopio, no puede haber la menor duda de que debemos por todos los medios intentar librarlos de él.

Pero, aquí empiezan los sofismas:

Primer sofisma

Es el caso, dicen los unos, que el nuevo caudillo, el que como libertador se nos anuncia, milita en un partido que no es el mío y profesa un credo político, con cuyos dogmas no puedo hallarme conforme.

Como de ordinario acontece, algunas de las personas que aducen ese argumento, proceden indudablemente de buena fé; podrán acaso incurrir en error del entendimiento pero su voluntad es recta; siendo por ello acreedores a toda clase de respetos; pero hay muchas otras—más, desgraciadamente, cada día - que al exponer razones semejantes no proceden ni mucho menos de buena fé; no creen lo que dicen, saben por el contrario, que su razonamiento es del todo sofisticado e inconsistente, pero tras él ocultan o pretenden ocultar su perversa intención, su egoísmo, los móviles bajos de su conducta antic ciudadana.

Cierto que si el contrario de Procopio (llamémosle Salvador para abreviar) militase en uno de los partidos extremos cuyas doctrinas se hallan explícitamente condenadas por la Iglesia, no podrían en conciencia apoyarle los católicos; pero, ni ese caso se da ordinariamente en España; ni, aún dándose, resulta la cosa tan clara si el tal lucha con un Procopio, completamente amoral y acatólico, y más funesto que otro cualquiera para los intereses sagrados de la Moral y la Religión, como lo es siempre el enemigo solapado, hipócrita y astuto.

Lo más corriente es que Salvador milite como Procopio en uno de esos partidos intermedios que son los que por turno disfrutan del poder; y hartamente sabido es que a semejantes partidos no les separan en realidad diferen-

cias doctrinales, y siendo así, para optar y preferir debemos poner la consideración solamente en las personas y en sus respectivas cualidades morales, y aún mentales para elegir y apoyar al más digno; o, si se quiere, al menos indigno de los dos; y bien poco, nada mejor dicho *positivo*, necesita Salvador para sobresalir y ganar en el parangón con Procopio, de quien nos consta no sólo que carece de buenas prendas, sino que se halla en posesión de las peores cualidades de índole mental y moral.

Argumento según se ve tan sumamente deleznable no puede servir más que para disfrazar móviles y motivos del todo inconfesables: Hallan ciertas gentes muy cómodo y socorrido el *fingir* profesar doctrinas las más radicales, para, resguardados tras ellas, dar gusto a sus bajas codicias e innobles concupiscencias; sabe, por ejemplo, uno *que se dice* jaimista que no es fácil llegue a solicitar su sufragio candidato de su comunión y dice: «No siendo un candidato jaimista, todos son para mí iguales y todos me son indiferentes»; y de esa suerte, cree él poder *subastar* su apoyo y adjudicarle al mejor postor.

Hasta los hay, ¿quién no les conoce y señala con el dedo?, que habiendo logrado encaramarse a los primeros puestos dentro de su partido (por malas artes, engañando con falsos oropeles y fingidos entusiasmos: los hay que apelan al «yo estuve en fi'as; o en las barricadas»; ¡como si el haber sido carlista o republicano honrados hace cuarenta años, cuando aún no estaba del todo corrompido, no fuera perfectamente compatible con su infame y canallesca conducta presente!); los hay, decimos, que no sólo sirven con su persona al Procopio que les ha correspondido sino que venden y traicionan al partido, que en ellos confiara y a ellos se entregó, manejándole a su antojo y haciéndole obrar con arreglo a las conveniencias de Procopio, de quien aguarda espléndida paga que a veces no llega; o lega en más escasa medida de lo que él deseara.

La causa de que en muchas poblaciones hayan perdido la importancia que no mucho antes tuvieron esos partidos extremos, tan entusiastas y disciplinados, se halla principalísimamente en estos traidorzuelos, que por los treinta dineros de algunos negocios o la presidencia de cualquier sociedad que les permite manejar fondos y *darse pisto*, venden a su Ideal y a su Partido...

Esos también son los que prodigan el anterior argumento, cuando... cuando puede salir perjudicado el Procopio a quien se vendieron.

Segundo sofisma

Hombre, dicen otros, de muy buen grado, con alma y vida yo apoyara a Salvador, a quien bajo todos aspectos reconozco y proclamo superior al odiosísimo y vilísimo Procopio; pero... mucho me temo que también Salvador vaya *a lo suyo*; que pasó el tiempo de los redentores abnegados y no creo que a dar la batalla le haya movido el bien mío ni el de los otros, sino su propio interés y conveniencia; y, francamente, me cansa ya figurar eternamente en la recua.

Vamos a colocarnos en el mismo plano de nuestro interlocutor ideal; y vamos a convenir con él, en que efectivamente Salvador, va a lo suyo, y que sólo para servir sus propios intereses tocó alarma y apellidó guerra contra Procopio.

Varias maneras conocemos de *ir a lo suyo*. Una es la de Procopio quien va, *a costa de los otros*, pasando por encima del bien de los otros (del bien moral o del bien material); y es que como Procopio carece de valor *absoluto*, intrínseco, no sabe ni puede laborar *pro domo sua*, sino es arrebatando a los demás su patrimonio, usurpándoles sus bienes.

Otra manera de *ir a lo suyo* es la de los santos, la de los sabios y de los héroes, que han puesto *lo suyo*

en algo inmensamente superior a lo en que la generalidad lo pone; y que exige, o el que ellos se nieguen a sí mismos, o por lo menos que no ocasionen perjuicios a los intereses y anhelos legítimos de sus semejantes.

Un término medio (que por no ser viciosos los dos extremos no representa esta vez la virtud) ocupan aquellos que van sí a lo suyo, pero sin poner obstáculos a lo de los otros; son los que se conforman con el apoyo, con el sufragio de sus coterráneos, sin exigirles además la dignidad moral, la independencia de criterio, nada de lo que Procopio reclama; y les devuelve en trueque el favor bajo forma de servicios, de protección, de agradecimiento; y por último, es magnánimo, no persigue ni acosa al que le niega vasallaje; es... todo lo contrario precisamente de Procopio.

Por otra parte, si dejando de prestar nuestro apoyo a Salvador nos viéramos libres de todo amo, santo y bueno que nos abstuviéramos; pero es que nuestra abstención implica el entregarnos de piés y manos a Procopio, que nos veja, nos escarnece y nos explota como villano que él es.

Tercer sofisma

Muy estrechamente enlazado con el anterior se halla este nuevo argumento con que tratan algunos de justificar su pereza.

Dando, dicen, nuestro apoyo a Salvador enfrente de Procopio no haremos otra cosa que cambiar de amo, contribuir a crear un nuevo y quizá más funesto cacique; y, «más vale lo malo conocido ...» Si se nos dijera y garantizara que saliendo de nuestro aislamiento y lanzándonos a la palestra, acabábamos de una vez para siempre con todo caciquismo, entonces ¡ah! entonces sí que haríamos de luchar con denuedo y coraje; entonces sí que no habrían de ser menester extrañas excitaciones para abandonar nuestra pasiva indiferencia y retraimiento.....

Y algunos que eso dicen, lo piensan realmente; son sinceros; creen de muy buena fe que si las circunstancias fueran esas que pintan, darían un saludable ejemplo de civismo. ¡Dobres ilusos! Son los eternos *ojalateros*, petrificados en su egoísmo; son los misonieistas de todos los tiempos que se estremecen de espanto ante la idea de un cambio de postura; son aquellos que por coger la tajada *de lo mejor* que se refleja en las aguas dejan escapárseles de entre los dientes la en que hicieron ya presa; son los que no pudiendo reposar sus huesos en mullido lecho de blandas plumas prefirieron pasar la noche de claro en claro por no acostarse en el fermentado jergón de posada pueblerina.

Pero son muchos más, los que con ese sofisma intentan justificar sus bajos instintos que hallan más fácil y abundosa satisfacción al lado de los Procopios; y abrigan muy justificados temores de que la caída de su Procopio lleve aparejada indefectiblemente su ruina; a todo trance quieren sostenerle.

Los refranes, cristalización de la experiencia ancestral, necesitan para aplicarse bien, ser rectamente interpretados; y no se interpreta ni aplica bien en este caso el «más vale lo malo...»; en primer lugar porque no es posible haya nada peor, ni siquiera tan malo como Procopio; después, porque al apoyar a Salvador no nos lanzamos completamente a lo desconocido, puesto que algo podemos saber siempre de sus cualidades psíquicas y alguna experiencia podemos haber hecho de sus procedimientos; y por último que, en este caso se trata no tanto de cambiar el cacique, como de buscarle a Procopio un contrapeso, para que no ejerza él monopolio, para que no lo absorba todo en sus manos...

Bien será por lo demás tener en cuenta que, aun en el caso de que con nuestro apoyo contribuyéramos a *preparar* un nuevo cacicazgo, tiempo habría más tarde para impedir que Salvador llegase a rebasar la medida de lo

lícito; el hecho es que al presente vive la ciudadanía oprimida bajo la pezuña de Procopio; y ante todo y sobre todo, importa librarse de él.

Cuarto sofisma

Lo malo es, suspiran medrosos los pusilánimes, que al rebelarnos y ponernos frente a frente del terrible Procopio, si no consiguiéramos la victoria, o hasta tanto al menos que la victoria venga a sonreírnos y liberarnos, las represalias serían verdaderamente tremendas; y habremos de emigrar si no queremos sucumbir; que siempre son los pobres, los débiles, los humildes, quienes vienen condenados a pagar los vidrios rotos.

¡Si usted supiera, agregan los infelices todo temblorosos, si usted supiera las amenazas que ya se nos han dirigido; las venganzas y males fieros con que se nos ha conminado ya!...

Aun en el caso de que la victoria definitiva no llegue tan cumplida como fuera de desear, no habría por qué temer. Ignoran por lo visto quienes tal temen la psicología de los hombres de la talla procopiesca y aun la propia psicología general.

Por instinto al menos de la propia conversación, ya que no racionalmente, que el pensar para él es, según sabemos, función de lujo, advierte Procopio que lo que no aconteció hoy, acontecerá tal vez mañana; que si por una multitud de circunstancias, entre las que se señala como principal la mucha práctica suya y la gran inexperiencia de los adversarios poco avezados y nada curtidos, pudo por esta vez alejar la derrota, acaso mañana, más fogueados y expertos ya sus contrarios, pudieran arrollarle...

No sería, no, desaprovechada la lección para Procopio; quien es seguro habría de cambiar radicalmente de conducta, respecto sobre todo de aquellos que al rebelarse esta vez contra él, demostraron hallarse cansados de la abyección, sentir nobles ansias de independencia y po-

seer ardimiento bastante para intentar conquistársela; gentes de la calaña de Procopio se humillan y arrastran ante los que han sabido hacerse valer por su altivez; y sólo hacen restañar el látigo a las orejas de aquellos que mansamente se dejan *acariciar* las espaldas; a los que les está muy bien empleado.

¡Como que no son pocos los que con el único propósito de obtener de Procopio trato de preferencia, bosquejan gestos de rebeldía!

* * *

No tuvimos un instante siquiera la pretensión de agotar los sofismas y razones especiosas con que los procopiófilos o los amantes del funesto *laissez passer* tratan de cohonestar su adhesión o su inercia; son muchos y muy variados, pues no ha de esperarse que ellos se entreguen sin combatir ni gastar el último cartucho.

Indicaremos solamente uno de los más terriblemente inhidores de la acción y que se oye con muy lamentable frecuencia en este y en muchos otros casos de índole parecida.

¿Qué significación puedo tener yo, pobre de mí, para una empresa tan vasta como la que se intenta?.. soy tan modesto, tan oscuro, tan mísero que mi esfuerzo habría de pasar totalmente inadvertido; y para nada ni en ningún sentido podría hacerse notar. Allá otros de superior valía y representación social serán los que puedan realizar labor eficaz y provechosa para la regeneración colectiva.

No hemos de consagrar espacio para rebatir semejantes afirmaciones cuya inconsistencia salta a la vista: una gota es la vida mía en el Océano de la vida total de la humanidad; pero, ¿es acaso que el Océano no está formado de gotas?...

A semejantes argumentos contesto yo siempre de esta suerte: Los hombres todos tenemos un deber que

cumplir; de nuestra espontaneidad propia depende el cumplirle o no; pero no depende, y por eso no se nos exige que los resultados de nuestros actos sean estos o aquellos; de ello, pues, podemos y aun en cierta medida debemos despreocuparnos; pero de lo que no nos es lícito desinteresarnos es de la parte que a nosotros compete: del cumplimiento del deber.

Si yo me hallo persuadido de que Procopio constituye un mal social y se me ofrece ocasión de contribuir de cualquier modo a extirparlo: por el consejo, por la advertencia, con la palabra o la pluma o meramente con mi sufragio en las urnas, obligado me hallo a realizar mi parte, sin que el éxito o el fracaso tenga poder bastante para modificar mis planes.

*
* *

Hora va siendo ya de terminar el capítulo y aun el libro; y lo terminaremos ofreciendo a los lectores un arma muy eficaz para la ofensiva contra Procopio y su funesísimo caciquismo.

Se mantiene y medra Procopio merced a los cuasi infinitos tentáculos que lanza y difunde por doquier; ya lo dijimos y no importa repetirlo; y debe repetirse cuantas veces sea menester para que los ciudadanos todos se persuadan de que el caciquismo procopiesco, ni nace por generación espontánea ni se conserva y vive aislado y nutriéndose de su propia sustancia; sino que recoge los elementos indispensables del pueblo, por multitud de raíces.

Ir, pues, poco a poco, mas sin descanso, arrancando raíces y raicillas y cortando aquellos tentáculos es hacer que la planta se extinga y muera; es matar por consunción al gigantesco pulpo.

Esas raíces y estos tentáculos con sus secadoras ventosas son todos los amigos y patrocinados de Procopio a quienes con patente de corso lanza a los Ayunta-

mientos y Diputaciones provinciales; por no hablar de otras dependencias del Estado que también se ven invadidas por tales parásitos y chupadores que tienen por misión vivir ellos y procurar a la vez elementos de vida próspera al Procopio que los sacó a la luz. No hablaremos de estos últimos porque la influencia sobre ellos y su calidad del ciudadano es escasa y bastante indirecta.

Negar sin contemplaciones nuestros sufragios y apoyo material y moral a quienquiera que solicitándolo se presente con el carácter de amigo de Procopio, votando y apoyando por el contrario con todas nuestras fuerzas a los que se sepa son adversarios suyos, mientras más enconados e irreconciliables mejor, esa ha de ser nuestra táctica y esa la manera cierta de acabar con el caciquismo de Procopio que en ellos se apoya.

Y no debe librarles a esos amigos de Procopio la consideración de que ellos por sí parecen excelentes personas, y mucho menos el que sean amigos o aun allegados nuestros: su cualidad de amigos o patrocinados de Procopio eclipsa y anula toda buena cualidad; y les vuelve odiosos en cuanto instrumentos que se prestan a ser del caciquismo más funesto. Y tengo por cierto que ninguno de mis lectores deja de poder señalar comprobantes numerosos: todos a buen seguro conocéis personas que *fueron* dignísimas, pero que caídas en las garras de Procopio se pervirtieron y claudicaron por doblegarse a sus exigencias, prestarse a sus fechorías y tolerar callados sus ruindades, sin atreverse a oponerse a ellas, sino fué con estériles protestas en lo callado del hogar o en el seno de la amistad; seguramente que al llegar aquí, vosotros mismos os decís: Eso que el autor indica, les pasó efectivamente a Fulano y a Mengano.

Habreis asimismo de tener exquisito cuidado en no dejaros embaucar por los escamoteadores de la verdad que los hay en verdad muy hábiles; y si advierten que

por procopioscos se os hacen sospechosos y recelais de ellos, se os disfrazarán con motes caprichosos y hasta llegarán a juraros, enclavijadas las manos que ellos nada de común tuvieron nunca con Procopio; que aún le odian y detestan más que vosotros; y le combatirán a sangre y fuego.

No les creais por su palabra; antes bucead en su historia; inquirid sus antecedentes, cosa que no habrá de seros muy difícil ni costosa.

Tampoco os fieis de aquellos que os aseguren militar de toda su vida en campo político opuesto al de Procopio; bien sabéis que éste cuenta con inteligencias numerosas en los campamentos contrarios; y estos son los más viles que, al fin, quien sinceramente reconoce su abolengo y confiesa su filiación, nobleza, mayor o menor tiene...

En vosotros mismos está, pues, vuestra redención: ejercitad varonilmente vuestros derechos todos; considerad vuestros verdaderos intereses; atended a vuestro sosiego decoroso y pensad en vuestro venturoso porvenir; y no vacileis en avanzar decididos contra Procopio y cuan os procopistas declarados o encubiertos os salgan al paso.

Así sea.

Des

EPÍLOGO

Con exquisito cuidado procuramos evitar en el curso entero del libro, toda clase de subjetivismos, no exhibiéndose casi para nada el autor que ha permanecido detrás del retablo, limitándose a mover las figuras y explicar con llaneza y sobriedad la significación y alcance de sus gestos y actitudes ya trágicas o ya grotescas.

Cierto que, ni aun intentándolo con tenaz empeño, es de ordinario posible velar, ni menos falsear, la propia personalidad que para los discretos y algo expertos fácilmente se trasluce a través de las ideas que se exponen; que por muy abstractas e impersonales que las finjamos, siempre las ideas se matizan de un tinte peculiar según sea el cerebro en que se engendraron; y sin extraordinario esfuerzo puede adivinarse al hombre debajo del escritor; por lo que comprendemos que a la hora esta los lectores un poco perspicaces se habrán dado clara cuenta de nuestro modo de ser, de pensar y de sentir.

Pero no es menos cierto que habrá lectores equivocados a nuestro respecto, tal vez porque nos miren por los cristales ahumados de sus propias pasiones; y habrá otros, poco habituales a esa labor de exégesis y adivinación de la personalidad, que desearán se les hable sin rebozo y se les expongan llanamente móviles y motivos: Para las dos categorías de lectores escribimos especialmente estas líneas epilogales; no porque nos creamos obligados a hacer al público nuestras confidencias; ni

porque aceptemos el criterio de ciertas gentes, que no saben discurrir por cuenta propia, y no juzgan de las doctrinas por las doctrinas mismas, contrastándolas con los dictámenes de su propia razón; sino que han de atender a *quien* las expone y *el por qué* de exponerlas en falsazón y forma.

Habría de ser yo un mentecato o un canalla y habría de haber brotado este libro mío al calor del odio personal u otra pasión bastarda, y no por ello dejarían de ser verdades las verdades que el mentecato y canalla expusiera; pudiéndose decir lo que siglos ha dijera nuestro Rabbí de Carrión:

Por nacer en espino
la rosa, yo non siento
que pierda; ni el buen vino
por salir del sarmiento.

Ni vale el azor menos
porque en vil nido siga
ni los enxiemplos buenos
porque judío los diga.

* * *

Ni vamos a decir en este lugar lo mismo que en el Prólogo dijimos, que fuera repetición enojosa; ni con aquellas habrán de contradecirse las afirmaciones de ahora: Distintas mas no opuestas serán las advertencias que aquí hemos creído prudente hacer por estimarlas de mucha mayor oportunidad al final que al principio del libro; ahora y no al comenzar, puede el lector cerciorarse en el acto de la verdad en cuanto hayamos de decir.

Por seguro tenemos que la inmensa mayoría de los que nos hayan leído (que ni conocen hasta donde pueda llevar el imperativo del deber, ni han gustado nunca la gran satisfacción que se siente en producir, en exteriorizar ideas y sentimientos) se habrán dicho muchas veces para su chaleco: «Este ciudadano, el autor, ha sido o

creido ser víctima de algún Procopio y su libro no significa otra cosa que *el pataleo* a que apela como recurso supremo, un modo como otro cualquiera de vengarse y desahogar la bilis que en él acumularon acaso los atropellos.»

Esta vez se equivocan por completo los maliciosos; Concíbese que el rencor, el despecho o la ira muevan la pluma en los periodos álgidos del batallar, no cuando la lucha se vió coronada de la victoria; concíbese asimismo la conducta seguida por nuestro inseparable Zósimo escribiendo lo que estimó necesario para defender una causa justa; pero, no hallándose en el uno o el otro de esos casos, no pueden atribuirse ni justificarse en móviles mezquinos de odio o despecho las molestias todas anejas a la publicación de un libro como este.

Quiéranlo o no los malpensados, ha de acudirse a razones de más elevada índole.

No tengo por qué descender a explicar los ocultos resortes de mis acciones de los que sólo a Dios debo cuenta; que al juicio de los hombres únicamente han de someterse actos exteriores y visibles; mas, con objeto de no dejar que los unos se escandalicen si en silencio tolero falsas imputaciones; y por si a los otros puede servir de ejemplo, quiero explicar de modo somero (aunque totalmente convencido de que poquísimos me creerán) ese elemento interno e intencional. Ni te hagas la ilusión, lector ansioso, de que vaya a hincarme ante tí de hinojos, pidiéndote lacrimoso que por tu salud, me creas; te diré la verdad porque debo decírtela; pero allá tú si estás tan corrompido que no quieres admitir en los demás pura y recta intención.

El impulso *inicial* de los actos libres es, a nuestro juicio en la mayor parte de los hombres, eminentemente pasional; sin que el ser pasional implique necesariamente que haya de proceder de una pasión mala e innoBLE ni aún egoísta; porque las pasiones... más, tente pluma y no

te descarríes por las escabrosidades y recovecos de la psicología afectiva.

En muchos hombres ese impulso inicial precede inmediatamente a la acción sin más detenerse a deliberar acerca de la licitud y conveniencia de lo que la pasión ha propuesto; y así sale ello casi siempre; pero en otros, en cuantos poseen más o menos arraigado el hábito de la reflexión, el impulso pasional representa solamente el toque de atención, la voz de alerta, y aún un poquito más, el espolazo, la complicidad del *deseo*; y el deseo, aunque se parezca, no es ni con mucho la decisión voluntaria; ya que entre ambos se coloca la deliberación mayor o menor y más o menos acertada del entendimiento, el cual mide, pesa y calcula el pro y el contra de la acción o de la abstención.

Y para esa deliberación intelectual, para ese pesar y medir, cada uno de los humanos se sirve de una norma o criterio peculiar: ya es el puro respeto a la Ley, o el amor al Deber por el Deber, ya la utilidad individual o social; ya el precepto religioso; o el temor a las sanciones de esta o la otra vida. Y a la luz de alguno o varios de esos criterios la razón individual se pregunta: Esto que deseo hacer, esto que la pasión me insinúa que haga, ¿es lícito?... ¿es bueno?... ¿es por ventura obligatorio?..

El hombre digno de ser así llamado no se decide a la acción en tanto que no se ha contestado afirmativamente la primera de esas preguntas; averiguada la licitud prescinde a veces de seguir adelante cuando el impulso del sentimiento es lo bastante poderoso para despreocuparse de la bondad y la obligatoriedad. Si la fuerza del deseo no es fantá, entonces son precisos para mover a la voluntad esos otros motivos.

*
*
*

Con estos antecedentes y tu discreción puedes ya, lector, presumir la historia del libro que has leído; te-

niendo en cuenta que entre la determinación de escribirlo y su ejecución hubo necesariamente de trascurrir muchísimo más del tiempo necesario para que el acto no constituyera uno de esos movimientos primeros que preceden a toda deliberación racional.

Una fuerte impresión—casi pura sensación física—de repugnancia y asco ante el espectáculo de la abyecta vileza que ofrecían ciertos ciudadanos (?) de cierta región; la profunda indignación ante el más odioso e insoportable de los caciquismos; y la lástima más honda por víctimas inocentes de inauditos atropellos, hicieron nacer en mí el deseo vehementísimo de consagrar mi tiempo y mis energías a execrar, sacándola a la vergüenza, la abyección, combatir sin tregua al caciquismo y al cacique y procurar algún alivio a la situación tristísima de las víctimas inocentes...

Puesto que no ando codicioso de muestras de gratitud, ni de plácemes y enhorabuenas, habré de hacer gracia a los lectores del relato de las empresas varias que con aquellos fines acometimos Zósimo y yo; bastará decir que todos ellos sirvieron para suministrarnos más amplio conocimiento de las rufianescas hazañas caciquiles, y para impelernos con más fuerza cada vez a no dejar enmohecerse esta eficacísima arma de combate: la publicidad, con la sanción social y de la opinión que lleva aparejada.

Amortiguados y dormidos permanecieron en los hondos senos de la subconciencia el deseo vago y el propósito informe de escribir este libro, mientras duraron las campañas activas y las energías y las horas se consagraron a la acción exterior; que la labor de rumia y meditación precisa para componer un libro no es compatible con la agitación y el movimiento incesante; las ideas para cristalizar formando sistema, precisan del reposo.

Mas, tan pronto como nos fué dado hacer un alto en la marcha y sentarnos a la sombra bienhechora de copu-

da encina, aquel deseo latente surgió pujante y brioso; resuelto, a lo que se vió, a no consentir nuevas dilaciones ni más disculpas. Ahora o nunca, dijo, y forzoso hubo de ser concederle campo.

Y, yo no sé si enojado por las muchas prórrogas y repulsas anteriores, o si temeroso de que la pereza, que, hemos de confesarlo, nos domina, difiriese nuevamente para más adelante la realización del propósito, ello es que el deseo, dejándose de términos medios y de avanzar por sus pasos naturales, inició el ataque, por el final: tratando de demostrar no ya la *licitud* y la *bondad*, sino la *obligación* moral en que yo me encontraba de escribir el libro.

Por averiguado y cierto dió el estimulante pasional que el escribir un libro contra el caciquismo y los caciques era una cosa perfectamente lícita y aún moralmente buena y meritoria; y no debió ir descaminado cuando la Razón, tras muy ligero exámen, asintió de buen grado a ello; pero, ¡eso de que fuera además obligatorio!...

Habremos naturalmente de haceros gracia de los dimes y diretes, réplicas y dúplicas que entre el Deseo, la Razón, la Pereza y otros interlocutores, pasaron; para ceñiros a una compendiosa síntesis, que os permita daros cuenta de lo sustancial del proceso.

Sobradamente sabido es de todos que aquellos que pretenden hacer del Deber el origen y fuente del Derecho suelen servirse para condensar su doctrina de esta clara fórmula: «Tú debes; luego tú puedes»... Pues bien; el impertinentísimo Deseo de que os vengo hablando, creyó oportuno calzárselas al revés y, de buenas a primeras, dijonos rotundo: «Tú puedes; luego tú debes». Por las circunstancias todas que en la vida vuestra (la de Zósim y la mía) concurren: los hábitos y aficiones plumíferas; el no escaso vagar que vuestra profesión os consiente, la carencia de ambiciones y deseos de medrar en la Política que os permite desinteresaros de los resultados que pue-

dan tener vuestras acciones para vuestras miras egoistas; y aun vuestro carácter y fama; por todo ello y otro tanto más, pareéis llamados a emprender cruzada anticaciquil; *iniciándola* con un *primer* libro (como veis se da ya por supuesto que a este, habrán de seguir otros libros y folletos) acerca del caciquismo en abstracto y en concreto ..

Luego, *debeis*, poner sin dilación manos a la obra.

*
* *

Sin que lo juremos comprendereis con cuánta tenacidad hubimos de resistirnos a las sollicitaciones del Deseo; y el cúmulo de razones que frente a todos sus argumentos pusimos, alegando por vía de excusa:

Nuestra incapacidad notoria, por lo enteco del ingenio y las muy escasas letras, para llevar a término feliz, semejante empresa.

La poca o ninguna eficacia que la publicación del libro habría de revestir para acabar con un mal tan hondo y arraigado.

Lo muy mucho que podría prestarse a ser torcidamente interpretados nuestros honrados propósitos, atribuyéndose tal vez a móviles distintos de aquellos que realmente fueran los impulsores.

Y el riesgo grande que corriamos, no tan sólo de perder fontamente un tiempo que a otros más provechosos trabajos podría consagrarse, sino a dejarnos llevar de la pasión, del interés u otros fines bastardos que convirtieran nuestra obra en una *mala obra* que lejos de aporiar-nos méritos nos hiciera desmerecer ante nuestra propia conciencia, ante la Sociedad y ante Dios.

Gran seguridad debía abrigar el Deseo en la justicia de su causa, por cuanto en lugar de echarlo todo a barato, como suelen hacer los deseos cuando estiman que la razón no ha de ponerse de parte suya, nos dejó tranquilo y sonriente exponer cuanto a bien tuvimos; y luego,

cuando juzgó agotados los argumentos, con gran desembarazo y placidez, nos contestó de esta suerte:

Primero.—Las cosas todas toman su valor del fin, (ved qué metafísico empezó el Deseo) y a él, al fin debe acomodarse la ejecución de la obra emprendida. Si ahora tú te propusieras conquistar lauros de literato insigne o pasar plaza de pensador profundo y genial, estaría muy en su punto que te preocuparas de tus escasas dotes y retrocedieras, desistiendo de acometer la empresa, visto lo limitado de tu saber; pero si no es ahora esa la finalidad que primariamente persigues, ¿a qué detenerte un instante siquiera ante consideraciones semejantes?...

No es que ello estorbe, ni que hayas de renunciarlo si por impensado acaso, llegara a producirse; mas a lo que yo tiendo, cuando te empujo a escribir el libro, y a lo que has de tender tú, es a procurar el bien de tus prójimos; tanto de los caciques mismos que al verse retratados y expuestos a la vergüenza pueden entrar en cuentas consigo mismos y, arrepentidos, cambiar de conducta y reparar los daños ocasionados; tanto y más principalmente del resto de los ciudadanos, a quienes puede tal vez tu libro significar el *surge et ámbula* regenerador...

Desecha, pues, todo vano temor; cesa de preocuparte de tu incapacidad; y afronta si es menester las censuras y aún el ridículo; ridículo que no estará justificado, aunque produzcas «un minúsculo ratón»; pues no anuncias el parto de los montes.

Segundo.—Desinteresarte asimismo debes de los resultados de tus propios actos, cuando ese resultado no se halla en tu sola mano.

Que siempre debes tener presente aquella sapientísima máxima de Epitecto: «Haz todo aquello que de tí dependa; lo demás déjalo a los Dioses»; máxima que ampliada, depurada y mejorada hallarás también en muchos lugares del Evangelio; y con la que viene fundamental-

mente a coincidir la frase de Montaigne, rectamente entendida: «El honor de la virtud consiste en combatir, no en batir; es decir, en luchar, no en vencer».

De suerte, se nos decía, que aun en el caso de que no obtengas el menor resultado beneficioso de tu libro, no por ello habrías de desistir; pues para satisfacción tuya es bastante el haberlo intentado noble y desinteresadamente, y por medios licitos y honestos.

Tercero.—Cierto es, se contestó a nuestro tercer reparo, que nada hemos de intentar que nos arrebathe la honra y buena fama entre las gentes; pero no es ni puede ni debe ser la opinión el criterio con que hemos de juzgar los actos propios o ajenos; medrados en verdad, habríamos de vernos en los órdenes todos de la vida si al realizar las acciones, solo o con preferencia atendiéramos a conservar la buena fama que de nosotros se tuviera! ¡Desdichado de aquel que sólo se preocupa de ajustar su conducta al gusto y capricho de los otros!

No es necesario decir (la experiencia individual lo confirma a diario) que nunca se logra intento semejante; pues con razón se dice que no llueve a gusto de todos, y que no somos onzas de oro, únicas cosas que a todos aplacen; por lo cual los hombres que todo, hasta lo más sagrado, lo sacrifican al *qué dirán* son verdaderamente desdichados, porque siempre hallan descontentos y quienes censuran sus procederes cualesquiera que sean.

Con quien el hombre debe procurar hallarse siempre de acuerdo es con la conciencia recta; y el de la conciencia el aplauso y la aprobación que debe codiciarse, para vivir tranquilo.

Así es, nos añadía, el Deseo, que en manera alguna merecerás el dictado de cuerdo si a escribir el libro te detiene la consideración de los juicios que acerca de tí y tus propósitos habrán de formularse; y que serán, no lo dudes, variadísimos hasta el punto de no haber dos que coincidan; pues cada uno te juzgará a través del prisma

de sus propias pasiones, de sus concupiscencias, de sus sentimientos e ideas: Dirige, pues, tus miradas al Bien, y desdeña con olímpico desdén los juicios y apreciaciones de los pobres de entendimiento o de los corrompidos de voluntad, envidiosos probablemente, y mal avenidos con todo lo que sobresale en honradez y rectitud de intención.

En esto del *bien parecer* danse hoy verdaderas aberraciones.

Exígenos acerca del particular un deber estricto que nuestras acciones no den motivo a que los prójimos se escandalicen, antes debemos procurar que a todos *puedan* servir de edificación y ejemplo; empero hay muchos que confunden intencionadamente el escándalo con la indignación farisaica de los corrompidos y perversos que, codiciosos de que no se les perturben sus infames combinaciones, gritan, lanzan denuesos y se rasgan las vestiduras cuando alguien descubre sus hediondas llagas para que se evite el contacto con ellos...

Y eso como tantos otros males, se debe, a que abundan en los actuales tiempos las gentes que pasan plaza de honradas y pias, porque en vez de aceptar los muy duros sacrificios que a las veces lleva aparejados el cumplimiento del deber, procuran *estar a bien* con todo el mundo, huyendo de lo que ellos llaman estidencias, contemporizando con el mal, con la abyección, con la infamia, amparados tras máximas que extienden indebidamente cual aquella de que se cazan más moscas con miel que con hiel; y comenzando por transigir con las personas acaban por tolerar los vicios...

Ello ha dado lugar a que se confunda la bondad con la simpleza, a que se tenga como tontos a los honrados, y a que se abuse indignamente de la probidad y hombría de bien, originándose de tal suerte consecuencias verdaderamente funestas.

Y no son creación de mi fantasía esas consecuencias de que hablo: En el feudo de un Procopio, había bas-

tantes personas que anhelaban sacudir el yugo del caciquismo, pero que no se atrevían a arrostrar el furor y las rufianescas venganzas del cacique; y cuando alguno más osado o más independiente emprendía campaña contra él, se le acercaban *en secreto* para decirle: «No puede usted imaginarse el placer con que asistimos a sus luchas, y cuán fervientes votos hacemos porque triunfe la buena causa y nos veamos libres de ese odioso y odiado Procopio.

—Mas entonces, ¿cómo no se ponen a mi lado y me ayudan?

—¿Está usted loco?... ¿Cómo quiere que nos exponamos a las terribles represalias que sobre nosotros caerían si...

—Pero, hombre, unidos todos y aunados nuestros esfuerzos, a muy poca costa acabaríamos con el cacicazgo de Procopio, imposibilitándole el que tomase esas represalias que ustedes temen

—Y ¿si no es así?... ¿si por una u otra causa no se logra derrotarle y de la contienda sale Procopio con más pujanza y bríos?...

—Bueno; volvamos la oración por pasiva; ¿no teme usted que si soy yo el triunfador tome venganza en aquellos que pudiendo me negaron su apoyo y el esfuerzo de su brazo?

—¡Hombre; no diga V. tonterías! *Como V. es una persona decente, no ha de vengarse ni hacernos mal, aunque no le apoyemos; aunque nos pongamos frente a V. públicamente;* mientras que el otro, con sólo que supiera que yo le había saludado a V. habría de perseguirme de muerte, sin la menor consideración:

De modo que ya está advertido: al oído le decimos que Procopio es muchísimo más canalla de lo que usted se imagina; pero en público, hemos de proclamar que es V. un infame, un mal nacido, un sinvergüenza, a quien hemos de negar hasta el saludo...

.

¿Continuarás, después de eso, preocupándote de lo que las gentes digan?; ¿Desistirás de escribir el libro? ..

Cuarto.—Nunca, en primer término, es perdido el tiempo que se consagra a *intentar* un bien; siempre que no sea en menoscabo del cumplimiento exacto de las obligaciones profesionales; y puesto que con el libro intentas librar a los ciudadanos de los estragos de todo orden que el caciquismo ocasiona; y puesto que los medios de que has de servirme son perfectamente lícitos, ese temor no debe en manera alguna detenerte.

Y por lo que respecta al resquemor que en segundo lugar apuntaste de dejarte llevar de la pasión o el interés al confeccionar el libro, enajenándote todo mérito, yo, nos aseguré el Deseo, una vez cumplida mi misión de estimularte, alentarte y sostenerte, en el propósito de escribirle, me retiro a mis dominios para dejar a la Razón en completa libertad de decidir acerca de los medios mejores para su consecución; sin perturbarla con mis solicitudes, ni constreñirla a seguir mis indicaciones que pudieran no ser acertadas.

Eso es lo que debe ser; lo que el Orden universal de las cosas exige que sea y lo que por esta vez será; que si Dios puso en el hombre las pasiones para que ellas dieran el impulso inicial, colocó también la inteligencia para que ejerza el *contrôle*, la inspección suprema sobre esos impulsos que pueden orientarse en mal sentido.

Si quieres, pues, no tener que avergonzarte y arrepentirte de tus acciones, cobra serenidad, álzate sobre las pasiones y aplica la Razón fortalecida e ilustrada con la Fe al examen de la conducta. Escribe, sí, el libro, sin contener tu indignación, tus entusiasmos; vuelca sobre el papel todas las ideas y sentimientos que nazcan al calor de tus pasiones generosas; mas antes de darlo a la estampa y lanzarlo a la circulación, reflexiona, medita, desmenuza las ideas, contrástalas con la Norma de moralidad, para que no haya ninguna contravención a sus cánones y preceptos.

Así con efecto lo hemos hecho; porque habrás de venir, sensato lector, en la imposibilidad de resistirse al tenacísimo empeño mostrado en que escribiéramos el libro; y a la habilidad con que se rebatieron nuestros argumentos; no dejándonos el menor portillo por donde escapar y librarnos de las feroces acometidas con que nos embistieran.

Pero si a los insistentes requerimientos de la Pasión cedimos, no fué sin prometernos a nosotros mismos llevar hasta la exageración el escrupuloso celo en el examen y contraste de las sugerencias pasionales. para no dejar deslizarse frases o conceptos que pudieran resultar impropios del fin nobilísimo que perseguíamos; y a extremos tales llevamos el propósito, que, después de escritos, hemos suprimido muchos datos, muchos comentarios y no pocas reflexiones solamente ante la duda de que pudieran deberse a estímulos pasionales, en lugar de proceder única y exclusivamente de la fría y serena razón.

Creo con todo deber advertirte que para la selección y supresiones me he atendido solamente a los dictados de mi conciencia, demasiado escrupulosa quizá; no en modo alguno a las posibles interpretaciones torcidas de los lectores, y menos todavía a la opinión de caciques y *cacicófilos*; los cuales, cuando tienen opinión opinan como fácilmente supondrás, de la manera más peregrina y absurda que puede imaginarse.

Los caciques de la fauna procopiesca que tienen por costumbre, comprar a los viles, someter a los abyectos, aterrorizar a los pusilánimes y seducir a los incautos, pretenden inmovilizar a los altivos y honrados, apelando a la compasión y a la caridad; eso ante ellos porque, cuando no se hallan presentes, apelan a la calumnia, a tergiversar actos y palabras, a atribuirles móviles mezquinos, a suponerles objetivos rastreros y ruines.

Por eso no quise yo tener para nada en cuenta, al escribir el libro, los juicios que habían de *exteriorizar*,

gentes de semejante calaña que, o no son capaces de comprender y apreciar la conducta que se inspira en motivos altruistas, porque, habituados a llevar la vista baja, no alzaron nunca a los cielos la mirada; o si la comprenden y aprecian, por un lejano recuerdo de sus días puros, no lo reconocen para no sentirse avergonzados ni verse colocados en un plano sumamente inferior: incapaces ellos de elevarse, tratan por cuantos medios están a su alcance, de que los otros bajen hasta su nivel.

*
*
*

Intimamente persuadidos de haber intentado realizar obra buena y firmemente resueltos a no apartarnos de la senda trazada y a combatir *opportuné et importuné* y por todos los medios lícitos al caciquismo y los caciques, dejamos *por ahora*, y no para mucho tiempo, ociosa la pluma; no sin antes lanzar al público como afectuosa despedida una idea que nos ha obsesionado siempre, y que de realizarse, creemos habría de traernos muy pronta y fácilmente la liberación del odioso caciquismo.

Siempre hemos soñado con la constitución de una LIGA ANTICACIQUIL; y más de una vez hubiéramos puesto manos a la obra si no nos hubiera detenido la firme e inquebrantable convicción de nuestra absoluta incapacidad para llevarla a término feliz, por carecer como carecemos de las dotes organizadoras más precisas y elementales; y no es por modestia por lo que hacemos tan categórica afirmación, sino por convencimiento, hijo de la observación y la experiencia.

Ello no será obstáculo para que, de un modo sintético, expongamos aquí nuestro pensamiento, con objeto de que germine y dé frutos saludables en alguno de los cerebros en que la idea caiga.

Sin perjuicio de extenderla y ampliarla cuando la sazón se creyese llegada, debería comenzar en pequeña escala, con muy modestas pretensiones, para evitar el

riesgo de que por abarcar demasiado, no se apretase lo suficiente para ser viable. Podría ser al principio meramente *provincial*; formando parte de ella todas las personas de buena voluntad, sin distinción de matices y opiniones políticas, bajo el único denominador común de hallarse dispuestas a luchar contra las demasías caciquiles y prestar apoyo a toda campaña que contra el caciquismo se emprendiera.

No nos hacemos ilusiones, figurándonos que no habría de tropezarse con muchos y muy grandes obstáculos y dificultades de toda especie, suscitados primeramente por los caciques y sus secuaces que se valdrían para ahogarla en la cuna de toda suerte de armas lícitas o prohibidas, nobles o de rufián; la amenaza, la persecución, el soborno, la injuria, la difamación, el ridículo; toda la lira.

Pero acaso no fueran ta to de temer esos obstáculos, como los que suscitaran otras personas no contagiadas del caciquismo; aquellos al fin y al cabo son conocidos y a nadie puede sorprender que se opongan tenaces a cuanto pueda significar una merma de su poder; mas estos otros que forman en el grupo de los indiferentes, de los neutros, son mucho más dañosos por lo mismo que no se les puede poner la tacha del interés egoísta; y son: los envidiosos para quienes basta que la idea haya partido de cualquiera que no sean ellos para que enseguida y sin el menor examen, la diputen perjudicial o utópica; son asimismo los indolentes y apáticos, los cuales, comprendiendo instintivamente que aceptando la idea como provechosa y buena, tendrían que abandonar su *farniente*, la ridiculizan o rechazan, para evitarse las molestias consiguientes: son también los pesimistas y desconfiados que todo lo ven negro, de todo dudan, condenándose a sí propios y a cuantos les rodean a una inacción infecunda y además vergonzosa.

Hay, pues, que mostrarse decididos y resueltos a

arrostrar todas esas y mil otras dificultades mayores; y una garantía de que serán superadas, la constituye ya el mero hecho de contar con ellas y que no nos cojen de sorpresa; que con razón se dice que, peligro visto, peligro evitado.

Garantía a la vez de éxito es la condición moral que indicamos y que deberá adornar cuando menos a los organizadores y elementos directores de la Liga: *la buena voluntad*; y bajo esa denominación comprendemos una porción de virtudes; mas no temais, que esas virtudes no se exigen en grado heroico: abnegación y desinterés, empero no hasta el extremo de sacrificar la propia vida y hacienda; bastará con que no se tome la Liga como un medio de medrar y obtener acrecentamientos y honores a su sombra; habrá también de exigirse a los directores algún espíritu de sacrificio, mas en pequeña dosis, no llevado a extremos desacostumbrados; y así por el estilo otras virtudes morales y también intelectuales; de estas últimas, aquella cuando menos que consiste en saber que al hombre, ni su conciencia, ni la Sociedad, ni Dios le exigen otra cosa que poner los medios para conseguir el fin, sin que la consecución de éste se les demande rigurosamente.

De la Liga, conforme indicamos, podrían formar parte toda clase de personas; altos y bajos; ricos y pobres; cultos e indoctos; siendo conveniente que el centro director radicase en la capital de la provincia sin perjuicio de que se crearan juntas u organismos de distrito, con toda la sustantividad y autonomía que fuera compatible con la necesaria unidad de fines, de acción y de medios.

No debe tampoco creerse que fuese preciso para la iniciación el contar desde los primeros momentos con un muy crecido número de adeptos, no; para el fin que se persigue, que es el de defenderse de los atropellos caciquiles, ya dijimos en el capítulo consagrado a los *Remedios* que para la defensa de una causa justa bastaba la

acción individual, discreta y sostenida; aunque, como es natural, la acción defensiva se facilitaba con la unión, con la colaboración de varios: de modo que por muy escasos que fueran los miembros que constituyeran la Liga anticaciquil, la existencia de esta constituía una gran ventaja sobre la acción aislada e independiente de cada uno de esos sus escasos miembros, si tenían que actuar dispersos y defenderse con solas sus fuerzas individuales.

Tampoco sería preciso que fueran muy numerosos los adeptos de la Liga, para poder esgrimir el arma de la publicidad cuando las circunstancias lo hiciesen menester; que nunca faltaría algún periódico local que ofreciera sus columnas para las campañas justas; se hiciera eco de quejas, instancias, súplicas o noticias que conviniese.

Para lo que probablemente debería contarse con crecido número de *ligueros*, sería para la acción judicial, aun cuando no habría de ser obra de romanos el establecer un cuerpo de profesionales que evacuasen consultas, emitieran informes y ejercitaran ante los Tribunales de Justicia las acciones que hiciera precisas la defensa de los intereses de los anticaciquiles.

No parece tampoco que hubieran de ser precisos grandes dispendios, ni siquiera el establecimiento de cuotas elevadas para subvenir a los gastos diversos que el funcionamiento de la Liga llevase aparejados; todo ello, por lo demás, constituye nimio pormenor que habría de ser resuelto sin ninguna dificultad; estableciéndose, por ejemplo, dos clases de cuotas que supusiesen derechos y prerrogativas distintas.

Con sólo la enunciación del nombre, todo el mundo supondrá que la Liga anticaciquil habría de ocuparse con predilección en cuanto se relacione con las campañas electorales; claro es que en proporción de los medios de que se disponga y con arreglo al número y calidad de los socios. Para alejar todo temor de que la Liga llegara a

convertirse en escabel o plataforma, aprovechando la fuerza que pudiese representar para fines bastardos y egoistas, acaso fuera conveniente establecer un artículo en los Estatutos prohibiendo a los que formasen la Junta el figurar como candidatos en las elecciones generales, provinciales y municipales, o solamente en algunas de ellas.

Y, puesto que ya es hora de terminar, no insistiremos acerca de la conveniencia y ventajas grandes que reportaría seguramente la Liga anticaciquil, ni hablaremos siquiera de que nunca ha podido imaginarse más sazónada oportunidad para su establecimiento, que la que hoy ofrecen las circunstancias: ni nunca, como ahora, ha exteriorizado el pueblo sus ansias de regeneración; ni nunca tan poco se han emprendido para el descuaje del caciquismo campañas tan sostenidas y autorizadas por hombres públicos tan ilustres como Maura y Mella, que lo han hecho figurar a la cabeza de sus programas.

Por lo que a nosotros hace, satisfechos con haber aportado nuestro granito de arena, a nuestras soledades nos volvemos, no con un eterno ¡Adios!, sino con un muy afectuoso ¡hasta la vista!



ÍNDICE

Págs.

El por qué, el cómo y el para qué de este libro. V

CAPÍTULO I

Principios generales

Zósimo se cura en salud —El animal se guía por el instinto.— El hombre debe guiarse por la razón.— Al lector impaciente.— No es siempre posible que la razón propia dictamine.— Necesidad, legitimidad y condiciones del consejo o dictamen ajeno.— El caciquismo es contrario a esa doctrina.— Lo que debe entenderse por caciquismo.— Una cosa es *proponer* y el *imponer*, otra.— Causas del caciquismo. 1

CAPÍTULO II

Factores del cacique

No se hablará del cacique rural.— Zósimo prefiere atacar al *cacique* más que al *caciquismo*.— *Herencia*: Es no sólo fisiológica, sino mental y moral.— Debe estudiarse el factor hereditario en los caciques.— Objeciones y escrúpulos: No interesa: No es el todo: El respeto a la vida privada.— *Formación y ambiente*: Su importancia en general y en el cacique.— *Factor personal*.— Exigencia de Zósimo.— Quién fué Procopio.— Su retrato.— Su origen y educación.. . . . 11

CAPÍTULO III

Mentalidad y cultura

Comienza la disección del cacique.— Razones en pró del talento e ilustración.— La generalidad de los malos caciques inculta, pero con claro ta-

lento.—Por qué no convienen esos.—Necedad e ignorancia de Procopio.—Hechos que la muestran negativa y positivamente. 27

CAPÍTULO IV

Moralidad

Importancia mayor de las condiciones morales.—Elasticidad en las concepciones éticas.—Programas máximo y mínimo.—*Fidelidad, gratitud y lealtad*.—Lasitud en estas virtudes respecto de las *doctrinas*.—Tres categorías de políticos cuanto a la lealtad.—Criterio aplicable.—Perjuicios del cacique desleal.—Lealtad de Procopio. 41

CAPÍTULO V

Moralidad (continuación)

Concepción individual de la vida —*Munificencia y largueza*.—Tres clases de caciques en punto a liberalidad —Psicología de cada una: Edificantísimas proezas de Procopio.—Causas de la abyección. 53

CAPÍTULO VI

Moralidad (continuación)

Dificultad de precisar los vicios en la práctica —*Afabilidad y cortesía* —Sirven de indicio y de comprobación —El cacique de ordinario es afable.—Grosería e incivilidad de Procopio: Tan extremadas son que resultan patológicas.—*Circunspección y modestia*.—En general el cacique reconoce y acata otros superiores.—Los hay que no los admiten.—Soberbia y egolatría de Procopio.—No es el principal culpable.—No hay contradicción en el tipo de Procopio.. . . . 69

CAPÍTULO VII

Moralidad (continuación)

Procedimientos caciquiles.—La gramática parda.—Dos montones de caciques: Caballeros y rufianes.—Semblanza de unos y otros.—Lema de Pro-

| | |
|--|----|
| copio. — Causas de su cacicazgo. — No el talento ni la virtud. — No la actividad ni el celo. — Doble farsa de Procopio y medios para mantenerla. — Procedimientos rufianescos. — Las ideas no le importan. — Cómo se inició el descenso de Procopio. — <i>Finis Procopii</i> | 83 |
|--|----|

CAPÍTULO VIII

Daños mayores del caciquismo

| | |
|---|-----|
| Deficiencias corrientes. — Trastorna el caciquismo las concepciones éticas del ciudadano. — El caciquismo rural es consecuencia e imagen del provincial. — Algunos problemas morales. — Los que rodean al cacique son semejantes a él. — Dos clases de amigos del cacique procopiesco. — Fúnebres presunciones de Zósimo acerca de la muerte de Procopio. | 109 |
|---|-----|

CAPÍTULO IX

Remedios

| | |
|--|-----|
| Cómo puede destruirse el caciquismo. — Si es posible educar cívicamente al pueblo. — Lo que debiera comprender esa educación — Actuación de los órganos directores. — El caciquismo de Procopio. — Armas defensivas y ofensivas. — La unión — La lucha individual: Sus condiciones — El apoyo a toda campaña justa — Necesidad del contrapeso. — Sofismas en favor de Procopio. — Cumple tu deber y no te preocupe el resultado. — Necesidad de combatir a los amigos de Procopio. | 133 |
| Epílogo. | 167 |

ERRATAS ADVERTIDAS

| Páginas | Líneas | Dice | Debe decir |
|---------|--------|--------------|-------------|
| 24 | 30 | la | lo |
| 38 | 5 | me dará | me los dará |
| 60 | 7 | cínico | único |
| 70 | 15 | razón | sazón |
| 118 | 26 | aparecieren | apareciesen |
| 120 | 31 | y | ni |
| 130 | 36 | uniéndome | unciéndome |
| 136 | 22 | hayamos | hallamos |
| 138 | 26 | razón | sazón |
| 142 | 16 | cometer | acometer |
| 142 | 20 | <i>secum</i> | <i>sum</i> |
| 144 | 22 | pecato | pacato |
| 162 | 4 | restañar | restallar |

Ref. 601.19

€ 20€



**LIBRERÍA
LA
TRASTIENDA**

Ruiz de Salazar, 16
Tfno.: 987 876 222

Mariano D. Berrueta, 11
Tfno.: 987 215 285

LEÓN

www.latrastendalibros.com
latrastienda@inicia.es

DEL MISMO AUTOR

| | Páginas | Clas. |
|--|---------|-------|
| Siete meses de amor. —Novela.—Oñate.—1900..... | 2 | 50 |
| La imagen genérica y la idea. —Estudio de Psicología experimental.—Madrid 1905..... | 2 | |
| La educación sexual. —Madrid 1910..... | 3 | 50 |
| Un contubernio académico-caciquil por Zósimo Carrete Digtal—León 1915..... | 1 | |

TRADUCCIONES PROLOGADAS Y ANOTADAS

| | | |
|---|----|--|
| Qué debe hacerse por el pueblo. —Bosquejo de un programa de estudios sociales por el A. Millot.—Madrid 1905..... | 7 | |
| Las bases de la Moral y del Derecho por el A. Maurice de Baets.—Madrid 1907..... | 7 | |
| Destino del hombre por el A. C. Piat.—Madrid 1906..... | 4 | |
| Ensayo sobre el libre albedrío; por G. L. Fousegrive.—Madrid 1907..... | 6 | |
| Semilocos y semirresponsables; por el Dr. J. Grasset.—Madrid 1908..... | 6 | |
| El Ocultismo; por el Dr. J. Grasset..... | 5 | |
| El moralismo de Kant y el amoralismo contemporáneo; por A. Fouillée.—Madrid 1908..... | 5 | |
| Los elementos sociológicos de la Moral; por A. Fouillée.—Madrid 1908..... | 7 | |
| La Moral de las ideas-fuerzas; por A. Fouillée Madrid 1908.—Dos tomos..... | 10 | |
| La familia y el Estado en la educación; por A. D. Sertellanges. Madrid, en la Biblioteca «Ciencia y Acción». | 1 | |

G 29592